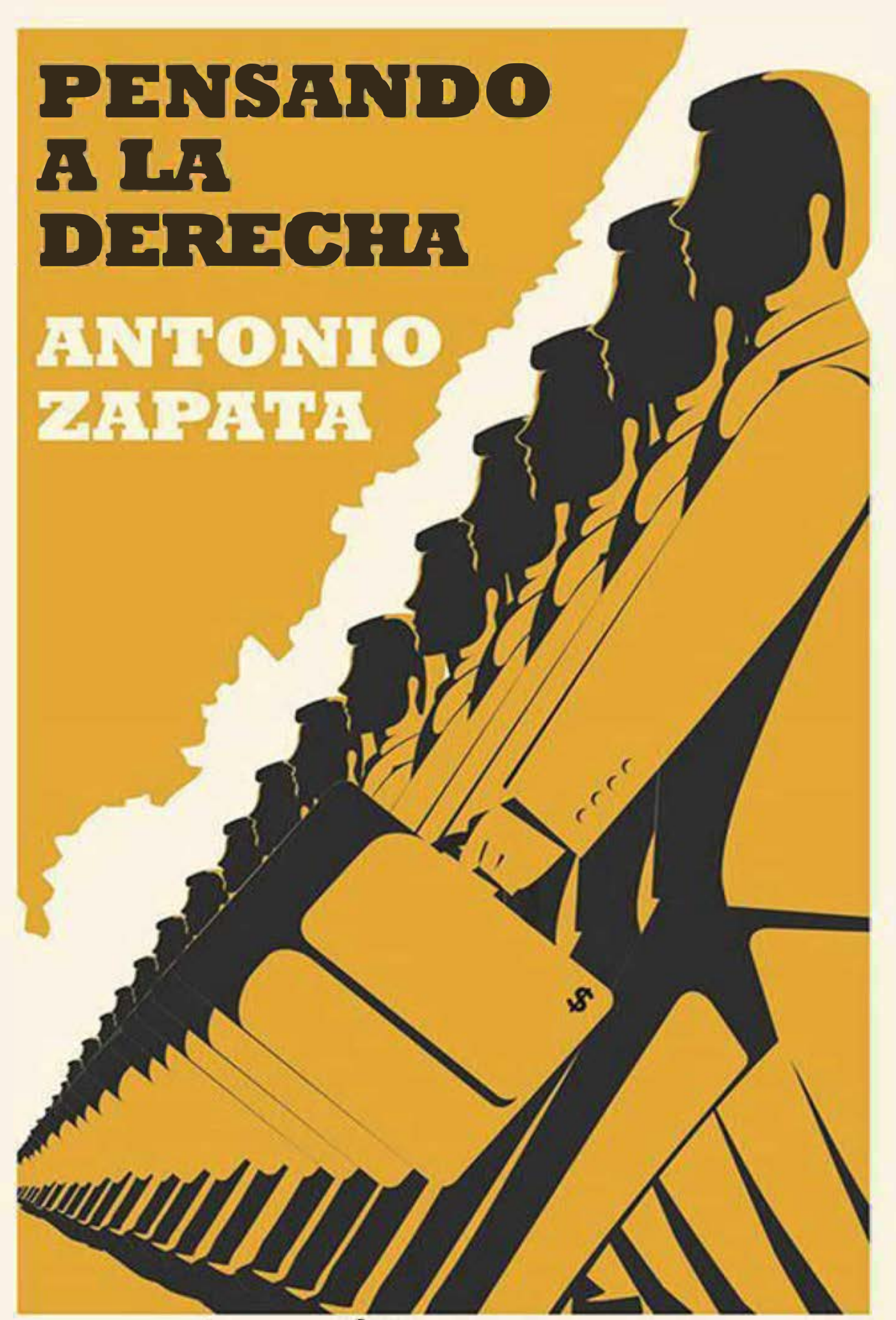


Planeta

Pensando a la derecha

ANTONIO ZAPATA

Pensando a la derecha:

historia intelectual y política





Pensando a la derecha

Edición: Mayte Mujica
Diseño de Portada: Apollo Studio
Corrección de estilo: Juan Carlos Bondy
Diagramación: B-MAD

Av. Santa Cruz No 244, San Isidro, Lima, Perú.
www.editorialplaneta.com.pe

Primera edición: febrero 2016
Tiraje: 2,000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-063-7
Registro de Proyecto Editorial: 31501311600050
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-017

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Ate
Lima - Perú, febrero 2016

Índice

Introducción 7

Capítulo 1
El APRA: historia de un zigzag 13
1. El congreso de Bruselas 17
2. El antiimperialismo y el APRA 20
3. El veto 22
4. La Segunda Guerra Mundial 25
5. Una reforma filosófica 27
6. El discurso del reencuentro 29
7. Las convivencias 32
8. Velasco y la reforma militar 39
9. La Asamblea Constituyente 42
10. El futuro diferente 46
11. El primer gobierno 49
12. Sendero 55
13. Hiperinflación y crisis 58
14. La soledad de los noventa 62
15. El perro del hortelano 65

Capítulo 2
El clientelismo de derecha 73
1. Gobiernos híbridos 77
2. Los tempestuosos años treinta 80
3. Política social de Benavides 87

4. El Partido Unión Revolucionaria 90
5. El ascenso de Odría 93
6. El Ochenio 97
7. María Delgado y la escena política 105
8. La campaña de 1990 109
9. El Plan Verde 111
10. La victoria sobre el terrorismo 117
11. El afán por atornillarse 120
12. La segunda generación 124
13. La sorpresa 129

Capítulo 3
La derecha intelectual y tecnocrática 133
1. El planteamiento conservador en clave republicana 137
2. El racismo científico 139
3. La generación del 900 143
4. El socialcristianismo 148
5. Oligarquía y liberalismo 152
6. El primer gobierno de Belaunde, 1963-1968 157
7. El Partido Popular Cristiano frente a Velasco 160
8. Manuel Ulloa y la tendencia liberal de Acción Popular 163
9. El cambio del sentido común 167
10. La revolución capitalista 171
11. El Instituto Peruano de Economía (IPE) 175
12. Trayectoria de PPK 179

Capítulo 4
Once tesis sobre las derechas 183

Bibliografía 197

Introducción

Es un desafío escribir un libro sobre las derechas siendo uno izquierdista convicto y confeso. Se requiere algo de paciencia, para comprender de buena fe ideas con las que uno discrepa y presentarlas de una manera objetiva. Como izquierda y derecha son conceptos relacionados, conocer un polo ayuda a entender al otro, siempre y cuando se evite el prejuicio y la condena moral. Por ello, ejerzo la crítica solo después de haber intentado presentar en forma pulcra la postura de las derechas.

A la vez, algunas ventajas me han acompañado durante la redacción. En primer lugar, disponer de buenos amigos en diversas tiendas políticas. Las relaciones personales permiten recoger impresiones de primera mano sobre situaciones decisivas de la historia nacional. A este respecto, en primer lugar quiero agradecer a la tertulia de Carlos Raffo Dasso, cuya hospitalidad me ha permitido conocer a multitud de actores y analistas, escuchando sus opiniones, a veces para terminar de entender y otras para discrepar. Estos espacios son claves, porque la historia contemporánea se nutre de dos fuentes: los periódicos y la conversación política.

Por otro lado, cuando recibí este encargo de Planeta, la historia de las derechas me era familiar. Durante años he dictado en San Marcos y en la PUCP un curso de Historia Política del siglo XX. Con estudiantes de varias promociones he discutido sobre el espectro político peruano, analizando a las diversas corrientes. Los alumnos son una fuente constante

de ideas novedosas. Uno presenta los hechos y adelanta las interpretaciones, pero la participación de los estudiantes anima la síntesis y obliga a responder a distintas inquietudes. Por ello, quiero agradecer a todos mis alumnos por los aciertos y eximirlos de responsabilidad por cualquier incorrección que se sostenga en estas páginas.

Asimismo, la militancia en la izquierda ha colaborado con mi perspectiva sobre las derechas. Como es fácil entender, en todo partido de izquierda se desarrolla cierto debate sobre las derechas, que genera encendidos debates, ya que son vistas desde las izquierdas. En ocasiones domina un enfoque conspirativo, pero afortunadamente a veces la discusión es menos tendenciosa, tratando de entender el verdadero posicionamiento de las derechas. Por ello, debo agradecer a mis camaradas, con quienes hemos mantenido por años un intercambio regular sobre la situación política en el país.

Quisiera advertir que esta historia atiende exclusivamente los temas políticos e intelectuales. No voy a detenerme ni en la economía ni en la sociedad. Voy directamente al grano en busca de los políticos y las ideas que los han inspirado. La historia de los grupos sociales y sus mentalidades es un campo fascinante, pero que haría muy voluminoso el presente texto. Lo mismo se puede decir de la economía y sus grandes variables cuantitativas. Acepto que para entender a las derechas en forma integral es necesario incluir estas dos dimensiones. Política sin sociedad ni economía es una fórmula incompleta. Sin embargo, he realizado el ejercicio de aislar dos variables: política e ideas, para construir un relato basado en ellas. Así, el trasfondo socioestructural está fuera de estas páginas.

Por su lado, este libro busca una explicación analítica del espectro político. Para empezar, discutir si efectivamente existe la dicotomía izquierda/derecha. Desde la Revolución francesa hasta los años 1990, esa categoría explicaba los campos básicos y los ejes del conflicto político. Pero desde la reforma neoliberal a nuestros días, la dicotomía ha perdido poder explicativo.

El mercado domina a tal grado la sociedad contemporánea que la misma izquierda se ha adaptado a su vigencia. Su planteamiento actual acepta la economía que ayer quería sustituir por la planificación

central. Por ello, hoy no existe un pensamiento integral antimercado proveniente de la izquierda. Digamos que ha desaparecido la izquierda revolucionaria y la sobreviviente acepta postulados enmarcados en la economía de mercado. Por ello, se ha debilitado la dicotomía que por muchos años explicó al espectro político. Pero, incluso en nuestros días, no ha surgido una categoría analítica alternativa que permita entender a los actores políticos.

Otra forma de encarar los clivajes contemporáneos ha sido planteada por el politólogo Carlos Meléndez, quien muestra la importancia de un nuevo concepto, que opone a políticos que son parte del *establishment* de aquellos que actúan por fuera o en los márgenes del sistema. A mi entender, sin negar completamente la vieja dicotomía izquierda/derecha, la propuesta de Meléndez la complejiza y la torna más rica para comprender el mundo contemporáneo. A favor o en contra del *establishment*.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de los conceptos principales: derecha e izquierda? Además, ¿cuál es el puesto del centro, existe por sí mismo o es puramente referencial? Quiero empezar por la concepción del politólogo italiano Norberto Bobbio sobre la dicotomía básica izquierda/derecha, advirtiendo que las siguientes líneas tratan sobre tipos ideales y no sobre partidos concretos.

Según el planteamiento de Bobbio, la clave se halla en la igualdad. La derecha piensa que la desigualdad es natural y conveniente; obedece a las diferentes circunstancias de los seres humanos y no se puede eliminar. De hecho, los individuos nacen en ciertos grupos socioeconómicos, dando pie a una desigualdad de partida. Esa desigualdad es un estímulo al afán humano. Las personas esforzadas merecen beneficios que no deben estar al alcance de los ociosos. Si no hubiera desigualdad en el acceso a la riqueza, no habría inventiva ni creatividad. La energía creadora surge del deseo humano de acceder a mayores bienes que el promedio. El valor ético que propugna este razonamiento es la defensa de la realización personal y del crecimiento económico por competencia.

Por el contrario, la izquierda postula que la igualdad es natural. Todos somos hijos de la misma especie y en cada uno de nosotros

se halla condensada la esencia de la humanidad. Si la igualdad es nuestro sello de nacimiento, la izquierda piensa que también es una meta deseable para el futuro. Su razonamiento explica que la desigualdad trae males, al provocar constantes luchas por el reparto de la riqueza. Ellas precipitan crisis recurrentes que pueden exacerbarse y encender guerras que amenacen la obra de las generaciones. Por lo tanto, la izquierda postula la mayor igualdad posible, que conduce a una sociedad reconciliada consigo misma. En este razonamiento, la proposición ética es la solidaridad con los semejantes.

A continuación, Bobbio introduce un segundo concepto. Además de la igualdad, aparece el otro gran tema de la Revolución francesa: la libertad. Aquí tenemos una nueva contradicción. A un lado se agrupan los autoritarios y al otro, los libertarios. Los campos son dictadura versus democracia. Pero esta nueva contradicción opera tanto en la izquierda como en la derecha. Por ello, no existen solo los polos básicos: izquierda/derecha, sino que los casilleros son cuatro, dos en cada campo del espectro. Así, aparecen la centroizquierda y la centroderecha: cada una corresponde a la versión democrática de su respectivo campo. Asimismo, hallan su verdadero lugar las versiones autoritarias de la izquierda y la derecha, que se oponen radicalmente, pero coinciden en un común autoritarismo.

De esta forma, encontramos un centro que tiene personalidad propia. Para empezar, se trata de las mencionadas centroderecha y centroizquierda. Las caracteriza su común adhesión a la democracia y su prédica del consenso. Un rasgo común al pensamiento de centro es la búsqueda de entendimientos beneficiosos para todos, postulando que la torta no es estática, puede crecer si se halla un acuerdo entre las partes.

La mayoría de votantes suele ser de centro, pero la eventual hegemonía de sus partidos depende del grado de estabilidad de la situación política. En países tan crispados como el nuestro, rara vez estos partidos logran salir adelante y más bien el espectro se inclina hacia uno u otro polo. Por ejemplo, desde los años sesenta hasta fines de los ochenta, las izquierdas gozaron de liderazgo; pero desde los noventa hasta hoy sucede todo lo contrario: las derechas ocupan el

centro del escenario. Al inclinarse el espectro, el centro se corre hacia uno de los polos principales.

Armado con estos conceptos, a continuación el lector encuentra una historia de las derechas en el Perú construida a partir de cuatro candidaturas de 2016: Keiko Fujimori, Pedro Pablo Kuczynski (PPK), Alan García y César Acuña. Para entenderlos, retrocedo en busca de sus antecedentes históricos. Pienso que están vinculados por una común adhesión a la economía neoliberal y el rechazo a su alternativa planteada por las izquierdas y los movimientos sociales. A partir de esta constatación, comienzo a tejer la historia que hace comprensible sus diversas tradiciones.

Tanto PPK como Keiko Fujimori comparten el campo de la derecha con bastante claridad, aunque últimamente Keiko pretende desplazarse discretamente al centro. Pero el caso del APRA presenta mayores dudas. Su larga tradición política comenzó en las filas revolucionarias y por décadas se ha presentado como izquierda democrática. Como veremos, ha oscilado entre izquierda y derecha, nació en un punto y se ha movido en zigzag para ubicarse en el otro.

Obligado a optar, he decidido incorporar al APRA dentro de los partidos que hoy están en la derecha y desentrañar su pasado buscando entender la naturaleza de un partido que ha salido adelante cambiado de gorro en más de una oportunidad. Por su lado, el análisis del APRA también presenta algunas facilidades, empezando por el dato básico: se trata de un partido, de una entidad orgánica que sus líderes y cuadros medios han sabido preservar. Esa larga continuidad institucional define los marcos del estudio y precisa sus límites.

Por el contrario, en los casos del fujimorismo y de Kuczynski no existen mayores antecedentes orgánicos. Sobre ellos, he tenido que armar una historia y quiero presentar mis consideraciones. Con respecto al fujimorismo, sustento una tipología compuesta por tres variables principales: autoritarismo político, liberalismo económico y populismo clientelista. Voy a sustentar que esos rasgos se hallan presentes tanto en Keiko como en Acuña, ambos interpretados como herederos del sistema político puesto en marcha en los noventa. En la historia nacional, esa tipología se halla presente en tres gobiernos:

Óscar R. Benavides, Manuel A. Odría y Alberto Fujimori. Después de trazar sus conexiones, me pregunto por la capacidad de Keiko Fujimori para dejar caer ese modelo sin perder sustento popular. Por su parte, de acuerdo con el estudio del politólogo Rodrigo Barrenechea, Acuña ha construido su movimiento político gracias a un extenso clientelismo, que constituye su verdadera naturaleza. En su caso el clientelismo proviene de un consorcio universitario particular y no del Estado. No obstante ello, Acuña aparece en la política conduciendo un liderazgo patrimonialista, que lo identifica con la tradición a la que pertenece Alberto Fujimori.

Por su parte, la historia de PPK es complicada y estructurarla no ha sido sencillo. No hay una entidad orgánica, como en el caso del APRA, ni la historia de tres gobiernos, que al fin y al cabo componen los antecedentes del fujimorismo. Por el contrario, el hilo conductor de Kuczynski es la derecha intelectual, hoy en día tecnocrática y aspirante a un liberalismo orgánico. Pocas veces ha apostado por un gobierno propio, puesto que su participación principal ha sido acompañar a diversos gobiernos. En busca de la derecha tecnocrática revisamos a Beltrán, Ulloa y De Soto como escalas en un camino que lleva a dos soluciones posibles: personajes como PPK, que deciden jugar a fondo por la presidencia, o instituciones como el IPE, que se forman para darle continuidad liberal a las políticas públicas de todos los gobiernos.

Para terminar, agradecer a Planeta por la confianza, a Natalia por su generosa compañía y a mi hijo Martín por haber realizado la meta de todo padre. Dentro de mi familia quisiera destacar a mi padre, un ejemplo de vida a sus más de noventa años. Asimismo, quisiera agradecer a Rolando Rojas y al IEP, porque ciertas secciones de este texto parten de un libro que escribimos juntos en su prestigioso sello editorial. Por su parte, Emilio Candela colaboró en el acopio de libros y documentos de la compleja historia de nuestras derechas. Finalmente, un grupo de colegas han leído este manuscrito. Se trata de Cristóbal Aljovín, Jorge Lossio, Efraín Trelles, Livia Letts y Pepe Chlimper; a todos agradezco sus comentarios. Los errores que subsisten son de mi entera responsabilidad.

Capítulo 1

El APRA, historia de un zigzag

En el imaginario de los peruanos, el APRA no es un partido de derecha y puede sonar a incongruencia empezar una historia de las derechas en el Perú revisando la trayectoria del partido de Haya de la Torre. Pero el APRA se ha desplazado bastante en el espectro político, sin permanecer anclada a un puesto estable. Como veremos, nació en los treinta como un movimiento de izquierda no comunista, aunque progresivamente se fue moderando para pasar a un entendimiento con sus antiguos enemigos durante los cincuenta y sesenta. Hasta ahí su historia sería una trayectoria semejante a miles de relatos idénticos: izquierdista en su juventud y conservador en su edad madura.

La historia del APRA es singular porque su fundador dirigió el proceso de construcción de partido a través de una filosofía que denominó *espacio-tiempo histórico*. Ella fundamentaba los llamados *virajes*, porque ofrecía una explicación basada en cambios mayores del contexto mundial. No era pura adaptación, menos oportunismo; por el contrario, era parte del esfuerzo por encontrar el camino en un escenario complejo. A ello hay que sumarle el olfato del viejo Haya, que le permitió entender la necesidad de un nuevo viraje luego del golpe de Velasco en 1968. Ante sus ojos se derrumbaba sin resistencia su vieja enemiga, la oligarquía terrateniente. Comprendió que debía realizar otro golpe de timón, esta vez de retorno, para ubicarse en la centroizquierda. La obra de los militares del 68, reforma agraria

y nacionalizaciones, se parecía demasiado a sus promesas de los años treinta. Por ello, Haya se posicionó como adelantado del gobierno militar; en realidad, como creador de sus ideas fuerza.

En el transcurso de los setenta, Haya se empeñó en una batalla por la democracia. Según su parecer, las reformas de Velasco iban a fracasar, no a causa de sus objetivos, sino por el método dictatorial de ejecución. De este modo, Haya rescató el concepto de *izquierda democrática*, que representaba bastante bien el nuevo puesto que le concedió al PAP hasta su muerte. De este modo, hacia finales de los setenta, el movimiento histórico del APRA por el espectro comenzaba en la izquierda, se desplazaba a la derecha y tuvo un retorno al posicionamiento que llamaban de izquierda democrática. En este punto del espectro, el PAP se mantuvo bastantes años, hasta el segundo gobierno de Alan García en 2006. Como veremos, desde la muerte de Haya, el triunfo de Armando Villanueva en la lucha interna contra Andrés Townsend y a lo largo del primer gobierno aprista, el APRA estuvo en el casillero de la centroizquierda. Luego, en los noventa vino un cambio paulatino en dirección al triunfante neoliberalismo a escala mundial, aunque sin fundamentación interna doctrinaria. Pero, cuando el APRA fue oposición a Toledo, comenzando los años 2000, el partido participaba en luchas sociales y acudía a los mítines de la CGTP. La famosa escena de la patadita es precisamente en ocasión de un paro nacional. Es decir, era una etapa algo ambigua, donde las ideas neoliberales habían ganado peso en la dirigencia del PAP, pero el partido aún se movía en una lógica mayormente socialdemócrata.

Sin embargo, el segundo gobierno de García fue ocasión para un nuevo giro del APRA, esta vez en dirección a la derecha. El vigoroso desarrollo del capitalismo a continuación de las reformas neoliberales de los 1990 empujó a García en dirección a una receta ortodoxa que aprovechó los precios de las *commodities* para impulsar el crecimiento económico. Los artículos sobre el "perro del hortelano" mostraron que había hecho suya esa posición para gobernar durante el mandato de 2006 a 2011. Ahora que el PAP enfrenta la campaña presidencial de 2016, la ciudadanía ubica sin

mayores dudas al APRA como parte de las derechas. Para sus militantes es aún socialdemócrata, pero la alianza con el PPC evidencia una postura de derecha liberal.

De este modo, la historia del APRA es compleja y se asemeja a un zigzag. Empezó en la izquierda, se movió a la derecha, retornó a la centró izquierda y en los últimos diez años nuevamente se ha desplazado a la derecha. Por ahora, ahí se mantiene y esta ubicación actual del PAP justifica comenzar este libro por su fascinante historia. La pregunta que orienta nuestro estudio es cómo ha sido posible construir un partido histórico y de masas, no obstante estos giros políticos. Cualquiera hubiera desaparecido en medio de esos inesperados movimientos, mientras que el APRA ha resistido y se halla en las puertas de una nueva elección presidencial con ciertas posibilidades.

1. El Congreso de Bruselas

Víctor Raúl Haya de la Torre inició su carrera política como líder estudiantil en la Universidad de Trujillo y luego en San Marcos. El año 1917 llegó a Lima, dejando atrás su primera formación en el llamado Grupo Norte dirigido por el filósofo trujillano Antenor Orrego. En esta época auroral recibió distintas y variadas influencias ideológicas, que fueron formando su propia concepción política. Sin embargo, si hubiera que elegir una corriente especialmente significativa en la base ideológica del futuro fundador del APRA, esta sería indudablemente el anarcosindicalismo. Esta corriente era especialmente fuerte entre los obreros cultos y radicales que lideraron las luchas populares en el Perú de los años 1905-1920. Entre sus referentes se hallaba el famoso escritor Manuel González Prada, quien había evolucionado desde un nacionalismo radical al anarquismo, siguiendo las enseñanzas del aristócrata ruso Mijaíl Bakunin. De hecho, la primera iniciativa orgánica del joven Haya recibió el nombre de "Universidades Populares González Prada".

Estas "universidades" eran parte de un audaz plan organizativo de la Federación de Estudiantes del Perú, que, bajo la dirección de Haya, impulsó un amplio programa de educación popular. En un congreso de estudiantes realizado en Cusco en 1920, se crearon estas instituciones educativas, donde sectores populares cultivados recibían clases organizadas por estudiantes universitarios de avanzada. Fueron un éxito y se extendieron tanto en Lima y Callao como en numerosas ciudades del interior del país. En 1923, la Universidad Popular de Lima decidió oponerse a la Consagración del Perú al Corazón de Jesús, una iniciativa religiosa con proyección política, que buscaba amalgamar la Iglesia católica con el Estado. Era un momento político especialmente álgido, porque estaba en juego la reelección de Augusto B. Leguía, que estaba explícitamente prohibida en la Constitución promulgada por él mismo en 1920. La iniciativa del arzobispo de Lima generó rechazo de varios grupos laicos, los cuales fueron conducidos políticamente por la Universidad Popular para impedir el acto religioso.

La contramanifestación fue violenta y murieron dos personas, cuyo entierro fue ocasión para un gran discurso del joven Haya. Emotivo y profundo, Haya captó la atención del gran público, dando el primer salto de estudiante a líder nacional. Pocos meses después, el gobierno apresó y deportó a Haya. Luego, inició un periplo que lo tuvo fuera del país ocho años hasta su retorno en 1931, para la campaña electoral que siguió al derrocamiento de Leguía. Durante su destierro, Haya viajó bastante y conoció media Europa, incluyendo un viaje a Rusia soviética y una estadía que incluyó estudios universitarios en Inglaterra; anteriormente había estado en América Central, el Caribe y sobre todo en México, a donde volvió en 1928, para poner en marcha su proyecto político personal, denominado "Plan de México".

En el transcurso de estos viajes, Haya fue formando su pensamiento, conoció a muchos políticos e intelectuales, estudió bastante y se entrenó como polemista. Fue parte de clubes de debates en su estadía en universidades de Gran Bretaña. En ese momento, en el pensamiento de Haya aparece la influencia de las dos revoluciones

de aquellas décadas: la mexicana y la rusa. Haya conoció y apreció ambas experiencias y fue elaborando una síntesis, que recogió lo que consideraba positivo y a la vez se mantuvo crítico de cada una, perfilando una propuesta propia.

En 1926 publicó en una revista comunista británica un artículo famoso que luego ha sido reproducido muchas veces. Se titulaba "Qué es el APRA" y proponía una primera definición programática, sustentando que esta entidad es el órgano de lucha antiimperialista de América Latina, por medio de un frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Aquí se presentan algunos temas cruciales. Primero, el énfasis de Haya en la región latinoamericana. No pretende una política para el Perú estrechamente nacionalista, pensada desde dentro, pero tampoco inspirada en las contradicciones globales, como quería el comunismo soviético.

Por el contrario, Haya concibe un proceso regional latinoamericano autónomo y específico. Ese punto marca una distancia clave con la propuesta comunista. ¿Cuál es el alcance y el centro del proyecto político? Para Haya era regional. A continuación, Haya profundiza esa inicial disputa con la Internacional Comunista, al proponer el frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Por el contrario, los comunistas querían un partido revolucionario concebido como vanguardia del proletariado, no un frente único, menos con los intelectuales, que allí representaban a las clases medias, llamadas en la literatura marxista, en forma despectiva, *pequeña burguesía*.

Haya tuvo ocasión de exponer su parecer en un célebre congreso antiimperialista que se reunió en Bruselas en febrero de 1927. Grandes personalidades de izquierda estuvieron presentes y, aunque el centro de los debates fue la cuestión china, Haya tuvo oportunidad para confrontar sus ideas con Julio Antonio Mella, un importante dirigente juvenil comunista de nacionalidad cubana. Mella le reprochó tratar de organizar al APRA como alternativa al comunismo, acusándolo de divisionismo en el seno de las izquierdas latinoamericanas. De ese modo, se generó la ruptura entre Haya y la III Internacional Comunista. Hasta ese entonces, Haya había coqueteado con

el comunismo, se reclamaba seguidor de Marx y proclamaba que el socialismo era su meta.

Sin embargo, Mella criticó la falta de compromiso de Haya con la patria del socialismo. Víctor Raúl aún no planteaba que la URSS era un socialimperialismo (esta concepción fue posterior), pero el corset de representante del comunismo ruso le pareció sumamente estrecho para sus ambiciones. Esta temprana diferencia con el país de los sóviets no debe ser magnificada. Para aquel entonces, el joven Haya era un revolucionario antiimperialista de izquierdas, salvo que independiente, no alineado con Moscú, que había intentado atraerlo, pero que, al no lograrlo, estaba empezando a detestarlo. Ese sentimiento se desarrolló en un largo horizonte temporal.

2. El antiimperialismo y el APRA

A continuación, se produjo la ruptura entre Haya y Mariátegui, que originó la separación formal del aprismo con la izquierda marxista. Corría el año 1928 y Haya estaba en México planeando una revolución contra Leguía. Ese mismo año escribió un libro fundamental que condensa toda la primera etapa del aprismo. Titulado *El antiimperialismo y el APRA*, el texto fue recién publicado en 1936. El nombre expresa una postura claramente situada en la izquierda. Se trata de una propuesta para luchar contra el imperialismo, que lo ubicaba en la orilla opuesta a las grandes potencias, y era especialmente crítico del gran capital norteamericano.

El libro contiene una idea singular, que luego será clave en su evolución política. Se trata del doble carácter del imperialismo. En efecto, de acuerdo con Haya, existe un elemento negativo caracteriza al imperialismo. Se trata de la explotación económica y el menoscabo a la independencia política de los países pobres y pequeños. Ese rasgo en ocasiones podía ser intolerable y provocar grandes sacrificios para desembarazarse de sus garras. Por ello, la relación de los pueblos con

el capital imperialista era crítica y Haya pensaba que era necesario oponerse a estas grandes empresas abusivas y explotadoras.

Pero el capital extranjero posee una segunda piel. Esta piel es positiva y consiste en capital y tecnología moderna, que llegan a un mundo atrasado y lo transforman. Así, los pueblos que antes de la llegada del imperialismo vivían en el feudalismo, pasaron a la edad contemporánea y aparecieron el proletariado y la clase media. El imperialismo también significa progreso. Según Haya, la relación con el capital extranjero es el nudo gordiano de la política latinoamericana. Por ello, el punto de partida es una estrategia que lidie con esta doble dimensión del imperialismo. No se trata de oponerse ciegamente y estrellarse contra la pared, como a su juicio hacían los comunistas. Por el contrario, era necesaria una política que aprovechara lo positivo y pusiera un alto a lo negativo.

El diseño ideado por Haya se llamaba Estado Antiimperialista, que sería lo suficientemente fuerte para negociar con el gran capital extranjero y las potencias imperialistas, aprovechando lo que hubiera de bueno en términos de capital, y también en contactos comerciales a nivel internacional. A la vez, ese Estado Antiimperialista tendría la capacidad suficiente para servir de barrera de protección contra el lado negativo del imperialismo. En este caso se trataba de impedir la explotación de los recursos naturales sin una adecuada compensación económica, en términos de sueldos y salarios para los trabajadores nacionales, e impuestos, a fin de que el Estado tuviera recursos para redistribuir en indispensables obras públicas.

Ahora bien, ¿cómo lograr un Estado con estas capacidades? De acuerdo con Haya, la clave se hallaba en el mencionado frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Esta idea implica la construcción de un gran frente político nacional, integrado por varios sectores sociales que convergen en un planteamiento central: negociar eficientemente con el capital extranjero. No dejarse avasallar y aprovechar sus ventajas. El liderazgo del frente quedaría en manos de las clases medias, porque disponen de capacidad intelectual para conducir al Estado. Este frente sería tan ancho y su proyecto tan concreto que recibiría la adhesión mayoritaria de la ciudadanía. En ese

sentido, el apoyo popular garantiza la solidez del Estado en su trato con el imperialismo.

El único sector nacional rechazado era la oligarquía, concebida como aliada del imperialismo y vehículo interno de la dominación externa. La clave de la política era la lucha contra lo oligarquía, que era culpable por su egoísmo al no haber integrado a la nación. Haya estaba forjando el acercamiento populista clásico buscando armar un frente muy amplio aislando a la clase peligrosa, la oligarquía, siempre entreguista y cerrada. El frente único planteado por Haya era tanto antioligárquico como antiimperialista.

Este tema del doble carácter del imperialismo constituyó un punto crucial del debate del aprismo con el comunismo internacional. Haya habla del carácter positivo del imperialismo, de negociar con él, sin una oposición intransigente. Por ello, la tesis sobre el imperialismo fue una clave de su evolución política venidera. Para los comunistas confirmó su ambigüedad frente al gran capital. A partir de entonces, Haya considera normal llegar a eventuales acuerdos con las grandes potencias y las empresas extranjeras. Los demás podrían someterse de rodillas, él no pensaba hacerlo, sino negociar con firmeza, pero sin renunciar al contacto con las potencias, único medio para desarrollarnos nosotros mismos. Con esa propuesta enfrentaba confiado el porvenir. Siempre fue un optimista.

3. El veto

Augusto B. Leguía fue derrocado en agosto de 1930, después de un largo gobierno de once años, que en ese momento fue considerado tiránico, no obstante el importante impulso modernizador que había conllevado. Su caída fue consecuencia de un golpe de Estado gestado en Arequipa por el comandante Luis Sánchez Cerro. Después de unos pocos meses como presidente interino, Sánchez Cerro fue obligado a dejar el poder, como condición para su postulación a

presidente en las elecciones convocadas para 1931. Partió a París y luego regresó para la campaña electoral.

Asimismo, había retornado el joven Haya, quien volvía con la aureola del revolucionario desterrado. Cuando Leguía lo había echado del país, era un líder estudiantil animoso y ahora era una joven figura internacional. La candidatura de Haya fue muy atractiva y concitó muchas adhesiones. Sobre todo, entre los sectores populares organizados, gremios y sindicatos; por su parte, los jóvenes de diversa condición le dieron su apoyo. Tenía apenas 35 años, la edad mínima para postular a la presidencia y su discurso fue muy impactante. Haya retornó al Perú por Talara y a partir de ahí inició una gira que convocó multitudes. Haya mostró que era un gran orador, disponía del don de la palabra, sabía entusiasmar a las multitudes.

Además, era buen organizador, y conocía las técnicas y los mecanismos para montar una maquinaria eficiente en el terreno político. Se dedicaba al partido íntegramente y despachaba cotidianamente desde el local central. Pero el resultado electoral de 1931 fue adverso para el APRA. Haya obtuvo 36% y Sánchez Cerro, 51% Inmediatamente, los apristas alegaron fraude y proclamaron a Haya presidente moral del país. Si la campaña había sido polarizada, el periodo crítico fue entre las elecciones y la toma de mando. La violencia escaló tremendamente y el clima político era totalmente enrarecido.

Además, la situación internacional estaba camino al abismo. El crac de 1929 había remecido al sistema económico internacional y no se vislumbraba una solución. El sistema capitalista en su conjunto enfrentaba una depresión económica sin precedentes. Por su lado, la URSS, considerada por muchos izquierdistas como la patria del socialismo, no atravesaba una crisis semejante y, encerrada en sus fronteras, seguía creciendo gracias a los planes quinquenales. Por ello, comenzando los treinta, la crisis mundial era profunda, los países capitalistas parecían atrapados por sus contradicciones, mientras que el comunismo se alzaba con fuerza. En ese contexto surgió el fascismo para contener y derrotar a los movimientos revolucionarios en Europa occidental.

En el caso peruano, la campaña electoral de 1931 se dio en un contexto altamente crispado, porque la economía se había hundido y había gran agitación; las calles estaban ocupadas por multitudes y le gente estaba desesperada. Por su parte, Sánchez Cerro comenzó su gobierno presentando una ley de emergencia que le permitía imponer condiciones draconianas para controlar la intranquilidad política. El comandante Sánchez Cerro había reclutado el apoyo de la oligarquía, muy asustada por las promesas reformistas del APRA. Asimismo, el Ejército sostenía su actuación, ya que era uno de los suyos e intentaba imponer el orden. Gracias a estos puntos de apoyo, Sánchez Cerro impulsó una línea de mano dura desde el primer día.

Para la campaña, había formado el Partido Unión Revolucionaria, PUR, que pocos años después se transformaría en un partido fascista. La organización política purrista era de masas y sus bases provenían de sectores populares, que anteriormente habían sido poco concientizados. Por ejemplo, era un ídolo entre los trabajadores de los mercados. Incluso había formado una sección femenina liderada por la dirigente ítalo-peruana Yolanda Coco.

En esas circunstancias, Sánchez Cerro dio un paso decisivo y en febrero de 1932 hizo apresar y deportar a la bancada aprista y algunos otros constituyentes de oposición. Con ello, el régimen puso fuera de la ley a medio país. Como respuesta, en marzo de ese mismo año, el PAP intentó un levantamiento armado, apoyado en la Marina. Esta intentona concluyó trágicamente, con sentencias a muerte de ocho marineros, a cuyo cumplimiento asistió el ministro Luis A. Flores. Posteriormente, la Policía detuvo a Haya, quien fue encerrado en prisión alrededor de un año, de 1932 a 1933.

En esas condiciones, la dirección clandestina del APRA y sus estructuras regionales organizaron una serie de levantamientos que se desarrollaron entre 1932 y 1934. Ellos hicieron del APRA un movimiento subversivo antisistema. Su discurso era de centroizquierda, pero su práctica era insurreccional. Aún no había espacio para la democracia. La rebelión más importante ocurrió en Trujillo en julio de 1932, mientras Haya estaba preso en Lima. Esta ciudad era la cuna del aprismo y cabecera de una región moderna, con amplia presencia

del capital extranjero, que dominaba las haciendas azucareras. Las ideas del APRA habían calado entre las clases medias de la ciudad y entre los trabajadores cañeros. Estos dos sectores estuvieron detrás del levantamiento aprista que culminó con la captura de la ciudad de Trujillo.

Un grupo de militantes provenientes de las bases cañeras y estudiantiles apristas tomó el cuartel O'Donovan después de una refriega, en la que cayó ultimado el jefe militar de la sublevación, llamado "Búfalo" Barreto. La captura del cuartel derivó en la prisión de un conjunto de jefes y oficiales del Ejército y la Policía, puesto que la comisaría también había sido tomada por civiles apristas. El prefecto revolucionario era el hermano menor de Víctor Raúl, Agustín Haya, quien no logró mantener el control del movimiento revolucionario. La suerte de estos militares y policías detenidos fue decisiva por los próximos cuarenta años. En efecto, ellos fueron fusilados sin proceso, estando aún tras los barrotes; su asesinato dio pie a una tremenda venganza del ejército luego de la caída de Trujillo en sus manos. Ese horroroso ajuste de cuentas consistió en el fusilamiento de casi un millar de apristas en los muros de la ciudad prehispánica de Chan Chan. Así se formó un charco de sangre entre el PAP y el ejército, que fundamentó el veto: Haya de la Torre no podía ser presidente. A continuación, el país atravesó varias décadas oscuras y represivas, donde primó el sectarismo y la liquidación del adversario.

4. La Segunda Guerra Mundial

El año que comenzó la Segunda Guerra Mundial hubo elecciones presidenciales en el Perú. Fue electo por primera vez Manuel Prado (1939-1945) y el APRA no apoyó a ningún candidato en el proceso electoral. Conjuntamente con el Partido Comunista, el PAP tenía prohibida su misma existencia. Un artículo de la Constitución de 1933 ilegalizaba a los partidos internacionales y ambas agrupaciones

eran consideradas sectas foráneas. Así, llegó Prado, pero la persecución contra el PAP no se detuvo. Por el contrario, el PCP logró cierto acomodo y algunas de sus actividades fueron toleradas. Mientras tanto, la vida del APRA seguía siendo la misma: una dirección clandestina, un contingente de líderes exiliados, centenares de presos políticos y una masa que seguía fiel a los dictados de una organización que mucho tenía de religión.

Sin embargo, la Segunda Guerra generó problemas políticos muy hondos que obligaron al PAP a producir un viraje. Para empezar, estaba decididamente en contra del Eje nazi-fascista; por ello, su apoyo a la causa de los aliados era irrestricta. Haya era consciente de que ocupaba el mismo campo político que Estados Unidos, que fue perdiendo los elementos negativos que antes merecían su crítica; por el contrario, emergió como líder del mundo libre al que deseaba pertenecer el APRA. Desde el triunfo de Franklin D. Roosevelt en 1933, Haya había percibido modificaciones en la política exterior de Estados Unidos. El gigante norteamericano dejó atrás al gran garrote, para pasar a la política de buena vecindad. Gracias a Roosevelt, Estados Unidos ya no propiciaba dictaduras, sino que respetaba la voluntad de los pueblos. Este era un gran cambio y estaba a favor de una relación más justa con América Latina. Por ello, cuando pocos años después llegó la Segunda Guerra, el Partido Aprista y su líder estaban listos para sumarse al campo político conducido por Estados Unidos.

Estas ideas fueron formuladas en un libro titulado *La defensa continental*, que apareció en 1942 y que reunía artículos escritos desde 1938. En este texto, Haya sustenta una nueva consigna para su movimiento político. Se trata del "interamericanismo democrático sin imperio". Esta propuesta venía a sustituir el viejo lema antiimperialista primigenio. Ahora el APRA postulaba una relación equilibrada con Estados Unidos. De una consigna en negativo, definida por el prefijo *anti*, el PAP pasó a un planteamiento afirmativo definiendo en positivo el régimen de igualdad política con Norteamérica.

La nueva fórmula traía una segunda gran novedad: la introducción del concepto *democracia*. Cierto es que esta noción había estado

presente desde los primeros días. Pero el concepto de un Estado de derecho, que se rige por leyes y se renueva por elecciones, había acabado sepultado por la actitud beligerante del PAP, que había buscado el poder combinando formas legales con intentonas subversivas. El golpe militar y el levantamiento de sus militantes organizados paramilitarmente habían sido extensamente practicados por el APRA hasta ese entonces y estaban presentes desde el Plan de México. Por ello, la demanda por la democracia no ocupaba un puesto central en el mensaje aprista de entonces.

Pero, a continuación, la democracia fue pieza fundamental en el enunciado del aprismo. Aún no renunciaba definitivamente a los métodos insurreccionales; ello llegaría años después. Pero, desde comienzo de los cuarenta, la democracia ocupaba un lugar central, porque definía la finalidad de la lucha: un régimen político abierto contrario a las dictaduras peruanas de los años treinta y cuarenta. El interamericanismo sin imperio pasaba a ser soporte de la democracia anhelada por el PAP.

En 1942 se realizó en la clandestinidad la I Convención Nacional del PAP, donde se aprobó una declaración programática enfrentando al imperialismo alemán y las doctrinas fascistas. Asimismo, en este documento partidario se realizaron precisiones al programa máximo, dejando claro el nuevo puesto del PAP en el escenario: del lado de Estados Unidos contra Alemania y del lado de la democracia contra las dictaduras. Así, Haya realizó una simbiosis entre Estados Unidos y democracia. Se ubicó políticamente en este campo y sostuvo que su definición como partido democrático era esencial.

5. Una reforma filosófica

Desde los años treinta, Haya fue elaborando una base filosófica para su movimiento político. En busca de consistencia, se había inspirado en la dialéctica hegeliana, matizando categorías juveniles más radicales.

Para Haya, la filosofía política era un tema esencial. No se puede hacer política sin una base conceptual. Solo una idea de la evolución humana valida una propuesta política. Sin filosofía, la política se reduce a pasión por el poder. Anímicamente, Haya se sentía por encima de ese tipo de sensualidad.

Por ello, la filosofía era indispensable para darle sentido histórico a su partido. Él mismo relata que buscaba una teoría que lo ayudara a entender su posición actual. Dice Haya: "¿dónde ubicar en un esquema lógico de la historia, el mundo americano, su pasado y su presente, para avizorar su destino?" Estando en Alemania, antes de regresar para la campaña electoral de 1931, Haya había tenido un primer acercamiento a la teoría de Albert Einstein sobre la relatividad. Desde entonces en forma progresiva haría de sus conceptos el eje de un planteamiento para entender las ciencias humanas y específicamente la política.

Esa nueva concepción fue meditada varios años y solo apareció en 1948, en dos artículos originalmente publicados en la revista mexicana *Cuadernos Americanos*. Junto con breves textos más tempranos fueron publicados en Lima en el libro *Espacio-tiempo histórico*. Su planteamiento aplica la teoría de la relatividad a la vida de los seres humanos en sociedad. A lo largo de sus páginas, Haya defiende que en el mundo social tampoco existe lo inmutable; que es igual a la naturaleza, todo cambia y es relativo.

Algunos de sus críticos han dudado de esta operación intelectual de tomar conceptos de la naturaleza y trasladarlos a la sociedad. Por ejemplo, un libro del filósofo Augusto Castro cuestiona el sentido mismo del trabajo conceptual porque cada ciencia tendría su propio campo teórico y los préstamos de categorías pocas veces encajan. Pero, más allá de las críticas, Haya es uno de los pocos políticos peruanos que ha buscado en la filosofía una base para su posicionamiento político. En esa actitud era equivalente a la adoptada por los marxistas, que poseían el llamado *materialismo dialéctico*. Se puede interpretar la actitud de Haya como un esfuerzo por armar doctrinariamente a su partido con instrumentos semejantes pero distintos a los marxistas.

Haya establece que las variables principales para conocer la evolución de las sociedades humanas son el tiempo y el espacio. Es decir, el analista debe ubicarse en su respectivo tiempo (por ejemplo, no es lo mismo el capitalismo maduro que el incipiente) y, a continuación, situarlo en su respectivo espacio (un país latinoamericano es distinto a otro europeo). Así, las posibilidades de combinación son varias, y solo cuando se precisa el lugar y el momento que ocupa el país, entonces se puede trazar una línea política adecuada.

Por su parte, la teoría de Haya sobre la historia justificaba la búsqueda de lo particular en vez de lo general, postulando que la esencia se hallaba en aquello que hacía único a un determinado fenómeno. No se trataba de repetir consignas generales válidas para todo el planeta, como quería el comunismo, sino hallar lo propio, lo inconfundible.

Los críticos de Haya vieron en este concepto una simple deriva oportunista, ante su supuesta impotencia para precisar las líneas maestras de su accionar político. De acuerdo con esta interpretación, el espacio-tiempo histórico le sirvió a Haya para fundamentar todos los virajes políticos del APRA. Su tránsito de izquierda a derecha y el pacto con la oligarquía tendrían como fundamento la ambigüedad de su base conceptual. Por ello, sus enemigos han sostenido que el libro de 1948 *Espacio-tiempo histórico* anticipó los cambios de línea política que vendrían en la década de 1950.

6. El discurso del reencuentro

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, una ola democrática recorrió el planeta. Esta temporada de plenas libertades fue bastante corta, porque en 1948 comenzó la llamada Guerra Fría, que enfrentó a los sistemas liderados por Estados Unidos y la URSS por más de cincuenta años. Pero, aunque breve, el ventarrón democrático fue intenso, las potencias fascistas cayeron derrotadas y el triunfo militar

consagró a los luchadores por la libertad. Gracias a ello, en el Perú, la transición de Prado a Bustamante fue bastante más abierta que los procesos anteriores y las elecciones presidenciales fueron relativamente libres. Antes de terminar su gobierno, Prado ideó una argucia para devolver la legalidad tanto al PAP como al PCP. Obligó a un cambio de nombre y así el APRA apareció como Partido del Pueblo y el PCP se llamó Vanguardia Socialista.

De este modo, el PAP salió de la llamada "larga clandestinidad", que vivía desde los años treinta. Los apristas consideran esta etapa como una trayectoria épica y suelen compararla con las catacumbas donde habían resistido los primeros cristianos. El lenguaje de Haya había sido mesiánico y sus textos recopilados en un libro titulado *Carta a los prisioneros apristas* auguran la tierra prometida al final del largo sufrimiento.

Durante los años de prisiones y deportaciones, a los militantes los había sostenido la fe en el destino de su agrupación. Esa mística se había encarnado en Haya. Era una figura superior a los demás; siempre fue llamado reverencialmente "jefe", al haber ejercido el mando como un soberano de su propio partido. Además, su leyenda se había incrementado durante la clandestinidad. No se había asilado, como tantos otros. Por el contrario, había dirigido al partido en la complicada lucha por sobrevivir a la represión; su refugio era conocido como la Casa del Inca, el Incahuasi. Asimismo, en esas difíciles circunstancias, había proseguido su labor intelectual y se había dado maña para publicar importantes textos que marcaban la línea de los partidos populistas en toda América Latina. Para la militancia aprista, Haya era un mito que había estado obligado a esconderse y ahora salía al reencuentro de los suyos. La ocasión debía ser magnífica.

La organización del mitin del reencuentro fue confiada a Luis Felipe de las Casas, entonces joven dirigente del PAP, quien montó un impresionante desfile que culminó en la plaza San Martín, por entonces escenario de las grandes concentraciones políticas peruanas. El desfile fue muy emocionante. Quienes estuvieron recuerdan haber reconocido como apristas a muchas personas que veían por años sin conocer sus simpatías. Las cárceles se abrieron y salieron los presos a

escuchar a Víctor Raúl, quien habló desde uno de los balcones de la parte sur de la plaza. Media ciudad acudió a escucharlo. La expectativa había alcanzado al Club Nacional, donde a la época se reunía en exclusividad la élite económica, la así llamada oligarquía. Los balcones del club estaban llenos y todas sus luces prendidas como señales de la ansiedad y curiosidad sin par que despertaba el líder aprista.

El discurso de Haya fue muy estudiado. Avizoró un gran destino para el país si emprendía indispensables reformas. Esa era la misión del APRA, realizar los cambios sociopolíticos que conducirían al país hacia un destino de prosperidad y libertad. En medio de su discurso, un pasaje llamó poderosamente la atención y se convirtió en el eje del mensaje. Haya sostuvo que no había venido a quitar riqueza a nadie, sino a crear nueva riqueza, al alcance de todos. La propuesta sonó a miel en los balcones del Club Nacional. El líder aprista anunciaba que el APRA no pretendía una redistribución de la riqueza nacional. Por el contrario, se presentaba como desarrollista, partidario de una política que crearía nueva riqueza para posteriormente ser distribuida. El crecimiento era su nueva meta.

En ese momento, los segmentos dirigentes de la oligarquía rechazaron la rama de olivo de Haya. El antiaprismo era muy fuerte. Como sentimiento político había nacido en los treinta, pero iba a perdurar mucho tiempo. Entre la oligarquía, el mensaje del reencuentro fue tildado como demagógico, palabras bonitas para esconder el propósito sectario del APRA. Ni *La Prensa* de Beltrán ni *El Comercio* de los Miró Quesada aceptaron la vuelta del PAP al redil.

Por ello, los años del presidente José Luis Bustamante y Rivero fueron tormentosos (1945-1948) Al terminar la Segunda Guerra, la economía internacional atravesó una recesión y cayeron los precios de las exportaciones peruanas. La contracción trató de ser contrarrestada con medidas heterodoxas: controles de cambios, de precios y salarios. Sin embargo, el deterioro fue fulminante y el Perú se sumergió en un ciclo corto muy depresivo; la economía nacional se fue a pique y todos los actores reaccionaron con demandas. Como había retornado la democracia, la gente podía salir a las calles y expresar su

descontento. El gobierno era estrictamente legal y permitía la organización de la ciudadanía.

Lamentablemente, el vehículo político del gobierno, el Frente Democrático Nacional, nunca funcionó y el experimento terminó en un ruidoso fracaso. El jefe del APRA y el presidente Bustamante se llevaron mal desde el primer día. La coalición gubernamental no se sostuvo y después de muchos encontronazos terminó con un levantamiento protagonizado por el aparato paramilitar y las células en las fuerzas armadas del APRA el 3 de octubre de 1948.

La Marina se levantó, pero quedó aislada y fue derrotada con rapidez. Luego, Bustamante volvió a prohibir al PAP, que había disfrutado de apenas tres años de vida legal. Pero el presidente no se sostendría por mucho tiempo. Su gobierno estaba carcomido y carecía de apoyo. A continuación, el 27 de octubre de ese mismo año, el general Manuel A. Odría dirigió un golpe de Estado e impuso una dictadura destinada a durar ocho años, conocida por ello como el Ochenio.

7. Las convivencias

El golpe de Odría se ensañó con el APRA; de inmediato la policía política organizó la cacería de Haya. En esas circunstancias, el partido le aconsejó asilarse, aceptando su incapacidad para garantizar su clandestinidad. Así, en enero de 1949, Haya se refugió en la embajada de Colombia en Lima, que a los pocos días le concedió asilo político. Sin embargo, el gobierno peruano no aceptó la calificación de refugiado y solicitó que Haya fuese entregado a la justicia porque era un delincuente común. Fue calificado específicamente como terrorista.

Como ninguno cedió, se inició un largo conflicto ante la Corte Internacional de La Haya, que se tradujo en un inusual encierro de cinco años, durante los cuales el líder aprista estuvo hospedado en la

embajada de Colombia, una casona de la avenida Arequipa entonces rodeada de fosos e instalaciones policiales. En realidad, Haya vivió solo, acompañado por un reducido personal de servicio y visitado cada tanto por un funcionario junior de la embajada de Colombia.

En esos cinco años escribió un libro clave titulado *Treinta años de aprismo,* en el cual revisa la actualidad del libro doctrinario anterior, *El antiimperialismo y el APRA.* El estilo de *Treinta años de aprismo* es complejo y carece de la contundencia de los escritos anteriores. Quizá el encierro dificultó la composición, porque en este texto aparentemente se defiende la concepción expresada en *El antiimperialismo y el APRA.* Sin embargo, en realidad, *Treinta años de aprismo* codifica el giro a la derecha y prepara al partido para la reconciliación con la oligarquía. El método es sutil y se esconde detrás de la aparente confirmación de los anteriores postulados, lo cual contribuye a la confusión del lector.

Retornando a los días posteriores al golpe de Odría, la preocupación de la dirección del PAP por la seguridad de Haya no era infundada. La represión del gobierno era especialmente dura: un año después fue asesinado el secretario general del PAP, Luis Negreiros, quien había sido policía y era un destacado dirigente sindical y político. Era marzo de 1950 y la dictadura extendió su sombra por todo el país. A continuación, se sucedieron años grises, mientras en el exterior se peleaba la guerra de Corea y se extendía el macartismo en Estados Unidos. Mientras tanto, en la URSS era el último tramo de la vida de Stalin, periodo que estuvo marcado por la paranoia del líder y una implacable represión. El Perú de Odría fue un fiel aliado norteamericano en esta etapa de intensa lucha entre los sistemas mundiales.

Pasadas muchas lunas, hacia 1955 el gobierno de Odría lucía resquebrajado y debilitado. En ese momento, se formó una agrupación que pedía democracia para el proceso electoral de 1956. Denominada Coalición Nacional, fue liderada por sectores liberales de clase alta. Entre ellos destacaba el empresario Pedro Roselló, quien tenía detrás el apoyo del poderoso diario *La Prensa,* dirigido por Pedro Beltrán, una figura clave de las derechas y el liberalismo

nacional. Este grupo disputó palmo a palmo la coyuntura al dictador, que ya cerca la fecha para las elecciones presidenciales no sabía cómo conducir el proceso. Primero pensó en designar algún favorito de Palacio y, con mucha reticencia, tuvo que aceptar una apertura controlada.

Una tesis escrita por Livia Letts y sustentada en la maestría de Historia de la PUCP relata cómo, triunfante en la primera parte de la coyuntura, la Coalición Nacional no pudo seguir adelante ni imponer un candidato de sus filas. Una vez que Odría cedió, la Coalición Nacional se opacó y salieron a relucir las verdaderas fuerzas políticas que habían estado agazapadas debido a la violenta represión gubernamental. Este declive de la Coalición se definió en un mitin en Trujillo, donde las bases apristas pifiaron fuertemente a Roselló, quien desde la tribuna tuvo que terminar su intervención a capazos. El historiador aprista Roy Soto Rivera cuenta que la contramanifestación fue organizada por Armando Villanueva.

Para aquel entonces, Haya había salido al exilio y la dirección del APRA quedó en manos del veterano dirigente Ramiro Prialé, quien era huancaíno y maestro de profesión. Haya confió en Prialé y le dio carta blanca para negociar. Al comenzar el gobierno de Odría, Prialé fue detenido y purgó unos años de prisión. Luego fue deportado, hasta que decidió retornar clandestino para asumir el manejo del PAP. Encontró un clima propicio e incluso tuvo varias entrevistas con Odría, a las cuales posteriormente se refirió en entrevistas periodísticas. Según sus recuerdos, Odría le manifestó su deseo de apoyar a Hernando de Lavalle y le pidió que el APRA se acercara a esta candidatura, aunque claramente le expresó que durante su mandato no concedería la legalización del PAP.

Prialé habló largamente con Lavalle, a quien los apristas tenían elevada consideración por su amistad con Haya. Pero Lavalle fue ambiguo. El PAP estaba interesado en recuperar su legalidad y obtener una amnistía para sus presos. Esa era la meta de Prialé. Por su parte, Lavalle solo prometía que, de ser elegido, una ley de partidos vería el asunto en fecha próxima. Así, apareció en escena Manuel Prado, quien había sido presidente y había perseguido duramente al PAP.

Pero era un político sagaz y entendió la ansiedad aprista por recuperar la legalidad. Habían pasado 25 años de dictaduras. Si cuando comenzaron su vida política Haya y su primer círculo eran jóvenes treintones, ahora estaban terminando sus cincuentas. Lógicamente sentían que la vida se les iba, en medio de tantas persecuciones y heroísmos. Querían actuar libremente. Por ello, estaban en busca de seguridades y Prado supo ganar su voluntad.

El APRA se sabía mayoritario, no había participado en elecciones desde hacía décadas y en los años cincuenta no había encuestas, pero se notaba su gran presencia en la sociedad civil organizada y buscaba traducir ese apoyo en las urnas. Con esa confianza Prialé negoció con ambos candidatos y finalmente Prado prometió que, en su primer acto como presidente, devolvería la legalidad a los partidos proscritos y ofrecería una amplia amnistía política.

La III Convención del APRA se reunió en marzo de 1956 y ratificó la confianza del jefe en la dirección que estaba actuando en el terreno. Así, Prialé tuvo la seguridad para actuar y obtuvo un compromiso de Prado, que este supo cumplir. Para Prialé no pesó que el candidato fuera un representante de la oligarquía y líder de una de los grupos económicos contra los cuales habían combatido durante décadas. Tampoco pesó que durante su primer mandato hubiera perseguido sin tregua a su partido. Lo único que importaba era recuperar la legalidad. Además, la otra opción (es decir, Lavalle) también era una figura de la oligarquía, puesto que era el vicepresidente del Banco de Crédito. En términos de clases sociales, era un par de Prado.

En la contienda electoral de 1956 también compitió Fernando Belaunde, FBT, y era una tercera opción que el APRA podía haber considerado. De hecho, Belaunde había sido diputado del Frente Democrático durante el gobierno de Bustamante, gracias a lo cual había actuado en alianza con el PAP. La experiencia no había sido feliz y los alejaba. Pero, en términos programáticos, Belaunde era un reformista moderado y sus ideas eran cercanas al programa originario del APRA. En efecto, FBT era un arquitecto que reunía un contingente de nuevas clases medias urbanas con educación superior. Socialmente pertenecía a un sector profesional de clase media alta,

estaba dotado de sensibilidad social y expresaba una visión del país; por ello, su planteamiento podía haber congeniado con el aprista.

Pero quizá esa misma cercanía programática impidió el entendimiento. El PAP entendió que Belaunde ocupaba su espacio y que era un rival, no un aliado. Si ganaba la presidencia, el electorado natural aprista podía migrar tras este nuevo líder reformista. Años después, Prialé sostuvo una idea distinta. Según sus recuerdos, el PAP temía que, si votaban por FBT, Odría podía anular las elecciones. Sostuvo Prialé que los apristas tenían que votar por alguien tolerable para Odría y Belaunde no le era confiable.

Poco tiempo atrás, en 1954, al salir libre de su encierro, Haya viajó por Latinoamérica y luego se embarcó a Europa, a la que llegó treinta años después de su anterior visita. Durante su estadía tuvo oportunidad de conocer los países escandinavos y quedó gratamente impresionado. Pensó que había encontrado la sociedad ideal, un avanzado Estado del Bienestar basado en pactos entre actores sociales para enrumbar el país en una dirección aceptada consensualmente. Desde entonces fue un partidario del modelo democrático que había observado en Escandinavia. Con el título de *Mensaje a la Europa nórdica* publicó un texto cuyo tono corresponde a un libro de viajes de un político experimentado, combinando apreciaciones turísticas con ideas y pensamientos.

Posteriormente, Haya se estableció en Europa y solo retornaba al Perú pocos meses al año. Viajaba hacia su cumpleaños, en febrero, para celebrar el mitin de la fraternidad y pasaba en el país unas cuantas semanas. Según sus amigos, no quería residir en el Perú porque no quería inmiscuirse en el gobierno de Prado, a quien había elegido el voto aprista, pero que consideraba representante de quienes lo habían atacado toda la vida. Estaba con su gobierno, pero no lo toleraba. La relativa lejanía de Haya se prolongó durante la década de 1960 y solo volvió a residir permanentemente en el Perú después del golpe de Juan Velasco.

Durante el segundo mandato de Prado, el APRA careció de congresistas propios, porque sus líderes no se habían podido presentar como candidatos, aunque algunos amigos suyos habían sido

electos en listas independientes. Asimismo, el PAP mantuvo una política de puertas abiertas con el gobierno. En general se llevaron bien y algunos connotados líderes fueron nombrados embajadores. Entre ellos estuvo Manuel Seoane, el número dos en el liderazgo aprista.

Gracias a esas relaciones, al acercarse el final de Prado, el PAP realizó una alianza con el gobierno para competir en las elecciones de 1962. El candidato fue Haya, que volvió a presentarse a la presidencia después de tres décadas y sobre el cual se cernía la amenaza del "veto". La alianza apro-pradista compitió con bastante éxito en las elecciones celebradas ese año. Pero, aunque quedó primero, Haya no ganó las elecciones, porque no cumplió con el requisito constitucional de obtener al menos el 33% del voto ciudadano.

En esa época no había segunda vuelta, como en nuestros días, sino que, si ningún candidato presidencial obtenía el mínimo legal, entonces el Parlamento elegía entre los tres primeros; en este caso: Haya, Belaunde y Odría. Una vez más, el APRA descartó a Belaunde de las conversaciones para llegar a un acuerdo político y prefirió entenderse con el ala derecha del espectro, en este caso Odría.

La contradicción principal fue entre Belaunde y Haya. Ella definió la historia política de los años cincuenta y sesenta. No obstante su cercanía programática, se enfrentaron sin tregua. Si se hubieran entendido, todo habría sido distinto, pero fueron los polos de la lucha política y el resto de fuerzas se alineó con uno o con otro. Así, Haya acabó pactando con Odría y Belaunde, con la Democracia Cristiana, DC.

El pacto de Haya con Odría consistía en llevar a este último a la presidencia de la República y dejar el Congreso en manos apristas. Odría no tuvo tapujos para aliarse con sus antiguos enemigos, porque pasaba de tercero a ganador. Para el APRA la decisión era más difícil y el resultado era limitado. Aunque Haya creó la teoría del Congreso como el primer poder del Estado, todos sabían que ello solo era cierto en los Estados parlamentarios y el Perú no lo era. Además, era un pacto con un enemigo que ayer había asesinado a

un secretario general y llenado las cárceles de militantes. ¿Cómo confiar?

En medio de dilemas dentro del APRA, sobrevino el golpe militar de julio de 1962, que derrocó a Prado alegando fraude electoral. A continuación, la Junta Militar convocó a nuevas elecciones que se desarrollaron exactamente un año después, en 1963. En esta segunda elección, hubo menos candidatos y Belaunde logró atraer los votos izquierdistas que anteriormente se habían repartido en otras candidaturas. Asimismo, la alianza de AP con la DC fortaleció la candidatura de FBT y acabó imponiéndose.

Por su parte, Haya aumentó el número total de votos propios con respecto a las elecciones del año anterior. Pero Belaunde había crecido en forma considerable y el PAP perdió la carrera presidencial. Odría se achicó un tanto y repitió su tercer lugar. Luego de su derrota, el PAP promovió un entendimiento parlamentario con Odría para oponerse a Belaunde. El APRA articuló la llamada Coalición con la Unión Nacional Odriista, UNO, que representaba a la vieja oligarquía agroexportadora. Este entendimiento constituyó el punto más a la derecha del viraje del PAP, que se había iniciado años atrás, pero nunca había ido tan lejos. Las convivencias costaron al APRA la salida de numerosos militantes que no estaban dispuestos a aceptar alianzas con enemigos históricos.

Un grupo numeroso de cuadros apristas se apartaba porque había sido captados en otra lógica y, antes de cambiar de línea, preferían dedicarse a otras actividades. La mayoría de los renunciantes se dedicaron a actividades privadas. Pocos quisieron seguir en la brega política. Los escasos militantes que salieron organizados lo hicieron por la izquierda en 1959: dirigidos por Luis de la Puente Uceda, organizaron la guerrilla del MIR en 1965. El viejo partido populista había dado pie a grandes abismos políticos. Solo unos pocos años atrás, en su seno habían convivido quienes se levantaron en armas el 65 y quienes plantearon en el Congreso un proyecto de ley para condenar a muerte a esos mismos guerrilleros.

8. Velasco y el reformismo militar

El gobierno del general Juan Velasco inauguró una nueva etapa de la historia peruana, al nacionalizar los campos de petróleo de Talará seis días después del golpe de Estado que lo había llevado al poder. Corrían los primeros días de octubre de 1968 y Estados Unidos reaccionó conflictivamente frente a la estatización de una de sus empresas emblemáticas. En efecto, el gobierno norteamericano amenazó con aplicar una serie de leyes que castigaban a los países que osaran expropiar capitales norteamericanos. En lenguaje jurídico, el gobierno de Estados Unidos llamaba a estas normas *enmiendas* y una muy temida era conocida por el apellido del senador que la había presentado, Bourke B. Hickenlooper.

La ciudadanía peruana había seguido con desaliento el vano esfuerzo del expresidente Belaunde para arribar a un acuerdo amigable con la IPC. Cuando por fin lo obtuvo, el entendimiento había sido manchado por una denuncia presentada por el entonces presidente de la compañía petrolera del Estado, ingeniero Carlos Loret de Mola, quien acusó al gobierno de haber extraviado intencionalmente la página once del contrato, donde figuraban los precios de referencia.

Este suceso precipitó la caída de FBT, que perdió legitimidad y quedó aislado en medio de una grave crisis política. Velasco resolvió radicalmente la cuestión del petróleo que llevaba décadas sin solución. Por ello, la ciudadanía celebró la nacionalización de Talara. La población le prestó crédito al gobierno y hubo sintonía entre el pueblo y la Fuerza Armada. El gobierno militar realizaba las expectativas reformistas que estaban extendidas entre la ciudadanía y que habían quedado frustradas por una democracia impotente.

Sin embargo, pocos días después, comenzando noviembre de 1968, el gobierno de Velasco intervino por primera vez algunos medios de prensa. Fueron clausurados los diarios *Expreso* y *Extra*, además de la revista *Caretas* y las radios Noticias y Continente, esta última vinculada al PAP. Era evidente que el gobierno militar no iba a tolerar la libertad de prensa tal y como era entendida.

Velasco distinguía entre libertad de prensa, a la que decía respetar, de la libertad de empresa, que no consideraba esencial. Según su parecer, su gobierno defendía la verdadera libertad de prensa recortando los derechos de los dueños de los medios. El caso es que el gobierno militar se sentía con derecho a intervenir la prensa que juzgaba contrarrevolucionaria. Así, desde temprano, el gobierno militar dio señales inequívocas de su orientación: reformista en lo social y autoritario en lo político.

Cuando ocurrió el golpe, Haya se encontraba en Europa, pero regresó para el Día de la Fraternidad de 1969, cuando se produjo un nuevo viraje en la historia del APRA. En esta oportunidad, el cambio era abandonando la derecha y retornando a posiciones de centroizquierda. El primer discurso corrió a cargo del secretario general Armando Villanueva, quien apoyó la expropiación del petróleo, sosteniendo que años atrás el APRA había propuesto lo mismo. A continuación, Villanueva sostuvo que la enmienda Hickenlooper mostraba lo peor del viejo imperialismo económico.

El discurso de Haya precisó la nueva orientación, elaborando una idea crucial que marcaría la línea política del PAP en esta nueva etapa. Haya empezó recordando que los sectores que siempre sostuvieron a la reacción estaban proclamando como novedad ideas y principios que habían sido postulados por el APRA desde su fundación, varias décadas atrás. Es decir, intencionalmente Haya se volvió a situar en el campo reformista, cuando el Ejército y la Iglesia católica defendían a la oligarquía a rajatabla. Así, según su discurso, la historia del APRA mostraba consecuencia, mientras que el papel de tránsfuga le correspondía al Ejército, que en esos días se proclamaba revolucionario y ayer había sido el sostén de la oligarquía.

Otra idea cardinal del discurso de Haya era que la obra de Velasco era la repetición incompleta de los postulados doctrinarios del PAP. ¿Y cuál era la razón para considerarla incompleta? Pues la ausencia de democracia. Haya argumentó que la falta de libertades y el verticalismo militar vaciaban el contenido de la propuesta antiimperialista que él había formulado por primera vez. La democracia política se

había convertido en la idea central del PAP y el reformismo social era su acompañante.

Con pocos cambios, esa línea continuó durante todo el gobierno militar. Haya se esforzó por diferenciarse de la reacción de derechas, opuesta por principio a las reformas sociales implementadas por los militares. Su apuesta y mensaje de estos años fue recoger las reformas resaltando la ausencia de democracia; advertir contra el autoritarismo y sostener que así se ponía en peligro las mismas medidas reformistas, puesto que sin democracia no hallarían sustento social.

Por ello, como relata el sociólogo Nelson Manrique, Haya aceptó reeditar su libro primigenio sobre el antiimperialismo, que durante décadas había estado postergado. La etapa anterior de las convivencias no era la más adecuada para un texto tan izquierdista; más bien, en el nuevo ambiente abierto por el gobierno militar, Haya quería probar que se había adelantado a Velasco y que estaba en curso una copia de su plan político original. El viejo libro se había convertido nuevamente en pieza central del discurso aprista.

La historia de Haya ha sido interpretada por Hugo Vallenas, un destacado historiador aprista, como política en estado puro. Haya no se debía a principios, sino a la lucha por cambiar el país, desarrollarlo y hacerlo más justo. Sus postulados habrían estado inspirados por la realidad y habría adecuado su estrategia a sus mutaciones. De acuerdo con esta interpretación, la concepción de la realidad en Haya lo acercaba a la filosofía de Heráclito, quien postulaba que no se puede beber dos veces del mismo río, porque al correr eternamente, el río estaba siempre cambiando.

Por su parte, como hemos visto, Haya era un hombre de partido. Su oficina era el local central y pasaba su jornada de trabajo organizando y promoviendo actividades políticas. En este periodo se dedicó a formar una generación joven y dio nueva vida a una idea orgánica que siempre había tenido, el buró de conjunciones. Haya citó a un grupo de militantes jóvenes para darles formación doctrinaria a la vez que entrenamiento en labores de dirección partidaria. Durante años se rodeó de esta nueva generación, que eran los militantes de los sesenta y setenta, muchos de ellos hijos de los activistas de los

años heroicos del APRA. De este modo, el PAP se construyó como un grupo de familias emparentadas por la común militancia política. Los últimos discípulos de Haya eran miembros de la generación del 68 en versión aprista.

A ese grupo generacional pertenecen, entre otros, Alan García, Luis Alva Castro, Ilda Urízar, Mercedes Cabanillas y Javier Tantaleán, quienes fueron parte del núcleo formado políticamente por Haya en la última etapa de su vida. A fin de cuentas, Haya tenía un fuerte sentido de trascendencia y, como no había llegado a gobernar, sabía que su futuro estaba en la juventud que daría continuidad al partido. Así, la meta de su vida fue el APRA y no Palacio de Gobierno.

El retorno a posturas de centroizquierda se expresó en la militancia de esos años, que se esforzó por resucitar las publicaciones, símbolos y alegorías de los años de las catacumbas y de la heroica resistencia contra la oligarquía. Nadie quería recordar la convivencia y Ramiro Prialé dejó de ser la estrella de la militancia. No obstante que siempre habían trabajado juntos, el hombre de la hora pasó a ser Armando Villanueva, quien se había ganado fama de combativo y representante de una izquierda aprista.

9. La Asamblea Constituyente

Velasco fue derrocado en 1975 y la llamada "segunda fase" del gobierno militar fue asolada por una grave crisis económica, que se tradujo en una movilización social sin precedentes. Las huelgas estremecieron al país y cundió el desorden. Estas circunstancias propiciaron un clima de graves conflictos internos entre facciones del gobierno militar, que se enfrentaron durante el primer periodo de Morales. Finalmente, el presidente logró encontrar una salida cuando decidió abrir el proceso político para retornar a la democracia.

Morales publicó el Plan Túpac Amaru, donde expuso sus ideas para una etapa de moderación de la Revolución peruana, como paso

previo a la transferencia del poder a la civilidad. Para ello, su propuesta era refrendar en una Constitución las reformas y luego convocar a elecciones. A continuación, invitó a conversar a los partidos llamados *tradicionales* y dio muestra de su disposición para desmontar las restricciones más fuertes al ejercicio de las libertades públicas. Sin embargo, el gobierno mantuvo firme la estatización de la prensa escrita y televisiva. De este modo, en forma balbuceante, el gobierno procesó una apertura. Pero Morales no fijaba la fecha para las elecciones y se mostraba enigmático al respecto. En ese momento se produjo un paro nacional convocado por una coordinadora sindical que reunía a la Confederación General de Trabajadores, CGTP, con federaciones independientes. El paro nacional del 19 de julio de 1977 fue contundente y sirvió para acelerar la decisión de Morales. De ese modo, en su discurso de Fiestas Patrias, Morales anunció la convocatoria para una Asamblea Constituyente que se reuniría al año siguiente.

Como reacción a esta trascendental iniciativa, en agosto se publicó una resolución del CEN del APRA que comentaba el mensaje presidencial. Los puntos eran dos y de alguna manera estaban planteados desde el comienzo del gobierno militar. Por un lado, el PAP reclamaba democracia, diciendo que era indispensable devolverle soberanía a la ciudadanía. A continuación, el comunicado aceptaba la necesidad de las importantes reformas estructurales realizadas por el gobierno militar y criticaba sus excesos e impericia en su ejecución. Era la misma línea que había adoptado el PAP desde el mitin de la fraternidad de 1969. Esta valiosa información se halla en una biografía política de Haya escrita por el historiador aprista Roy Soto Rivera, quien ofrece en tres tomos noticias de primera mano sobre la vida interna del PAP.

El comunicado incluía ideas principales para la nueva Constitución. El Estado peruano debía ser antiimperialista y dar curso a una república de trabajadores manuales e intelectuales. Esta fórmula clásica en el planteamiento aprista sustentaba la democracia social como modelo para el país. El PAP quería una Constitución que estableciera deberes y derechos de los ciudadanos con respecto al Estado.

Si las anteriores Constituciones habían formado la versión peruana de un Estado democrático liberal, la Constitución propugnada por el APRA concebía una profundización de la democracia, consagrando los derechos sociales y creando a un Estado de nuevo tipo, que se esforzara por materializar el bienestar ciudadano. Se trataba del Estado del bienestar en versión criolla. Con ese mensaje, los apristas fueron a una campaña electoral después de muchos años.

En las elecciones de 1978, el APRA obtuvo el primer lugar con el 35% y su líder Haya de la Torre fue el candidato más votado, con el nuevo sistema del voto preferencial. El segundo puesto correspondió al Partido Popular Cristiano, PPC, que obtuvo el 24% y fue beneficiado por la abstención de AP. En efecto, el expresidente Belaunde juzgó que la Asamblea Constituyente era solamente un pretexto para retrasar la devolución de las libertades. Por ello, AP no participó y se jugó al siguiente proceso electoral, que finalmente logró ganar.

En 1978 el tercer lugar fue ocupado por la izquierda marxista, que se presentó dividida en cuatro listas, que sumadas obtenían un impresionante 29%. Ya en el curso de la Asamblea, la izquierda tuvo una actitud radical y al APRA no le interesó formar una alianza. Incluso Haya intentó dividir a la izquierda ofreciéndole el liderazgo a Genero Ledesma, quien provenía de una familia aprista de los tiempos heroicos. Pero no tuvo cómo avanzar en esta estrategia, porque los antagonismos históricos entre marxismo y aprismo se redoblaron, al entablar dura competencia por el poder que resbalaba de las manos de los militares.

Ante esta circunstancia, el PAP trabajó mayormente con el PPC, que aportó a la Constitución el diseño económico liberal y de mercado. Así, la Constitución de 1979 fue un vigoroso enunciado de derechos sociales, enmarcados por el Estado democrático, que debía impulsar una economía social de mercado. El resultado parecía coherente y novedoso, y logró su propósito de incorporar las reformas del gobierno militar al diseño del Estado. Así, entre el APRA y el PPC rescataron la obra de los militares.

En ese sentido, esa Constitución fue la última contribución de Haya a la historia peruana y representa el giro final que había producido el

PAP ante la aparición del velasquismo. A diferencia de todos los otros virajes del APRA, en esta oportunidad Haya no escribió un nuevo libro. Como ha sostenido la socióloga Carmen Rosa Balbi, quizá era demasiado mayor y por ello sus últimas ideas políticas se hallan exclusivamente en la propuesta que los congresistas apristas desarrollaron durante la Asamblea de 1978.

De este modo, bajo el liderazgo personal de Haya, el APRA había atravesado tres posiciones diferentes en el espectro. Al nacer en 1930 y durante su primera década, había ocupado el puesto de una izquierda reformista no comunista, posteriormente evolucionó a la derecha y este giro fue muy pronunciado durante las convivencias de los cincuenta-sesenta. Finalmente, había retornado al centroizquierda durante el gobierno militar de Velasco.

Quienes lo conocieron relatan que primero se enfrentó a la oligarquía y fue derrotado. Luego, habría decidido enfrentar a los ricos por otros medios, distintos a la lucha directa de los primeros años. Ahí habrían venido las convivencias, cuya lógica habría sido debilitar a la oligarquía progresivamente, aliándose con una fracción para ir mellando al conjunto. El caso es que llegó Velasco y la oligarquía se derrumbó con cierta facilidad. No hizo gran resistencia, demostrando que estaba mucho más desgastada de lo que había supuesto Haya.

El fundador del APRA percibió este movimiento inmediatamente y clausuró toda alianza con los supérstites de la vieja oligarquía. Así, el último giro del APRA fue propiciado por Haya para adecuar al PAP a la nueva situación postoligárquica. Ese giro descolocó a la vieja guardia aprista, que había adoptado la convivencia como línea política. Por ello, a la muerte de Haya, dos tendencias se disputaron el partido. El grupo de Andrés Townsend representaba la derecha aprista, que fue finalmente derrotada por el núcleo que se organizó alrededor de Armando Villanueva, quien expresaba la militancia de los sesenta-setenta, formada en este último periodo en la centroizquierda. De ese modo se forjó un APRA socialdemócrata que fue la última contribución del viejo Haya a la historia de su partido.

Pero, en 1980, Villanueva perdió las elecciones presidenciales frente a Belaunde, y el PAP, que se había hecho grandes ilusiones,

tuvo que pasar a la oposición. El segundo mandato del arquitecto se apoyó en la alianza AP-PPC, que adoptó un rumbo de centro-derecha. Sin embargo, el segundo gobierno de Belaunde fue dando tumbos entre el liberalismo de Manuel Ulloa y el viejo populismo de Javier Alva Orlandini. En este periodo, entre las nuevas figuras del PAP destacaba el entonces joven congresista Alan García, quien pronto iba a recoger la herencia política de Haya.

10. El futuro diferente

Villanueva y Townsend eran miembros de la misma generación, que, al comenzar los años ochenta, iniciaba su sétima década de vida. Por ello, en medio de un país bastante juvenil, el PAP lucía un liderazgo envejecido, aunque no solo por la edad cronológica de su dirigencia, sino por la antigüedad de sus ideas. Villanueva se cobijaba bajo el antiimperialismo formulado en la década de 1930 y Townsend en las convivencias de los años cincuenta y sesenta. No había un nuevo discurso pensado para el Perú post-Velasco. Al día siguiente de la muerte de Haya, el APRA era un partido que seguía vivo gracias a su rica tradición, pero que no estaba al día.

A continuación, ambas veteranos fracasaron. La derrota de 1980 en alguna medida se debió al enconado ambiente de lucha interna que se vivió dentro del APRA. Por ello, Townsend tuvo que salir a formar un nuevo partido que se extinguió poco después. Así las cosas, Villanueva ganó la batalla interna, pero quedó muy maltrecho. Ello permitió que dentro de sus filas surgiera el joven diputado Alan García, quien obtuvo la secretaría general en 1982. Su triunfo revitalizó al PAP, porque ofrecía una imagen fresca y, lo más importante, provista de nuevas ideas. García era una doble actualización, de planteamiento y de rostro.

En aquel entonces, la socialdemocracia internacional atravesaba un proceso semejante. En España, después de la muerte de Franco

se había abierto una transición que permitió que los viejos partidos políticos vuelvan a la luz pública. En ese momento, fue pasado al retiro el liderazgo socialista de los cincuenta, que había combatido a Franco en la clandestinidad, y en su reemplazo tomó el control del partido una nueva generación comandada por Felipe González, que también renovó el mensaje y las candidaturas socialistas. Esa fue la imagen que buscó proyectar García, al presentarse como una versión peruana de Felipe González. Desde su posición como secretario general del APRA, García supo construir su perfil como líder de la oposición al régimen belaundista. En un célebre debate en el Congreso emplazó al entonces primer ministro Manuel Ulloa y ganó la atención de la gran prensa. Habiendo ganado el puesto de líder de la oposición, tuvo el camino abierto para la candidatura presidencial.

En ese mismo momento, el país estaba sumergiéndose en una grave crisis económica. Se armó una tormenta perfecta que tuvo al país en retroceso por los siguientes diez años. Por un lado, se precipitó una crisis mundial, que en América Latina se tradujo en la crisis de la deuda mexicana que dio paso a la llamada Década Perdida o de la Deuda Externa. En los ochenta, el flujo de capital salió del Tercer Mundo en dirección a los países desarrollados del primer mundo. En ese contexto, el país atravesó grandes problemas económicos. Esa situación alentó a las fuerzas opositoras al gobierno de Belaunde, que desarrollaron amplias campañas de opinión pública.

Durante su ascenso al liderazgo, García publicó un libro importante, siguiendo un camino clásico de los políticos peruanos de antaño, que sintetizaban sus propuestas en un libro fundacional. Titulado *El futuro diferente*, este texto contiene en grueso las ideas del primer gobierno aprista. El libro es largo y su primera sección puramente teórica, definiendo conceptos y estableciendo un complejo marco analítico. A continuación, la segunda parte es histórica y política, lo que facilita el aterrizaje de las ideas. Estudia la economía de enclave, propia de la primera época del imperialismo clásico. Seguidamente, analiza la segunda etapa de industrialización con proteccionismo, que no avala, sino, por el contrario, critica sus estrechos límites. Hasta aquí es un texto bien armado y anuncia la renovación del mensaje

partidario, a la que alude el subtítulo del libro: la tarea histórica del APRA.

Pero sus proposiciones en positivo son algo desconcertantes. En primer lugar, se halla una reflexión sobre los circuitos financieros como nuevo modelo de acumulación de capital en el Perú. No luce como propuesta, sino como constatación de hechos, pues García encuentra que, agotado el modelo de industrialización protegida, la dirección de la industria y el comercio habrían pasado al control de los bancos e instituciones crediticias. Los llama "embudos de acumulación de capital". Constituye una lectura del ascenso del Grupo Romero al control del Banco de Crédito, desplazando a sus socios italianos. De alguna manera, esta sección del libro anuncia la estatización de la banca efectuada en su primer gobierno.

Por último, el libro se cierra con un capítulo dedicado al cooperativismo. También es un texto algo enigmático, porque argumenta que el debate de esos días era entre el estatismo comunista y el liberalismo capitalista, opciones que rechaza el autor. En contraposición, García afirma al cooperativismo como vía para crear una tercera forma de sociedad. De alguna manera es un tributo a planteamientos del mismo Haya, quien siempre fue partidario del cooperativismo.

El libro de García contiene un diagnóstico sólido sobre el Perú de sus días. Ese análisis establece el agotamiento del modelo que normalmente se conoce como *populismo*. No es una simple repetición del libro izquierdista de Haya, sino una actualización del análisis dentro del espíritu socialdemócrata, aunque la sección propositiva carece de la misma profundidad. Quizá ahí se ubique la causa del empirismo que fue notorio durante su primer gobierno. Así, este texto analiza con seriedad el pasado peruano y renueva la interpretación aprista tradicional, pero deja entre sombras el futuro al que se refiere su mismo título.

Por su parte, retornando al gobierno de FBT, sus tres últimos años fueron críticos y el malestar social alcanzó gran profundidad. Ese clima permitió un rápido crecimiento de la oposición. García era el líder político de moda, combinaba la facilidad de palabra con su juventud y había logrado seducir a buena parte del electorado. En

las elecciones de 1985 obtuvo 48% en primera vuelta y el candidato de la izquierda, Alfonso Barrantes, que había quedado segundo con algo menos de la mitad, renunció a su derecho a participar en la segunda vuelta. García accedió a la presidencia en un ambiente de euforia, entusiasmo y enorme expectativa. Al retirarse los militares, el país había elegido a la centroderecha, representada por la alianza AP-PPC. Como el país había andado bastante mal, ahora la ciudadanía otorgaba confianza a la versión peruana de la socialdemocracia.

11. El primer gobierno

El comienzo del gobierno fue muy auspicioso. Seis presidentes latinoamericanos asistieron a la investidura y el discurso de García fue muy aplaudido. Hábil orador, sabía que la palabra era su principal atributo y anunció algunas medidas espectaculares, entre las cuales destacó que el Perú solo emplearía el 10% de sus exportaciones para cancelar pagos de deuda externa. Asimismo, rechazó tratar con el Fondo Monetario Internacional, FMI. Ambos puntos tuvieron serias consecuencias en el futuro. Sin embargo, el tono antiimperialista tuvo éxito en las galerías. La revista norteamericana *Newsweek* consideró a García una estrella política latinoamericana en ascenso.

Durante los cinco años anteriores, la inflación había sido muy pronunciada, hasta alcanzar cifras por encima de los tres dígitos. Asimismo, el crecimiento económico había sido negativo y el PBI per cápita había disminuido casi 20% en el primer quinquenio de los ochenta. Después de alcanzar el récord nacional de crecimiento negativo de 13% anual en 1983, el gobierno de Belaunde había acordado con el FMI un programa económico que profundizó la severa contracción de esos años. Se asumía que la elevada inflación era causada por el excesivo gasto público y privado. Por ello, se quería reducir para volver a crecer de manera sana, haciendo caja para pagar la deuda externa. Sin embargo, se generó una profunda recesión con

inflación elevada y el tramo final del segundo gobierno de Belaunde fue vivido como una pesadilla.

En contraposición al gobierno anterior, García aplicó una estrategia denominada *heterodoxa*. Se apoyó en la creación de una nueva moneda denominada *inti*, que fue puesta en marcha en los meses finales de Belaunde. A continuación, García congeló precios y salarios después de un ajuste para anticipar presiones inflacionarias. Luego, el gobierno pretendía que los precios y salarios se estabilizaran por un largo periodo y solo se movieran concertadamente. Un bien crucial también fue sometido a estricto control. Se trataba de la moneda extranjera, que bajo Belaunde había registrado una carrera alcista pronunciada y ahora el gobierno aprista pretendía que se mantuviera quieta.

Por su parte, durante el gobierno de FBT, la tasa de inversión había caído estrepitosamente. García sabía que ahí se hallaba una de las claves y emprendió una iniciativa política que marcaría su gestión. Reunió a los doce grupos económicos más poderosos para concertar proyectos de inversión. Estas reuniones fueron conocidas por la prensa como los doce apóstoles. Esa asociación entre el gobierno y los grupos de poder económico era algo inesperada para un gobierno de izquierda democrática. Sobre todo porque los grandes grupos económicos se beneficiaron rápidamente de las ventajas conversadas con el gobierno y luego no reinvirtieron en la medida de lo esperado por el presidente.

Una de las ideas principales del primer gobierno aprista establecía que la pirámide del ingreso revelaba que los ricos, las clases medias e incluso los trabajadores formales eran parte de las capas superiores, mientras que los verdaderamente pobres se hallaban entre los informales. Asimismo, este discurso constataba el dinamismo económico del sector informal y anticipaba su crecimiento si accedía al crédito y los nuevos mercados. Esta concepción precisaba una nueva tarea para el Estado: aliarse con los informales para ayudarlos a salir de la pobreza e impulsar el crecimiento económico nacional basándose en su empuje.

En efecto, bajo García hubo espacio para proyectos de apoyo al empresariado popular. Entre otros, destaca el Instituto de Desarrollo

del Sector Informal (Idesi) a cargo de la socióloga Susana Pinilla, cuya institución fue pionera en la atención a este sector social. Su desarrollo evidenciaba el potencial del sector informal, que ya en los ochenta mostraba al país del futuro. Pero, el Idesi era un proyecto puntual, casi de laboratorio, mientras que las inversiones realmente decisivas para la economía peruana fueron estatales o proyectos del gran capital privado.

Por otro lado, el gobierno buscaba financiar al Estado, cuya capacidad recaudadora estaba muy disminuida por ineficiencia y el efecto perverso de la inflación. Los técnicos del gobierno pensaron en emitir bonos del tesoro para ser comprados por las grandes empresas. Quisieron establecer un porcentaje obligatorio y los empresarios protestaron con firmeza. Se desató una intensa pugna que quedó en nada; hubo tanto ruido político que la norma se derogó. Así, los bonos alimentaron un conflicto con los mismos doce apóstoles, con quienes el gobierno quería concertar. En el Estado peruano nunca ha abundado la coherencia y el APRA no estaba logrando revertir ese curso.

No obstante los problemas, el año 1985 registró cifras macroeconómicas espectaculares. La inflación disminuyó con respecto a la época de Belaunde y la demanda interna tuvo un gran impulso. García había acertado al poner más dinero en el bolsillo de la gente, que necesitaba consumir porque los cinco años anteriores habían sido de penurias y estrecheces. El crecimiento de la demanda provocó un impulso en los sectores económicos que destinan su producción al mercado interno. Se recuperó la capacidad ociosa de la maquinaria industrial. Así, los primeros doce meses fueron de optimismo general.

Pese a ello, la exportación estaba estancada, los precios de las materias primas seguían por los suelos y no había asomo de nuevas inversiones. Asimismo el gobierno fue errático y altamente empírico. Los controles de precios y la multiplicación de licencias dieron pie a una elevada corrupción y falta de coherencia en la asignación de los escasos recursos. Por su parte, las marchas y contramarchas generaron desconfianza empresarial, incluso entre aquellos dueños que se estaban beneficiando del impulso inicial. De este modo, había

movimiento económico y el consumo crecía, pero no aumentaba la inversión privada en forma importante. El futuro estaba pasando a incierto.

Al mantenerse estancada la minería y los hidrocarburos, el sector exportador no aportaba dólares suficientes para mantener la paridad, menos si despegaba la manufactura, que requería elevadas importaciones de bienes de capital. Por ello, la economía nuevamente dejó de crecer durante la segunda parte de 1986. A la vez, subió la inflación, porque el proyecto heterodoxo del gobierno se sostenía gracias al aumento de la inversión estatal. Aún había numerosas empresas públicas, cuya inversión era el fuelle que sostenía este crecimiento.

El primer ministro y ministro de Economía era Luis Alva Castro, quien entró en contradicción con el presidente. Esa desavenencia se trasladó al partido y al Parlamento, donde Alva tenía importantes posiciones. Como la economía marchaba mal, los conflictos se agudizaron y Alva renunció a su cargo en el Ejecutivo; inmediatamente, fue electo presidente de su Cámara para el periodo de julio de 1987 a julio de 1988. Esa decisión disgustó profundamente al presidente, quien empezó a sentirse aislado, justo cuando las dificultades arreciaban.

En junio de 1987, García sabía que su gobierno afrontaba un bache. Los indicadores empezaban a retroceder y no había funcionado su entendimiento con los grandes empresarios. Tenía que preparar un discurso para el 28 de julio y pensó que era la ocasión para un relanzamiento. Una fuga para adelante ante la dificultad. En el mensaje anunció la estatización de la banca, una medida que había mantenido casi en secreto y que conocían solo unos pocos allegados. Los antecedentes intelectuales de la medida se hallan en argumentos que había empleado García durante su candidatura, criticando a la banca peruana por concentrar el crédito en las empresas de los miembros de sus directorios. En efecto, en la campaña presidencial, García había sostenido que el dinero de la gente común y corriente ahorrado en la banca era la base de las inversiones de los grandes capitalistas.

Asimismo, García había aconsejado descentralizar el crédito y abaratarlo para sectores populares; su meta era reducir su concentración en las clases altas de Lima y hacerlo llegar al empresario popular. El presidente informó que pondría el crédito al alcance de todos, sustentando que ahí se hallaba el nudo gordiano de la economía. Formuló la siguiente pregunta: ¿quién controla la inversión a través del crédito? El presidente sostenía que una argolla lo manejaba de forma cerrada y, por lo tanto, quiso democratizarlo, poniéndolo en manos del Estado.

Pero hubo una masiva reacción en contra y finalmente el proyecto no prosperó. La ciudadanía estaba cansada del estatismo. Desde Velasco había suficiente experiencia con empresas públicas y el balance no era alentador. Su manejo era político y no técnico, habían servido para emplear a los partidarios del gobierno de turno y pocas eran eficientes. Por ello, la gente entendió que no debía permitirse una nueva estatización y menos en un sector crucial como el bancario, que hasta el más lego entiende que mueve la economía bajo el capitalismo. Así, la resistencia contra el proyecto de García fue masiva y contó con el sostén de la clase media.

Por su parte, la banca es un sector muy poderoso y sus dueños constituyen el núcleo de la élite económica. Sumados a la prensa, constituyen los poderes fácticos por excelencia. Por ello, los dueños entendieron que estaban ante una gran batalla y decidieron financiarla. Tanto importantes estudios de abogados como la gran prensa se sumaron para tumbarse el proyecto de García. El proceso fue complejo y decisivo para el balance del primer gobierno de García. Por ello, ha sido analizada por diversos autores con puntos de vista divergentes; entre otros, quisiera destacar al sociólogo aprista Javier Barreda, quien ofrece una aguda visión desde dentro.

En ese momento salió a la palestra el afamado escritor Mario Vargas Llosa, conduciendo la reacción liberal contra el estatismo. Como tenía el ánimo a favor, en pocas semanas transformó la reacción contra la estatización en un movimiento ciudadano denominado Libertad, que reunió a miles de personas en las plazas públicas de muchas regiones, empezando por la plaza San Martín de Lima. El liberalismo hizo su

aparición en el país, que desde los cincuenta en adelante había estado dominado por un sentido común de izquierda. Durante los anteriores treinta años, las banderas de lucha de las mayorías habían estado definidas por la reforma agraria y la nacionalización del petróleo. Pues bien, Velasco realizó estas expectativas y el resultado era problemático; como consecuencia, crecía la insatisfacción con el estatismo. Mucha gente apoyó a Vargas Llosa en su cruzada liberal, cuya trayectoria política ha merecido numerosos escritos, empezando por las memorias del propio Vargas Llosa. Entre estos textos, quisiera destacar una lectura liberal y crítica del ingenuo movimiento Libertad, escrita por José Carlos Requena.

Otro factor era la situación internacional. A finales de los años ochenta era evidente que la URSS estaba en gruesas dificultades. Había tomado el poder Mijaíl Gorbachov y emprendido reformas que parecían estar en dificultades. Por su parte, Estados Unidos estaba a la ofensiva, Reagan desarrollaba una política conocida como neoconservadora, que incluía arrinconar a los soviéticos con la llamada Guerra de las Galaxias. El contexto internacional era favorable al liberalismo y estaba en contra de experimentos estatistas.

Solo la Izquierda Unida apoyó el proyecto de estatizar la banca. Como era una idea fuerte de su programa, los congresistas zurdos asumieron la defensa de la propuesta, pero al evaporarse quedaron en *off-side* y sufrieron una importante merma de su aceptación pública. Así, los congresistas izquierdistas fueron atrapados por sus propios conceptos y sostuvieron tenazmente la estatización de la banca.

Por su parte, en el APRA hubo mucha discrepancia. La mayor parte de los dirigentes de la vieja guardia estuvo en desacuerdo. Como habían impulsado las convivencias, eran partidarios de un entendimiento con la élite económica y no veían con buenos ojos una ruptura violenta, como anunciaba la iniciativa de García. Por ello, en el Senado la propuesta se detuvo y hubo tiempo suficiente para armar una contraofensiva. Ella incluyó una audaz medida del Banco de Crédito, BCP, el principal del país, que aprovechó un resquicio legal para poner sus acciones a nombre de sus empleados. Luego, las recobrarían, pero, por ahora, este aparente fraccionamiento y

democratización de la propiedad sirvió para agujerear la estatización y dejarla sin efecto. García fue consciente de que había perdido y retrocedió. Ya tenía pocas opciones en materia de política económica. A partir de ahí todo sería cuesta abajo, porque la hiperinflación vino a continuación de la estatización de la banca.

12. Sendero

El Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso, PCP-SL, se levantó en armas el mismo día de las elecciones generales de 1980. Inicialmente pareció un grupo minúsculo que actuaba en una zona remota de la sierra ayacuchana. Pero, progresivamente, fue ganando en poder letal y en dos años logró atacar la misma ciudad de Huamanga. De hecho, en marzo de 1982, un destacamento senderista había asaltado la cárcel de Ayacucho liberando a todos sus presos. Esta situación continuó agravándose y en diciembre de ese mismo año Belaunde ordenó la intervención de las Fuerzas Armadas. Hasta ese entonces, la Policía era la encargada de combatir a la subversión. Venía perdiendo.

Por su parte, para aquel entonces, en su afán de concretar la guerra, el PCP-SL hostilizaba y hasta asesinaba a quienes consideraba representantes de los poderes tradicionales en las aldeas campesinas. Como además Sendero imponía un orden vertical y militarista en las zonas que controlaba, en cierto momento de 1982 se produjo una rebelión en las alturas de Huanta. Se trataba de campesinos comuneros de la zona de Iquicha, que defendían a sus autoridades tradicionales amenazadas por el PCP-SL. Esa rebelión campesina contra Sendero tornó muy complejo el panorama político en los Andes.

La guerra interna entró a una nueva fase con la intervención militar. El Ejército Peruano (EP) estaba muy mal preparado para combatir al PCP-SL, puesto que su manual de combate asumía que el enemigo era semejante a la guerrilla del MIR en 1965. El PCP-SL

había estudiado esa experiencia y había adecuado sus métodos, que se diferenciaban radicalmente de los empleados por los miristas. Por ello, inicialmente los militares no conocían al enemigo que enfrentaban y cometieron muchos errores. Incapaces de distinguir entre la población campesina y los senderistas, las Fuerzas Armadas arrasaron varias aldeas sospechosas de haberse posicionado con su enemigo.

Al ingresar las Fuerzas Armadas al conflicto, algunas comunidades se pronunciaron a favor del Ejército y comenzó un conflicto entre campesinos, unos con Sendero y los otros en contra. Ese conflicto se procesó también al interior de las comunidades y se enfrentaron con furor unos vecinos contra otros. Algunas matanzas perpetradas por Sendero contra campesinos desarmados (Lucanamarca, por ejemplo) se produjeron en este momento. Por ello, el país se sumergió en un baño de sangre, que duró sin mayores cambios hasta 1985.

Luego entró García y prometió modificar la estrategia, pero nuevas matanzas perpetradas por el Ejército, como Accomarca y Cayara, hicieron ver que el conflicto continuaba el mismo curso. A mediados de 1986 se reunió en Lima un Congreso de la Internacional Socialista. Entre los delegados socialdemócratas se hallaban mandatarios como Willy Brandt de Alemania y otras personalidades de la izquierda democrática internacional. De alguna manera este evento marcaba la consagración de García, que aparecía ante sus pares como una figura de talla mundial.

Sin embargo, el PCP-SL tenía preparada una amarga sorpresa. El mismo día de la inauguración tomó tres penales: Lurigancho, la isla penal de El Frontón y la cárcel de mujeres. A continuación, García ordenó a las Fuerzas Armadas recuperar los penales y el resultado fue una masacre. En Lurigancho los internos rendidos fueron asesinados masivamente con un tiro en la nuca. Mientras tanto, en el Frontón hubo un duro combate que se saldó por dinamitazos y muchos muertos. La suma era espantosa y todo delante de la numerosa prensa internacional que había acompañado a las personalidades de la Internacional Socialdemócrata.

Después de estos violentos sucesos, parecía que el gobierno de García estaba liquidado políticamente en materia de terrorismo. Sin

embargo, no fue así. Para aquel entonces, los oficiales de inteligencia del Ejército llevaban varios años combatiendo a Sendero. Habían ido aprendiendo que la guerra del PCP-SL en todo difería de la experiencia del MIR de 1965. Ahora estaban preparados para comprender a su enemigo. Se habían vuelto expertos en el pensamiento Mao Zedong. Por ello, en 1989 produjeron un nuevo manual del oficial que fue clave en el triunfo del Ejército sobre Sendero en los medios rurales.

Ese nuevo manual proponía afinar la inteligencia para detectar a los cuadros senderistas y no confundirlos con el campesinado. Esa información debía servir para aliarse con los indígenas y aislar a Sendero. El Ejército tomó nota del enfrentamiento espontáneo de algunas comunidades contra Sendero y decidió proveerles armamento ligero. Fue una decisión arriesgada, porque pudo haberse generalizado la guerra y tener graves consecuencias por pagar. Pocos ejércitos del mundo se exponen a perder el monopolio de las armas, pero el Ejército lo hizo para imponerse en la guerra interna. La estrategia funcionó y las rondas, con ayuda del Ejército, fueron terminando con la presencia de Sendero en el campo. Así, la alianza rondas campesinas-EP se forjó durante el primer mandato de García.

Asimismo, García también transformó la Policía. En primer lugar, unificó los tres cuerpos policiales (Guardia Civil, Policía de Investigaciones y Guardia Republicana). Con ello, la Policía se centralizó mejor, porque anteriormente abundaban los pleitos interinstitucionales. A continuación, organizó un cuerpo policial denominado Grupo Especial de Inteligencia (GEIN), cuya exclusiva misión era detener a la cúpula de Sendero. Este organismo reunió a varios oficiales calificados, que se organizaron eficientemente y recibieron apoyo económico proveniente de agencias norteamericanas. Incluso dieron varios golpes importantes que casi detienen a Guzmán antes del fin del gobierno de García. En todas estas decisiones se hallaba la mano de Agustín Mantilla, quien fue un personaje muy complejo, porque fue acusado por haber formado un grupo paramilitar encargado de algunas operaciones de guerra sucia.

De este modo, el primer gobierno de García puso en marcha la doble estrategia que finalmente permitió la victoria del Estado sobre Sendero: rondas e inteligencia. Esta estrategia se consumó bajo Fujimori, pero sus bases se habían colocado durante el gobierno anterior. El mayor déficit de la gestión de García en esta materia fue la matanza de los penales, que le acarreó años de problemas judiciales y diversas denuncias en instancias judiciales internacionales.

13. Hiperinflación y crisis

Como vimos, la batalla por la estatización de la banca dio paso a la hiperinflación. Conforme García fue perdiendo, se fue haciendo evidente que la heterodoxia estaba llegando a su fin. Así lo entendía el ministro de Economía Gustavo Saberbein, pero el presidente no estaba convencido de la necesidad de aplicar un *shock* ortodoxo a la economía. La indecisión tardó un año en resolverse y evaporó las reservas de moneda extranjera del Banco Central de Reserva (BCR). En un momento crítico renunció Saberbein y el nuevo ministro Abel Salinas fue el encargado de anunciar un plan de ajuste de tremendas consecuencias.

Era setiembre de 1988, cuando se desató la fase crítica de la hiperinflación. Paradójicamente, la propuesta de Salinas se denominaba Plan Cero y, sin embargo, los precios perdieron todo control y se desbocaron. Por ejemplo, la gasolina subió 400% en un santiamén y todos los precios relativos saltaron al cielo. La consecuencia fue un dramático aumento de la pobreza y la generalización de una situación alimentaria crítica. En estas circunstancias entraron en crisis los sistemas de solidaridad social popular, que se habían formado en la década anterior. Se generalizó la anomia social y la fragmentación, y el individuo quedó solo para luchar contra la miseria. Cuando comienza una crisis, la gente reacciona tratando de salvarse todos a la vez, pero cuando se llega a un piso crítico y se hace claro que algunos

no resistirán, se pierden los lazos de solidaridad, se rompe amarras y se salva quien puede. De ese ánimo surgió Fujimori.

El país carecía de crédito externo y no logró reingresar al mercado internacional de capitales. Aún debía mil millones de dólares al Banco Mundial y al FMI, y las malas relaciones del gobierno bloquearon un posible acuerdo. Por ello, el Perú estaba en situación de paria internacional cuando más necesitaba de alivio externo. En noviembre de 1988 renunció Salinas y desde entonces en forma inesperada la economía experimentó una mejoría. En el fondo, ella era consecuencia de la gestión de Salinas, quien cambió el chip heterodoxo inicial.

Además, los precios de las materias primas subieron levemente y mejoró la balanza de pagos. En forma paralela, la profunda recesión se tradujo en reducción de importaciones y, como consecuencia, aparecieron dólares de reserva en el BCR. Ellos fueron aumentando hasta la campaña electoral, cuando García decidió culminar una serie de inversiones que levantaran la popularidad de su gobierno. Tuvo éxito, pues duplicó su nivel de aceptación.

En aquel entonces, se había consolidado la candidatura presidencial de Vargas Llosa. Los partidos de derecha habían formado una coalición denominada Fredemo y parecía altamente probable que se impondría en la contienda electoral de 1990. Sin embargo, el candidato carecía de experiencia y de resistencia para los numerosos golpes bajos de la ruda vida política peruana. Le hicieron la vida imposible y su campaña fue mal llevada: exhibió riquezas frente a los menesterosos y su lista congresal desplegó una actitud arrogante habitual en la élite limeña de clase alta. Por ello, el electorado acabó rechazándolo. Después de haber punteado en las encuestas con toda comodidad, Vargas Llosa se detuvo y empezó a ceder mientras subía en forma imparable un candidato antes casi desconocido, Alberto Fujimori. Por su parte, el candidato aprista fue Alva Castro y obtuvo un respetable 20%, que lo colocó tercero, junto con la izquierda dirimente de la segunda vuelta.

Asimismo, el primer gobierno de García estuvo complicado con varios escándalos de corrupción, que dañaron su reputación

y dificultaron su retorno a la escena política. Uno de sus críticos más consistentes es el historiador Alfonso Quiroz, quien analizó las causas estructurales de la corrupción bajo el primer gobierno aprista. Según Quiroz, las políticas heterodoxas predisponen las malas prácticas gubernamentales, puesto que otorgan enorme poder discrecional a funcionarios que deciden sobre controles de precios, autorizaciones para importaciones y manejo de divisas. Dado un Estado como el peruano, si el gobierno obtiene tanto poder, es inevitable que la corrupción corra como reguero de pólvora. En ese caso, empresarios ventajistas sobornan a funcionarios con enorme poder discrecional. Otro factor, según Quiroz, fue que en algunos sectores claves del Estado se produjo un ingreso masivo de militantes apristas, sobre todo en algunas empresas públicas donde se ganaba buenos sueldos. Además, este mismo proceso se produjo en el sistema de justicia, que desde entonces se consolidó como un espacio del Estado donde se encuentra bastante aprismo. De hecho, esa cercanía ha sido clave en la historia política reciente del país.

Muchas acusaciones eran exageradas, pero hubo tres casos que involucraron personalmente a García y sobre los cuales se libró una verdadera batalla de opinión pública. Se trata de los aviones Mirage, los depósitos en el BCCI y la construcción del tren eléctrico de Lima. Veamos cada uno en síntesis.

En el caso de los Mirage, resulta que el gobierno anterior había firmado un contrato para comprar 26 aviones a Francia. Apenas ingresó García, expresó que era demasiado gasto para una economía maltrecha como la peruana y que planteaba reducir la compra a solo doce aviones. Para modificar el contrato, García nombró como delegado personal al empresario Héctor Delgado Parker, quien concretó la reducción pedida por el Perú. Pero se levantaron sospechas y la oposición argumentó que se había cobrado sobornos al negociar esta reducción. Sin embargo, no se probaron plenamente y, por el contrario, hubo una declaración oficial de Francia estableciendo que la operación había sido limpia. Posteriormente, el MRTA raptó a Delgado Parker precisamente por este hecho. Unos años después, la comisión investigadora del Congreso, presidida por el diputado

Fernando Olivera, argumentaría que la incorrección de García habría consistido en cobrar un soborno para no comprar todo el lote y luego revender los aviones no indispensables con sustancial ganancia para el Perú. Quizá, pero tampoco quedó probado y suena a conjetura.

También encontramos los depósitos en el BCCI. Ya que el presidente había anunciado que el Perú solo usaría el 10% de sus exportaciones como pago por su deuda externa, había temor de las autoridades monetarias a posibles embargos de las cuentas peruanas en el extranjero. Asimismo, se necesitaba dólares a disposición porque muchas importaciones tenían que ser al contado. Por ello, el BCR aprobó colocar parte de las menguadas reservas nacionales en un banco que fue muy cuestionado, el BCCI. Posteriormente, este banco fue intervenido en Estados Unidos y se probó que actuaba como plataforma para muchos negocios ilícitos. En el momento en que fueron intervenidos sus archivos, se vino a descubrir que había pagado sobornos a dos altos funcionarios del BCR. El presidente del banco, Leonel Figueroa, y el gerente general, Héctor Neyra, quienes fueron identificados como receptores de dinero sucio. A continuación emprendieron la fuga, aunque fueron capturados en el extranjero y purgaron condena en prisión. Siempre quedó la duda sobre si los altos funcionarios del BCR actuaron por su cuenta o si requirieron la complicidad de García.

Finalmente, se halla el tema del tren eléctrico. El famoso caso de la justicia italiana contra el presidente Bettino Craxi y el primer ministro Giulio Andreotti comprometió a García, cuando un colaborador eficaz, Sergio Siragusa, acusó al presidente peruano de haber recibido siete millones de dólares como soborno para la construcción del tren eléctrico. Asimismo, declaró que había depositado el dinero en una cuenta en Gran Caimán que estaba a nombre de un amigo de García, Alfredo Zanatti. Estas acusaciones fueron recogidas por la justicia peruana que en la época de Fujimori abrió un caso. Por su parte, García se defendió apelando a la Corte Internacional de los Derechos Humanos de San José, Costa Rica, denunciando que sus libertades públicas estaban cortadas y que era un perseguido político. El fallo de este organismo internacional fue favorable a García y el

caso prescribió sin una revisión de su sustancia. Así, el líder aprista quedó libre de acusaciones penales gracias a una prescripción y pudo competir libremente en las elecciones de 2001.

14. La soledad de los noventa

García terminó su primer gobierno muy golpeado. La sensación general era que había perdido su oportunidad. Había manejado mal al país, que al terminar su mandato vivía sus días más difíciles después de la guerra con Chile. Al finalizar su mandato, la inflación lucía incontrolable y la economía estaba en recesión; además, el terrorismo multiplicaba atentados en todo el país. Nadie estaba contento y muchísimos ciudadanos hacían responsable al gobierno.

Además de ello, se hallaban las acusaciones de corrupción y el prestigio de García parecía seriamente magullado. Su carrera futura estaba amenazada por sus enemigos, liderados por el diputado Fernando Olivera, quien había hecho de perseguirlo una cruzada personal. En aquella época, Olivera tenía llegada a la opinión pública y el Congreso lo eligió presidente de una comisión investigadora, que emprendió la tarea de acusar a García por enriquecimiento ilícito.

Para cada periodo de la vida profesional de García, esta comisión contrastó sus ingresos versus sus egresos y concluyó que había un desbalance a su favor. Cada ingreso monetario y cada nueva adquisición fueron escrupulosamente verificados para realizar las cuentas que ponían a García en serias dificultades legales. García se defendió contraatacando con habilidad, llegando a poner contra las cuerdas a las dos empresas de investigación que estaban trabajando con Olivera. Estas agencias eran norteamericanas, Larc de Miami y Kroll de Nueva York, que habían ordenado un seguimiento internacional de los depósitos ocultos que supuestamente tendría García. Pero el incansable defensor de García, el abogado aprista Jorge del Castillo, contrató a una reputada firma legal de Washington D.

C., Arnold & Porter, que evidenció la condición de informales e inseguras de las agencias de detectives de Olivera. Incluso habían sido reprendidas por las agencias estatales norteamericanas por sus procedimientos irregulares precisamente mientras acopiaban información para este caso.

Así, García logró salir magullado pero vivo de un proceso que pudo haberlo liquidado. Tuvo una célebre intervención en el Senado que publicó como folleto con el título de "Quien no la debe no la teme", que desde entonces se identificó con su defensa personal del primer gobierno aprista. En ese folleto, García reafirmaba su compromiso con la política y sostenía que no pensaba retirarse de ella, pues era una actividad a la que se dedicaría toda la vida y que se basaba en la confianza del ciudadano. Luego sobrevino el autogolpe de Alberto Fujimori el 5 de abril de 1992. Como consecuencia, García se asiló en Colombia y, finalmente, se estableció en París, donde se incorporó al aparato de la Internacional Socialdemócrata. Allí pudo observar de cerca la aparición de una corriente renovadora denominada "tercera vía". Gracias a ella, los socialistas europeos ofrecieron una alternativa al neoliberalismo de los noventa. García se plegó a esa dinámica y se mantuvo a la expectativa el resto de la década. Esa prolongada estadía en París añadió combustible a sus críticos, porque adquirió un departamento, que desde entonces ha sido parte de su leyenda negra.

Mientras tanto, el APRA de los noventa solo cosechó dolorosas derrotas. En las elecciones de 1995 la lista congresal obtuvo 7% y la candidata presidencial Mercedes Cabanillas apenas logró el 4% Cifras tan magras mostraban que el PAP estaba en declive, atravesando su versión particular de la crisis sistémica de los partidos políticos. En segundo lugar, era claro que el APRA valía poco sin la presencia de García. Lo importante era el líder carismático. Eso nunca había con Haya en vida, porque su verdadera labor era fortalecer la maquinaria partidaria, que en su época disfrutaba de peso propio.

Por otro lado, el autoritarismo fujimorista generó una fuerte resistencia y el periodo fue de intensa pugna política. En esta lucha se hizo presente el PAP; pero a su interior hubo quienes pensaron

que la sobrevivencia del partido obligaba a un entendimiento con Fujimori. Esa corriente estuvo liderada por el mencionado Agustín Mantilla, quien durante los noventa fue secretario general y destacado congresista. Como se sabe, Mantilla mantuvo relaciones regulares con Vladimiro Montesinos, quien lo sobornó con un dinero supuestamente para la campaña del PAP. Apareció en un vladivideo y posteriormente purgó cárcel por este hecho. Pero Mantilla no dominó el APRA. No obstante su influencia, la mayor parte de cuadros apristas de esa década estuvo contra Fujimori. En la práctica fueron conducidos por Jorge del Castillo, quien fue congresista y ocupó un puesto de liderazgo en la protesta democrática contra el autoritarismo del régimen.

En las duramente cuestionadas elecciones de 2000, el candidato presidencial aprista fue Abel Salinas y su plancha solo alcanzó el 1%, mientras que la lista al Congreso apenas logró pasar la valla electoral con 6%. Era evidente que el PAP se hallaba en situación delicada. Algunos analistas lo consideraban moribundo, pero no habían contado con la fuerza de su líder, redoblada por la ausencia de competencia de nivel.

En los noventa se produjo un derrumbe del sistema de partidos que ha dado pie a una democracia que funciona precariamente a través de entidades que difícilmente pueden seguir siendo llamados *partidos*. No activan en la sociedad sino desde los cargos y se duermen luego de una elección para despertar a la siguiente. Además, en niveles subnacionales, como municipios y regiones, los partidos nacionales han desaparecido y actúan grupos independientes organizados alrededor de figuras y poderes locales siempre enfrentados. En este mundo de la política peruana, el líder carismático de alcance nacional tiene un peso superior al habitual en un régimen democrático clásico. Y entre ellos, pocos del volumen de García. Por ello, a la caída de Fujimori, rápidamente se convirtió en un candidato importante para las elecciones de 2001.

En esa oportunidad, García logró pasar a segunda vuelta derrotando a Lourdes Flores, que quedó descartada para el *ballotage*. La estrategia de García consistió en levantar banderas de

cambio social sin radicalismo, sino con responsabilidad y desde una óptica socialdemócrata tercera vía, en contraste con la candidatura de Flores, que fue pintada como derechista y amiga de los ricos. García ganó a Lourdes arrinconándola en la derecha. Luego, como recordamos, en segunda vuelta ganó Toledo.

Durante el gobierno del chakano, García continuó posicionado en la izquierda moderada. Se beneficiaba de la reducción de la influencia de los partidos marxistas, que no lograron recuperarse después del efecto combinado de Sendero y Fujimori. Incluso, el PAP participó en paros nacionales de la CGTP. García actuaba empleando un lenguaje socialdemócrata *aggiornado*, abierto al liberalismo, aceptando plenamente la economía de mercado y las oportunidades de la globalización. Parecía un entusiasta de la tercera vía de Tony Blair. Adicionalmente, su discurso enfatizaba en el sentido social de un posible gobierno aprista, no a la usanza del neoliberalismo derechista, que habría sacrificado los intereses de los trabajadores en el altar del mercado. En esa posición se encontraba cuando llegaron las elecciones de 2006.

15. El perro del hortelano

García volvió al poder ganando las elecciones de 2006, una campaña complicada porque apareció Ollanta Humala por la izquierda, empujando a todos los candidatos a la derecha. Así, García quedó en el centro y nuevamente Lourdes Flores se desplazó a la derecha. En aquella oportunidad, el fujimorismo compitió con Marta Chávez como candidata presidencial y ocupó el cuarto puesto con el 7%.

En esta campaña, la estrategia de García contra Flores fue muy efectiva y logró reducir su electorado a la élite básicamente limeña. En oposición a Flores, en la primera vuelta, García denunció a los *services*, que ofrecen trabajo permanente mal pagado y sin

beneficios, disfrazado de trabajo temporal. El APRA se presentó como el cambio responsable, postulando extender los beneficios del crecimiento económico sin comprometer el modelo. Estaba a favor de la economía liberal, pero prometía normas que protegerían el trabajo. Esa propuesta tuvo impacto: nuevamente García superó a Flores por unas décimas y logró pasar a la segunda vuelta.

Ahora le tocaba enfrentar a Humala, que había alcanzado el primer lugar con algo más de 30%. Al comenzar la batalla de segunda vuelta, García estaba detrás por seis puntos y necesitaba armar una nueva coalición para vencer. Sus únicos aliados posibles estaban en la derecha, pero era problemático concretar ese entendimiento. En principio, la élite económica había quedado muy resentida con su anterior gobierno. La fallida estatización de la banca y la hiperinflación habían dejado huella.

¿Cómo votar por el APRA? García supo asustar a la ciudadanía con el fantasma del chavismo, que llegaría de la mano de Humala. Aunque muchos electores de élite confesaron que votaron tapándose la nariz con un pañuelo, finalmente la estrategia de García surtió efecto. Además, la presencia del almirante Giampietri en la plancha convenció a los fujimoristas. Con García recuperarían algunas posiciones, mientras que Humala les prometía guerra sin cuartel. Así, García logró ganar la presidencia, que en su caso tuvo sabor a hazaña, porque quince años atrás parecía liquidado. Pero había pasado bastante tiempo y muchos jóvenes no lo habían conocido. Después del anodino gobierno de Toledo, un tiempo de política profesional no venía mal. Así pensó buena parte de la ciudadanía que dio la bienvenida a su segundo mandato.

Sin embargo, la mayor parte de los analistas pensaba que la coalición de segunda vuelta tenía corto aliento. Según una extendida creencia, García pronto volvería a su tradicional postura socialdemócrata y abandonaría el entendimiento con la élite. Pero las sorpresas estaban por llegar. En esta segunda oportunidad, García sería fiel al entendimiento que había forjado para obtener la presidencia. En realidad, había aceptado una visión extremadamente liberal del país y adoptado un programa en ese sentido, donde el discurso de

centroizquierda era un recurso táctico para ganarle a Lourdes Flores, pero no un arma de gobierno.

De acuerdo con la interpretación del politólogo Martín Tanaka, la clave del segundo mandato se halla en la relación de García con los agentes políticos. Para empezar, el PAP no era un vehículo de cuadros capacitados para conducir el Estado. Tampoco había tecnócratas afines que tuvieran una propuesta de fondo, como había sido la heterodoxia en los ochenta. Por ello, García sabía que no podía confiar en cuadros políticos para gobernar. En esas circunstancias, mejor era seguir en piloto automático. Así, nombró en la presidencia del Banco Central de Reserva a Julio Velarde, un reputado tecnócrata de derecha, que había presidido la comisión de plan de gobierno de la candidatura de Lourdes Flores. En esta segunda oportunidad no había más tecnocracia posible que la neoliberal. Como consecuencia, interpretó que faltaban los agentes necesarios para transformar políticamente al país. Pensó que la sociedad y el Estado seguirían igual después de su mandato y que solo cabía crecer económicamente o morir. Por ello, adoptó un rumbo conservador que mantiene hasta el día de hoy.

García tenía una pretensión principal, borrar el mal recuerdo de su primer gobierno. Para ello, priorizó el crecimiento económico y trató de atraer capital. Su objetivo era promocionar al país y hacerlo atractivo para la inversión, abriendo la economía nacional a la esfera internacional. Después de las reformas neoliberales de los noventa, Toledo y García concretaron una segunda etapa, que consistió en la firma de tratados de libre comercio que consolidaron y blindaron el modelo. Los excelentes precios de las materias primas hicieron lo suyo y García coronó con éxito su principal objetivo, realizar un mejor gobierno que el anterior.

Como vimos, durante su segundo mandato se conjeturaba sobre el momento del giro socialdemócrata que nunca llegó. El discurso de toma de mando contenía la clave. Ese día, García recordó a Nicolás de Piérola, quien tuvo un primer gobierno desastroso, puesto que condujo al Perú a la derrota con Chile, pero se reivindicó con un segundo mandato dos décadas después. Ese segundo y exitoso gobierno del

Califa fue bastante conservador e incluso forjó una alianza con su enemigo de siempre, el civilismo. Así, el segundo gobierno de García se puso bajo la guía de Piérola. Ahí estaba la base histórica para el último giro del PAP.

En la práctica, este último viraje significó seguir con el piloto automático puesto en marcha por Alberto Fujimori. García no quería exponerse y optó por apoyarse en los excelentes precios de las *commodities* sin alterar las reglas de la acumulación capitalista. Sus resultados fueron mixtos. El éxito estuvo en cifras macroeconómicas nunca antes vistas, porcentajes de crecimiento cercanos a los asiáticos. Para García las cifras eran mágicas. Lo que en su primer gobierno fue inflación y crisis, en el segundo se convirtió en crecimiento y reducción de la pobreza.

Por su parte, la aprobación ciudadana se mantuvo bastante baja, entre 20 y 30%, apenas algo mejor que Toledo. Bajo estos dos gobernantes, el sistema político peruano registraba baja popularidad presidencial, no obstante el elevado crecimiento económico. ¿A qué se debió esta paradoja? Entre otras respuestas, faltaron políticas públicas que redujeran la desigualdad. En otras palabras, tanto a García como a Toledo les faltó una cuota de socialdemocracia; se habrían dejado llevar por la poderosa ola neoliberal que beneficiaba temporalmente al país.

El segundo mandato de García se vio oscurecido por escándalos de corrupción que constituían una recurrencia del primer gobierno. En octubre de 2008, Fernando Rospigliosi difundió unos audios que revelaban conversaciones entre un funcionario del gobierno y un dirigente aprista que actuaba como lobista. El tema era la entrega de lotes petroleros a una empresa extranjera. Estalló el escándalo y se hicieron públicas las visitas del primer ministro a las oficinas privadas de potenciales inversionistas extranjeros en el Perú. En un ambiente plagado de sospechas de corrupción, renunció el gabinete y García, sorprendiendo a la ciudadanía, nombró para el cargo al congresista de oposición Yehude Simon.

Sin embargo, esta cohabitación a la francesa tuvo corta duración. Poco después se produjo el conflicto social más grave del segundo

gobierno aprista. El llamado Baguazo consistió en una matanza de policías e indígenas awajún de la selva norte. Los líderes indígenas estaban luchando porque consideraban que el gobierno les estaba arrebatando tierras ancestrales para destinarlas a la explotación petrolera. Por ello, se posesionaron de un puente en una carretera. Ahí se produjeron las lamentables muertes que ensombrecieron las carreras de García y Simon.

No obstante sus momentos críticos, el segundo gobierno de García fue mejor manejado que el primero. La economía creció al amparo del ciclo expansivo y la ciudadanía apreció el bienvenido crecimiento económico. Se crearon nuevas clases medias y aumentó la riqueza nacional. Pero la misma opinión pública observó una enorme concentración de la riqueza. Peor aún con la corrupción. La acusación de la Megacomisión Investigadora del Congreso sobre los llamados "narcoindultos" ha dañado la imagen de García. La opinión pública es bombardeada por este caso que tiene tras las rejas a un colaborador del presidente, que ayer tramitaba indultos y hoy está preso a punto de ser sentenciado. Así, la ciudadanía juzgó este segundo mandato como regular, ciertamente mejor que el primero, porque creció la economía y no se vivió la crisis del primer mandato, pero la ilegalidad se profundizó y avanzó a la captura del débil y poroso Estado peruano.

Durante su segundo gobierno, García publicó en *El Comercio* tres artículos que se hicieron famosos al condensar el último giro del PAP. Su título es "El perro del hortelano" y alude al animal de la fábula, que no come ni deja comer. En el argumento de la leyenda, la conducta de este animal se debe a su fidelidad; su amo ha puesto una propiedad bajo su cuidado y efectivamente no permite que un extraño ingrese al predio ni él mismo hace uso de él. Pero esa virtud estuvo ausente de la mente del presidente, quien solo prestó atención al aspecto negativo del perro de la fábula: "ni come ni deja comer".

Ese animal condensa a sus enemigos. García es un experimentado actor político, sabe que las estrategias exitosas implican una lucha. No basta tener una posición, además es preciso trazar la cancha, definiendo rivales a quienes derrotar. En esta oportunidad, García

estableció nítidamente a los enemigos de su segundo mandato, los promotores del conflicto social y de la protesta popular contra las inversiones en extracción de recursos naturales. Resulta que el segundo gobierno aprista estuvo acompañado por una elevada conflictividad social. Había una elevada expectativa en continuar ascendiendo económicamente y el gobierno hablaba con regularidad de riquezas y millones. Por ello, había bastante descontento, entre quienes no tenían lo suficiente y quienes querían más de lo recibido. La consecuencia fue un clima de sostenida protesta social: tomas de carreteras, mítines y enfrentamientos. Ante este clima, García denunció a los promotores de ese desorden.

Así, el perro del hortelano expresa la etapa actual de la larga trayectoria del APRA. Nuevamente es una inclinación hacia la derecha, al igual que la registrada durante las convivencias. Desde la segunda vuelta de 2006, García abrazó el liberalismo soltando el contrapeso socialdemócrata. Por ello, su *performance* actual lo sitúa en la derecha del espectro político. Así, el movimiento completo del APRA asemeja un zigzag. No es una simple deriva a estribor, como ha sido señalado con frecuencia, sino un complejo movimiento de idas y venidas, que empezó con Haya y ha seguido bajo García.

La reciente alianza del PAP y el PPC busca solucionar problemas que por separado afrontaba cada uno de estos partidos. El APRA requería un tinte de respetabilidad, que le otorga Lourdes Flores y que es indispensable en este momento, aquejado por las acusaciones de corrupción contra su segundo mandato. Por su parte, para el PPC la decisión es de salvataje, ante la muy concreta posibilidad de perder su registro electoral. Asimismo, si PPK sigue cayendo, esta alianza aspira a cosechar parte de sus votos y con ellos enfrentar a Acuña en la disputa por el segundo puesto. Pero, en asuntos de fondo, para el APRA esta alianza significa claramente la vuelta a los tiempos de las convivencias, que con esta movida quedan como tres periodos principales de la deriva a la derecha del PAP: Prado en los cincuenta, Odría en los sesenta y el PPC en nuestros días.

García es el más exitoso de los políticos peruanos en ejercicio. Ha competido por la presidencia en tres ocasiones y ha ganado dos

veces; siempre ha pasado a segunda vuelta. Nadie comparte ese récord. Pero parece a punto de perderlo. En esta oportunidad se ha arrinconado voluntariamente en el espacio de centroderecha, al que ha derrotado en dos oportunidades anteriores, 2001 y 2006. Además, el APRA sabe que al aliarse con Lourdes Flores se ha desplazado simbólicamente a su lugar en el espectro y que ahí no hay mayor destino electoral.

Capítulo 2

El clientelismo de derecha

Durante la década de 1990, el gobierno de Alberto Fujimori encaró con decisión los tremendos problemas heredados de las décadas anteriores, al enfrentar la crisis económica y derrotar a Sendero Luminoso. Además, fue el arquitecto de la reforma neoliberal y de la estabilización política y económica. Sin embargo, sus logros vinieron acompañados por fracasos en la construcción de un Estado moderno. Para comenzar, fue autoritario y protagonizó un golpe de Estado para "disolver" los otros poderes constitucionales; años después, hacia el final de su régimen, realizó una maniobra fraudulenta para perpetuarse en el poder. Además, el autoritarismo vino acompañado por una corrupción galopante. Por último, en su perfil político aparece un tercer factor: Fujimori cultivó una relación especial con los sectores populares, los prodigó con obras de impacto local y se presentó ante ellos como el comprensivo hermano mayor dotado de gran poder. Esa imagen cautivó y le ha dado a su figura larga continuidad. Posteriormente su prisión le ha concedido una aureola de sacrificio ante los suyos y lo ha proyectado como un mártir de su causa.

Ese caudal ha pasado a la segunda generación y se halla en las manos de Keiko Fujimori. Después de un tira y afloja con su padre, hoy las riendas están claramente en manos de la hija, quien enfrenta un serio dilema político. ¿Debe seguir la línea de su padre o adaptar el movimiento a los nuevos tiempos? Obviamente, hay opciones intermedias y ese justo medio busca ser construido por su *staff* político.

Encontrarlo es como hallar la piedra filosofal. Pero quienes vivieron los noventa saben que hubo autoritarismo y corrupción, y nadie ha olvidado el impacto de los vladivideos. ¿Son esenciales a la propuesta fujimorista? ¿Cuál es la capacidad de Keiko para extirpar la entraña abusiva del pasado? En realidad, mucho dependerá de la calidad de su personal político. ¿Se habrá renovado o padecerá de los vicios de antaño?

A continuación, Keiko enfrenta un segundo dilema. Su padre fue un populista de derechas y ello implicaba un liberalismo a medias, porque tenía que proteger ciertos derechos especiales de "sus pobres". Por ejemplo, nunca privatizó Sedapal y mantuvo unas tarifas de agua subsidiadas. Sabía que el agua potable es esencial en la relación del poder con los sectores populares urbanos. Ahora bien, en estos tiempos, ¿Keiko va a mantener esa cuota de populismo o va a girar hacia un liberalismo al 100%? Otra pregunta en la misma dirección es su actitud ante la descentralización del Estado. Tomando en cuenta que Alberto Fujimori fue hipercentralista, ¿ella volverá a concentrar el Estado eliminando el reparto de recursos públicos con los grupos locales de poder? En suma, retornará el populismo de derecha o avanzará hacia una segunda generación de reformas neoliberales.

Este capítulo avanza hacia dos finales posibles. Por un lado, revisaremos la capacidad de Keiko Fujimori para construir una segunda generación del fujimorismo. A la vez, nos preguntaremos por su orientación, si ha de repetir el clientelismo populista de su padre o si posee fuerza para renovar el fujimorismo evolucionando hacia un liberalismo más clásico. Pero, a continuación, este capítulo reflexiona sobre el ascenso de César Acuña y sus conexiones con rasgos esenciales del gobierno de Alberto Fujimori. Nuestra pregunta será si Alianza para el Progreso constituye una prolongación del fujimorismo con nuevo rostro.

1. Gobiernos híbridos

Durante su segundo gobierno, Nicolás de Piérola dio forma al Estado oligárquico peruano, que fue denominado República Aristocrática por Jorge Basadre cuando escribió su monumental *Historia de la República*. Con ese nombre ha permanecido, aunque últimamente muchos historiadores utilizan el término *segundo civilismo*. En la historiografía de otros países latinoamericanos, formaciones similares son llamadas *repúblicas oligárquicas*.

El nombre busca captar la esencia de la época. La élite dirigente de esta época no parece haber tenido connotaciones aristocráticas, sino haber sido un grupo empresarial interesado en el desarrollo del capitalismo y en formar instituciones que consolidaran su dominio. Si esto es así, el concepto *aristocrático* aludiría solamente a la mentalidad de un grupo de poder que se autopercibía como blanco y civilizado, en medio de un país indígena y rústico. Por ello, la discriminación y el menosprecio eran parte de las leyes no escritas que ordenaban la sociedad. Pese a todo, la obra de gobierno de este grupo habría sido plenamente capitalista, buscando extender el mercado a nivel nacional.

La noción usada en Latinoamérica, república oligárquica, define a regímenes políticos formalmente democráticos, pero fundados en derechos electorales restringidos, válidos solo para algunos pocos. En la mayor parte de la región esta segregación fue por ingresos económicos, solo votaban quienes pagaban impuestos directos, dejando sin derecho al voto a las clases menesterosas que no tributaban. Solo el contribuyente era realmente ciudadano. Por su parte, en el Perú la segregación fue cultural. Desde Piérola hasta la Constituyente de 1979, solo votaban quienes sabían leer y escribir en castellano. Ello llevaba a la exclusión de las poblaciones indígenas: quechuas, aimaras y grupos étnicos selváticos, que constituían la gran mayoría del país. A comienzo del siglo XX, los indígenas constituían las tres cuartas partes del país.

Gracias a esa legislación electoral, el voto estaba concentrado en la población urbana, pues pocos habitantes del campo accedían a las

urnas. Además, en las ciudades votaban las clases altas y medias, así como algunos sectores populares que habían accedido a la educación. Pero la gran masa de la plebe urbana tampoco tenía derecho al voto. La educación estaba poco generalizada y la cobertura estatal era reducida. Si tomamos en cuenta que tampoco votaban las mujeres, que solo accedieron al voto al terminar el gobierno de Odría, resulta que a comienzos del siglo XX solo uno de cada veinte peruanos ejercía el derecho ciudadano de elegir a las autoridades. El contraste con nuestros días es abrumador. Hoy en día, dos de cada tres peruanos tienen derecho al voto y el otro es aún un menor de edad. Es decir, en nuestros días el derecho a participar en elecciones es prácticamente universal; mientras que, a comienzo del siglo XX, el derecho electoral estaba restringido a una minoría educada en la civilización occidental y cristiana.

Por ello, se pudo forjar un partido como el segundo civilismo, que dominó la vida política durante las dos primeras décadas del siglo XX. Este partido reunía a representantes directos de las clases altas y ganaba regularmente las elecciones. Pero en 1919 sobrevino una conmoción. Se derrumbó el segundo civilismo y uno de sus integrantes transformó profundamente el régimen. Se trataba de Augusto B. Leguía, que había gobernado en una ocasión como civilista y luego forjó el régimen llamado de la Patria Nueva. Estaba comenzando el Oncenio (1919-1930), que ha sido el gobierno más largo de la República. Al caer el segundo civilismo, desaparecieron sus instituciones, dando paso a un Estado personalista e hiperactivo. Leguía quiso modernizar el país desde arriba y empleó la estructura política como instrumento para modificar la base económica y la misma sociedad que la sustenta.

La Patria Nueva de Leguía constituye una bisagra. Se terminó la República Aristocrática y desapareció el partido político de la clase alta, el civilismo. Asimismo, durante esos once años se formaron los embriones de los partidos de masas, que eclosionaron al llegar los años treinta. Sin embargo, el gobierno de Leguía no cortó la orientación exportadora de materias primas que había adoptado el país en décadas anteriores. Es decir, el modelo de acumulación de

capital siguió siendo el mismo que el vigente durante la República Aristocrática. Además, los derechos políticos también siguieron tan restringidos como antaño. Por su parte, el gobierno fue altamente autoritario y sus opositores conocieron la cárcel y el exilio. Por ello, el Oncenio siguió la pauta de gobiernos oligárquicos que ejercen una democracia limitada, donde los poderes fácticos guían al país sin tropiezos.

En agosto de 1930 cayó Leguía y el Perú se sumergió en una de sus crisis más profundas. Algunos autores sostienen que esa crisis fue la más grave del siglo XX, cuando el poder estuvo a punto de escapar de las manos de las clases altas. En efecto, fue fundamental para toda la época que viene a continuación, puesto que su eco fue muy prolongado. La clave de la nueva época se halla en la emergencia de partidos políticos de masas, que superaron los límites estrechos de la política oligárquica. No se otorgó el derecho al voto a los analfabetos, sino que progresivamente accedieron más peruanos a la educación básica y se ensanchó la base electoral. En ese momento, las masas populares urbanas se organizaron en nuevos partidos doctrinarios: el APRA, el Partido Unión Revolucionaria y el Partido Comunista. Había de todo, uno de los más poderosos partidos populistas del continente, el fascismo criollo y la rama peruana del comunismo internacional. A partir de entonces, la política se hizo masiva y ganó las calles.

En 1931 hubo elecciones presidenciales y se impuso el comandante Luis Sánchez Cerro, quien emprendió una dura represión contra el PAP y el PCP. Dos años después, en 1933, el presidente fue asesinado y el gobierno pasó a manos del entonces general Óscar R. Benavides. Esos dos gobiernos son cruciales, sobre todo el segundo, porque ofrecen un modelo, un prototipo que ha sido recurrente en la historia política nacional. Ese paradigma se consolidó con Benavides, Odría lo prolongó y llegó intacto a Fujimori. Se trata de gobiernos autoritarios en lo político, que a la vez son liberales en lo económico. Para ello, contaron con el apoyo de poderes fácticos, como el Ejército y el capital, además de los grandes medios de prensa y la Iglesia católica.

Como vimos, los tres gobiernos mencionados fueron autoritarios, pero, a la vez, se debían a las formas democráticas. Benavides y Odría, después de haber gobernado prácticamente como autócratas, se vieron obligados a convocar elecciones y a cerrar sus mandatos sosteniendo que estaban respetando la voluntad popular. Por su parte, Fujimori cavó su tumba al intentar violar la normatividad constitucional lanzándose a una tercera presidencia consecutiva. Al final, los tres se debieron a los ropajes democráticos y quien los violó acabó mal.

Otro punto decisivo es su naturaleza clientelista. Estos tres mandatarios: Benavides, Odría y Fujimori, desarrollaron una política astuta con respecto a los sectores populares. Trataron de ganárselos gracias a programas sociales asistencialistas y entraron en un toma y daca, intercambiando favores puntuales por lealtad política. Este punto es clave, porque complementa la fórmula del modelo: autoritario en lo político, liberal en lo económico y clientelista en el dominio social.

Por ello, el régimen político resultante es un híbrido de democracia y autoritarismo. Los mandatarios que responden a este concepto guardan algunas formas democráticas, se suceden elecciones, a veces muy amañadas, pero los procesos electorales se llevan adelante, porque se ven obligados a cumplir con los fastos de la democracia. Pero, mirados desde otro ángulo, son dictaduras, gobiernos de fuerza, que se imponen por encima de la Constitución. En algunos casos ni siquiera respetan mínimamente los derechos de sus opositores; en otros, la oposición es tolerada siempre que no pase de cierto límite. Así, para entender a Fujimori y llegar a la segunda generación, es preciso emplear un telescopio conceptual y buscar sus antecedentes en los gobiernos de Benavides y Odría.

2. Los tempestuosos años treinta

Como vimos, las elecciones de 1931 consagraron la victoria del comandante Sánchez Cerro, quien inició su mandato en medio de una

tremenda confrontación política. Después de una emotiva campaña, desplegada en medio de grandes mítines y multitudes enfervorizadas, Sánchez Cerro se había impuesto en una contienda que fue considerada fraudulenta por el APRA. A continuación, Haya de la Torre había sido proclamado presidente moral del país por sus partidarios, desconociendo la legitimidad de Sánchez Cerro, quien apenas entró al poder presentó al Congreso una propuesta de ley de seguridad interior de la República, que autorizaba al Ejecutivo a reprimir la subversión.

A continuación, se sucedieron acontecimientos trágicos que han sido relatados en el capítulo sobre el APRA. Pero, resumiendo para retomar nuestro hilo, cabe destacar que militantes apristas se levantaron en Trujillo en julio de 1932 y su rebelión culminó en un cisma histórico que cortó sus relaciones con el Ejército por décadas. Como sabemos, el asesinato de un numeroso grupo de oficiales del Ejército y de la Policía fue seguido por una venganza masiva, al ser fusilados cientos de jóvenes apristas en los muros de Chan Chan. Esta situación generó un foso de sangre entre el APRA y las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado modificó la coyuntura de 1933. Se produjo la invasión peruana del puerto amazónico de Leticia, que había sido cedido a Colombia en la época de Leguía por el Tratado Salomón-Lozano. Un grupo de civiles de Iquitos recuperó Leticia, apoyados por algunos integrantes de la guarnición militar, quienes actuaron sin autorización de Lima. El destacamento peruano había sido armado por algunos grandes comerciantes loretanos. Esta invasión generó un serio incidente militar y diplomático.

Como vimos, Sánchez Cerro fue asesinado mientras pasaba revista a las tropas que saldrían a la zona de conflicto. Se produjo una crisis total, porque había sido electo bajo los términos de la Constitución de 1920, que no contemplaba la figura de la vicepresidencia, habitual en la tradición constitucional peruana. Por ello, se reunió de emergencia el Congreso y se eligió al general Óscar R. Benavides. Su período de gobierno debía ser de tres años, para completar el mandato que correspondía a Sánchez Cerro. Pero, como veremos a

continuación, una vez en el poder prolongó su gobierno y permaneció un periodo completo. La elección de Benavides en el Congreso fue por inmensa mayoría, puesto que la minoría aprista había sido purgada y exiliada el año anterior. Se trataba de una representación reducida casi exclusivamente a los partidarios de Sánchez Cerro.

Sin embargo, incluso en esas circunstancias, hubo espacio para la oposición. Entre otros congresistas no serviles, se encontraba el diputado socialista ayacuchano Alberto Arca Parró, quien expresó su disconformidad con la elección de Benavides. Arca Parró sostuvo que, de acuerdo con la Constitución, los oficiales de las Fuerzas Armadas en actividad no podían ejercer la presidencia y Benavides era el jefe del Ejército. Según su parecer, elevarlo a la máxima magistratura era violar expresamente la ley. A pesar de ello, se impuso la razón de Estado, gracias a la cual Benavides nuevamente presidió el gobierno. Con su mandato, retornó el civilismo, ya que personalmente había sido una de las figuras claves de la República Aristocrática. Así, la clase alta, la denominada *oligarquía*, retornó al control del Estado. Esta vez no ejercería el poder a través de un partido político propio, sino en forma indirecta, a través de caudillos militares, como los mencionados Benavides y Odría.

Apenas tomó al poder, Benavides encaró el conflicto internacional. No quería profundizarlo y aprovechó que conocía personalmente al presidente de Colombia, quien envió a Lima al jefe de su partido, el luego muy famoso Alfonso López Pumarejo, para negociar un acuerdo que significó el cumplimiento del tratado firmado por Leguía. En ese momento estaba en funciones el primer gabinete de Benavides, pero solo duró tres meses. Luego, en junio de ese año, encargó la presidencia del Consejo de Ministros a Jorge Prado, quien inició una política denominada de "apaciguamiento y concordia", destinada a durar poco tiempo, pero que inicialmente obtuvo amplio respaldo. Jorge Prado impulsó una amnistía política y Haya de la Torre dejó la penitenciaría, donde estaba preso desde hacía más de un año. Hubo una entrevista en Palacio entre el líder aprista y el presidente Benavides. A partir de ese momento, el PAP operó bajo la consigna de "serena y vigilante expectativa", aprovechando

el respiro democrático para sacar nuevamente su prensa y realizar algunos mítines. No obstante, el aparato clandestino se mantuvo agazapado y el tiempo le daría la razón. Concibió la política de seguridad y organización del PAP su secretario general Luis Heysen, apodado "el Cuco", precisamente por su capacidad para la resistencia clandestina.

Por su parte, esta rápida reorganización del PAP atrajo nuevamente la represión. Las presiones en contra de la reconciliación nacional eran demasiado fuertes y trajeron abajo al gabinete de Jorge Prado. En noviembre de 1933 fue nombrado como primer ministro José de la Riva-Agüero, el eminente historiador vinculado a la Universidad Católica. También duraría poco tiempo, pero retornó a los términos de la ley de emergencia que había dictado Sánchez Cerro al iniciar su mandato y que había dado lugar a los intensos enfrentamientos del periodo. El APRA volvió a la clandestinidad y preparó insurrecciones populares retomando la experiencia de Trujillo. Estos levantamientos se produjeron en 1934 y comprenden la llamada Conspiración de El Agustino, en Lima, donde estuvo involucrado Armando Villanueva del Campo, entonces joven secretario general de la Federación Aprista Juvenil (FAJ). Asimismo, se produjeron movimientos insurreccionales en Ayacucho y Huancavelica, todos fracasados. El clima político era de confrontación y se quebró todo diálogo.

Así, se inició la larga clandestinidad del PAP, que duró hasta 1945. Durante este largo lapso, el PAP estuvo perseguido y operó escondido. En algunos momentos la represión aflojó y los apristas fueron tolerados, pero la mayor parte del tiempo estuvieron seriamente amenazados. Además, en medio de las grandes persecuciones, en 1935 se produjo el asesinato del director de *El Comercio*, Antonio Miró Quesada, y su esposa, Enriqueta Laos. El homicida fue un joven aprista, Carlos Steer, quien intentó quitarse la vida, pero no lo logró y fue condenado a veinticinco años de prisión. Desde entonces, los poderes fácticos, el Ejército y la gran prensa condenaron al PAP como un partido terrorista, y le negaron cabida en la política nacional.

Las elecciones de 1936 debían haber sido la válvula de escape a tanta tensión, pero añadieron combustible a la hoguera. Estas debían llevarse a cabo porque Sánchez Cerro había sido electo para un periodo que terminaba precisamente ese año y Benavides había sido nombrado para completar el mandato del presidente asesinado. Sin embargo, estas elecciones fueron anuladas y Benavides prolongó su gobierno tres años. En 1936, el candidato de Palacio de Gobierno era Jorge Prado, que volvía a las lides después de su fugaz intervención como primer ministro de paz y concordia. Otro candidato que gozaba de las simpatías de Benavides era Manuel Vicente Villarán, un reputado jurista de origen civilista. Pero ninguno de los dos despegó durante la campaña y a la hora del conteo ocuparon los últimos lugares. Por su parte, quienes disputaron el primer puesto eran enemigos de Benavides, quien enfurecido con el resultado decidió anular el proceso electoral.

Mientras avanzaba el conteo, iba quedando claro que vencería Luis Antonio Eguiguren, un destacado hombre de leyes e historiador, que había canalizado el voto aprista. Esa fue la razón de fondo para la anulación de las elecciones. Benavides no pudo aceptar que un partido ilegal hiciera gobernante a un ciudadano independiente. En ese momento, el presidente tomó dos decisiones: prolongó su mandato tres años más y disolvió el Congreso. De este modo, Benavides protagonizó uno de los momentos dictatoriales del siglo XX, al ejercer un gobierno autoritario sin Parlamento y ni siquiera un Poder Legislativo restringido, como el que había funcionado hasta ese momento. Así, sus tres años finales 1936-1939 fueron de dura represión.

En la escena internacional era la víspera de la Segunda Guerra Mundial. En América Latina esta fase se vivió intensamente a través de la Guerra Civil Española, que movilizó a la opinión pública. Las izquierdas se organizaron constituyendo comités de solidaridad con la República, agredida por el levantamiento de las fuerzas del generalísimo Francisco Franco. Esos comités fueron prohibidos y sus militantes, llevados a prisión. Entre otros detenidos por ese motivo, se cuenta al más tarde famoso escritor José María Arguedas, quien

estuvo un año en la prisión denominada El Sexto y dejó una famosa novela sobre su experiencia. En este periodo se produjo el juicio por el asesinato de los esposos Miró Quesada y la Corte Marcial no condenó a la pena capital a su asesino. Desde entonces, las relaciones del diario con Benavides fueron frías; el general había perdido su apoyo. Sin embargo, Benavides se sentía confiado, porque estaba rodeado por el poder de las finanzas, representadas por el grupo Prado y por el Ejército que lo respaldaba. Así, logró llegar al año 1939.

Durante estos años, se produjo un incremento de la presencia fascista, aunque en medio de las frecuentes paradojas propias del país. En efecto, el partido peruano explícitamente fascista, el PUR, fue perseguido y sus líderes, deportados. Su dirigente máximo, Luis A. Flores, que era el verdadero sucesor de Sánchez Cerro, fue exiliado a Chile. Pero, en forma paralela, se amplió en forma considerable la influencia de la embajada italiana, que realizaba propaganda fascista bienvenida por el Estado. Así, Benavides protegió un fascismo importado reprimiendo al propio.

El domingo de carnaval de 1939 se produjo un intento de golpe de Estado que Benavides no esperaba. Se levantó nada menos que su ministro de Gobierno y Policía, actualmente del Interior, el general Antonio Rodríguez. El plan político incluía la participación del PAP y del PUR, que estaban perseguidos. No obstante haber sido enemigos jurados toda la década, su común oposición a Benavides los había acercado. Sin embargo, la preparación militar del levantamiento de Rodríguez fue deficiente. No logró asegurar apoyo en los cuarteles y tampoco llamó explícitamente a los civiles. Luego, en un confuso incidente suscitado en Palacio, el mayor de la Guardia Civil Luis Rizo Patrón asesinó a Rodríguez y terminó con el levantamiento. Benavides regresó ese mismo día; había estado en altamar de vacaciones en un crucero de verano.

El presidente entendió que debía irse. Organizó una transferencia que incluyó una medida no prevista y altamente cuestionada, un plebiscito para modificar la Constitución de 1933. Esta elección previa dio paso realmente a la campaña presidencial. En esta oportunidad solo hubo dos candidatos. El perdedor fue José Quesada, apoyado

por el PUR, y el vencedor fue Manuel Prado, hermano menor de Jorge, que lo sucedía como figura pública familiar, después de una carrera como banquero del Banco Central de Reserva.

Prado supo moverse con habilidad. Para las elecciones formó una coalición liderada por una fracción de la élite económica. No estaban los agroexportadores al mando, como había sido habitual, sino que eran reemplazados por un grupo económico especializado en finanzas y en el mercado interno. Las inversiones de los Prado estaban diversificadas y abarcaban, entre otras, los materiales de construcción y los bienes raíces. Por ello, su gobierno habría de ser moderadamente desarrollista; tampoco rompió con los agroexportadores, pero introdujo otros intereses en juego. Debemos recordar que el contexto era la Segunda Guerra Mundial, que limitó tremendamente el tráfico comercial y obligó a los países de América Latina a depender en mayor medida de sí mismos.

En 1941, el Perú sostuvo una corta guerra con Ecuador que terminó con la victoria peruana y la ocupación de la provincia ecuatoriana de El Oro, tomada como prenda hasta firmar la paz. Se produjo entonces una intensa presión de Estados Unidos y otros países latinoamericanos, y finalmente el Perú obtuvo un tratado en los términos que buscaba. Ese protocolo fue firmado en la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro en enero de 1942, que se había reunido para contemplar medidas ante el ataque japonés en Pearl Harbor. En ese momento, Estados Unidos entró a la Segunda Guerra Mundial de lado de Gran Bretaña y la URSS. Por su parte, la victoria sobre Ecuador reconfortó al gobierno de Prado, cuyo padre era severamente cuestionado por su papel en la guerra con Chile.

En el curso de la Segunda Guerra Mundial, el presidente Prado desarrolló una política firmemente alineada con Estados Unidos. Gracias a ello, contó con el apoyo de fuerzas diversas y de opuesto signo ideológico. Entre ellas se contaba al mismo PCP, que defendía intransigentemente a la URSS, que se defendía en un duro combate por su supervivencia apoyada por Norteamérica. Así, como consecuencia del posicionamiento internacional y las urgencias del

conflicto, se produjo un fenómeno político insólito, un banquero amigo del comunismo peruano.

3. Política social de Benavides

Como vemos, los años treinta fueron dominados por el entonces general Óscar R. Benavides, quien desarrolló una amplia obra social, en alguna medida inspirada en el fascismo italiano. Benavides conocía bastante bien Italia, donde había ocupado un cargo diplomático de 1917 a 1920. En aplicación del modelo fascista, la obra social de Benavides pretendía generar una política nacionalista que reforzara los vínculos entre los sectores populares y el Estado.

En primer lugar, Benavides creó los ministerios de Salud y Educación, y desplegó un extenso programa en cada una de estas nuevas carteras. Ambos ministerios nacieron en 1935, como expresión del creciente interés del Estado por proporcionar servicios básicos a la población y ampliar su cobertura para ganar réditos políticos.

En el terreno de la salud, el gobierno creó el Seguro Social del Obrero, que conllevó la construcción del Hospital Obrero en la avenida Grau de Lima. Esta fue una trascendental innovación, porque hasta entonces en el Perú no existía nada parecido a sistemas de salud pública por categorías laborales. Además, el gobierno no empezaba por asegurar a los empleados de clase media, sino que lo hacía con el sector proletario de la sociedad. En ese sentido, el gobierno pretendía que el imponente edificio hospitalario simbolizara su compromiso con los de abajo.

Asimismo, el gobierno promulgó leyes laborales favorables al sector obrero, que consistieron en normas sobre inspecciones de condiciones de trabajo y regulación del trabajo informal y a domicilio. En este caso, la ley especificó que el salario del trabajador informal no podía ser inferior al que ganaba el obrero de planta. Las normas eran

utópicas y no se cumplieron realmente, pero mostraban la voluntad gubernamental de montar un régimen populista de derechas.

Benavides intervino también en asuntos de vivienda. En efecto, construyó barrios obreros en el Callao, La Victoria y en el Rímac. Estos barrios estaban diseñados en forma moderna, incluyendo servicios públicos e instalaciones deportivas. Por su parte, las casas eran cómodos unifamiliares, aunque se construyeron pocas unidades en comparación con la demanda existente. Antes que resolver el tema de la vivienda en sectores populares, el gobierno realizó una intervención para mostrar una imagen. La propaganda antes que la acción efectiva.

Por otro lado, el gobierno afrontó la crisis mundial y el desempleo con una política de obras públicas que buscaba generar empleo a partir de la inversión estatal. Este programa se tradujo en el impulso a las labores de la Junta Pro Desocupados, que había sido formada por Sánchez Cerro, para impulsar la construcción y absorber mano de obra. Estas iniciativas se sustentaban en una cierta recuperación económica del país. En efecto, el Perú fue uno de los países latinoamericanos que salió más rápido de la gran depresión de los treinta.

La dinámica de la economía nacional se basaba en la gran variedad de productos primarios de exportación. A diferencia de la mayor parte de países de la región, el Perú no era monoproductor de bienes primarios. Por el contrario, su canasta exportadora era muy variada y estaba compuesta por productos agrícolas, mineros, petróleo y lanas. Por ello, al caer el precio de ciertos productos, fueron reemplazados por otros bienes que subieron de valor. Por ejemplo, en la agricultura, el algodón subió rápidamente de precio y compensó la reducción de exportaciones de azúcar.

De este modo, la economía peruana recuperó equilibrio gracias a una canasta variada que facilitó la supervivencia de la economía de exportación de materias primas. Mientras tanto, en otros países latinoamericanos había quebrado la exportación de materias primas, que fue reemplazada por el modelo de industrialización por sustitución de importaciones. Esa recuperación de la estructura económica

peruana le confirió recursos a Benavides para financiar las políticas sociales mencionadas.

El proyecto gubernamental de mayor alcance fue un ambicioso plan vial que comprendió la construcción de la carretera Panamericana a lo largo de la costa y de carreteras secundarias. En esas obras hallaron trabajo muchas personas que habían perdido sus empleos a causa de la crisis mundial, y a jóvenes que entraban a un mercado fuertemente contraído. Esa infraestructura contribuyó a la formación de un mercado nacional y a la generación de una demanda.

Por su lado, Benavides también construyó numerosos edificios públicos que igualmente dinamizaron el empleo en construcción. Los tres poderes del Estado, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, recibieron edificios-sede que habían sido emprendido anteriormente, pero que concluyó Benavides. Estas obras se localizaron en Lima, donde se concentró la mayor parte del esfuerzo estatal.

Sin embargo, el impulso constructor del gobierno alcanzó también a ciudades del interior. Por ejemplo, Benavides construyó los primeros hoteles de turistas, dando inicio a la era de los albergues estatales de calidad, que se prolongó hasta los años noventa, cuando fueron privatizados. En Huánuco, Tumbes y Chala, el gobierno emprendió la construcción de hoteles que fueron inaugurados por su sucesor, Manuel Prado.

Otro sector social con obra significativa fue educación. Como ya se dijo, al igual que en el caso de salud, se creó un nuevo ministerio, que construyó numerosas escuelas primarias pequeñas y bien integradas a la trama urbana, sin imponerse sobre ella, como ocurriría con la construcción escolar de las siguientes décadas. Así, el gobierno extendió la educación primaria y trató de hacerla universal en medios urbanos. Su énfasis estuvo en la primaria y las primeras letras. Incluso formó un extenso programa de educación preescolar, la escuela madre de este sector, que hasta entonces no había tenido atención. Este programa de educación preescolar contó con el decidido apoyo de la señora Francisca Benavides, esposa del presidente, quien sostuvo activamente al gobierno a través de una obra filantrópica.

En época de Benavides, la política educativa rural estaba dirigida a civilizar al indígena, asumiendo que era un ser necesitado de cultura porque la mentalidad aborigen era concebida como atrasada y se creía que el Estado debía ayudar a dejarla atrás. Desde la República Aristocrática estaba en curso un serio esfuerzo por castellanizar a la población rural a través de la escuela pública, imponiendo el ideal occidental y cristiano como base de la nacionalidad peruana.

El enemigo de Benavides era el APRA y la política social gubernamental estaba destinada a restarle bases en el movimiento popular. Pero no fue su único rival; como vimos, el fascismo criollo del PUR y el comunismo fueron también reprimidos. En los treinta, el retorno al poder de la oligarquía se saldó por la represión a todos los partidos políticos de masas; tuvo que mantener a raya a poderosos enemigos y la política social fue el complemento perfecto de la represión, porque la atemperaba haciéndola soportable.

4. El Partido Unión Revolucionaria

Antes de abandonar los años treinta y saltar dos décadas, conviene detenerse en la historia del Partido Unión Revolucionaria (PUR), que fuera fundado por el comandante Luis M. Sánchez Cerro para competir exitosamente en las elecciones de 1931.Como hemos visto, en aquellas elecciones su rival fue el APRA, al que calificó como una fuerza demagógica. El programa del PUR era mucho más vago y gaseoso que el bien fundamentado plan de gobierno del PAP, pero ya era un esbozo de los populismos de derecha que se definen a partir de los treinta.

La Unión Revolucionaria surgió de los clubes populares sanchecerristas que se habían conformado después del golpe contra Leguía. Estos clubes eran fruto de la admiración popular por Sánchez Cerro, quien encarnaba al soldado valiente que se había atrevido a enfrentar al temido Augusto B. Leguía, el objeto de todas las envidias. Estos

clubes habían surgido espontáneamente, pero habían sido canalizados por un núcleo que inmediatamente rodeó al caudillo, incluyendo en primer lugar a su propio hermano.

La formación de estos clubes y sus primeras jornadas políticas ocurrieron durante el corto exilio de Sánchez Cerro, cuando viajó a París por unos meses, después de ser obligado a dejar al poder en marzo de 1931. Al retornar en julio de ese mismo año, para la campaña que terminó en las elecciones de octubre, Sánchez Cerro transformó esos clubes en el PUR. Había formado el instrumento político que lo acompañó hasta la muerte y que luego derivó en el partido peruano auténticamente fascista.

Como sabemos, la campaña electoral de 1931 fue muy conflictiva. Los mítines callejeros eran frecuentes y daban pie a choques entre apristas y purristas. Ese clima ayudó a la transformación de los clubes originales en una fuerza organizada en forma vertical para el conflicto con sus rivales. La confrontación fue el elemento activo de la formación del PUR. Hasta su asesinato, Sánchez Cerro gobernó quince meses, que fueron los más violentos de la historia. Durante el gobierno de su líder, el PUR fue un instrumento de un poder con clara vocación totalitaria. Unas cartas publicadas por el acucioso historiador Tirso Molinari muestran la temprana admiración de Sánchez Cerro por Mussolini, entonces en la cúspide de su poder.

Pero en marzo de 1933 Sánchez Cerro fue asesinado y la situación política cambió dramáticamente. Tomó el poder el general Benavides, quien tomó un rumbo propio que alejó al PUR del gobierno. El conductor del partido era el abogado piurano Luis A. Flores, quien lo transformó en un movimiento definidamente fascista, formando las legiones de camisas negras que estructuraron un movimiento identificado con el totalitarismo europeo. En ese momento se produjo una ruptura del PUR y se retiró un nutrido grupo de parlamentarios, que se adhirieron a Benavides y le permitieron controlar el Congreso. Ese grupo parlamentario fue liderado por Clemente Revilla, quien formó un partido denominado Nacionalista, pero no formó bases y desapareció poco después.

Esa ruptura generó en el PUR un proceso acelerado hacia el fascismo y la adopción del totalitarismo como ideología, desarrollando la versión criolla del culto a la muerte y propiciando constantes romerías ante la tumba de Sánchez Cerro. En esta etapa del PUR es notoria la participación de la mujer en sus filas. Son numerosos los comités femeninos liderados por una joven activista ítalo-peruana llamada Yolanda Coco, quien condujo una sección femenina bastante nutrida.

Los líderes del PUR provenían de la clase media profesional y fueron escasos sus integrantes de clase alta y oligárquica; entre ellos destacó Raúl Ferrero Rebagliati, un prestigiado abogado y académico de la Universidad Católica. De cualquier forma, sus bases fueron definidamente populares. Sus comités estaban organizados en los barrios populares: el Rímac, Chacra Colorada, La Parada, etc. El fenómeno se repetía en provincias: Andahuaylas, Mollendo, Otuzco, etc. La ideología que difundió el PUR en este periodo incluía elementos abiertamente racistas, dirigidos contra los inmigrantes japoneses. Estos temas eran propios de los fascismos de los años treinta y la xenofobia era el rasgo en común; solo cambiaba la definición del otro, los judíos en Alemania y los nipones entre nosotros.

Como hemos visto, las elecciones de 1936 fueron anuladas por Benavides, que prolongó su mandato hasta 1939. Por su parte, el PUR había participado en la campaña de 1936 con gran entusiasmo y con reales posibilidades de ganarla, pero arribó en segundo puesto, detrás de Eguiguren. El PUR desaprobó con vehemencia la anulación de las elecciones y la prolongación del periodo presidencial. Incluso habría participado de una conspiración para derribar a Benavides ese mismo año y el gobierno alegó el complot para proceder a deportar a Flores a Chile. Durante los años posteriores, el PUR se fue desgranando; era evidente que su edad de oro era un asunto del pasado y que la derrota electoral de 1936 había marcado su declive.

Flores retornó al Perú recién en 1945 e intentó reorganizar a sus alicaídas bases partidarias. Sin embargo, ese año había terminado la Segunda Guerra Mundial con el triunfo de los aliados contra el eje nazi-fascista. Por ello, el prestigio de la ideología purrista estaba por

los suelos. Flores encontró que sus partidarios habían envejecido y sus ideas habían sido puestas de lado por los nuevos tiempos.

Sin embargo, Flores era tenaz y logró ganar una elección regional en Piura para reemplazar a un senador fallecido. Era el año 1947 y ejerció poco tiempo, porque vino el receso parlamentario y, al año siguiente, el golpe de Odría. Aunque apoyó el movimiento contra Bustamante, Flores estuvo entre los opositores a Odría durante las elecciones de 1950. Pero para aquel entonces el fascismo peruano había desaparecido. En su tiempo había sido uno de los partidos de ideología totalitaria más sólidos y orgánicos de América Latina. Sus ideas políticas habían envejecido y Flores no se atrevió a renovarlas.

5. El ascenso de Odría

Desde el golpe de Sánchez Cerro en 1930 hasta las elecciones de 1956, pasó un cuarto de siglo de gobiernos militares autoritarios. Por ello, el periodo fue calificado por Basadre como Tercer Militarismo, considerando que el primero surgió después de la Independencia y el segundo, luego de la derrota en la guerra con Chile. Este tercer militarismo habría nacido del conflicto entre la élite oligárquica y el populismo aprista, y constituyó el instrumento del triunfo de la derecha durante el periodo.

Sin embargo, en medio del tercer militarismo hubo una excepción: el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948). Aunque breve (solo duró tres años), fue el único régimen democrático en medio del ciclo autoritario. Se trató de una experiencia frustrada, atrapada por grandes enfrentamientos sociales que impidieron toda estabilidad. Al final, el gobierno Bustamante era percibido como impotente ante el desbarajuste nacional, que fue la justificación del retorno al autoritarismo militar, personificado en el general Manuel A. Odría.

Odría había nacido en Tarma y era un oficial egresado de la escuela de Chorrillos. Contaba en su haber la experiencia de la guerra con Ecuador de 1941: había participado en la batalla de Zarumilla, donde el Perú obtuvo la victoria. Había sido el jefe en la primera línea de fuego de las tropas que estuvieron al mando del general Eloy Ureta, ascendido a mariscal a continuación. Por ello, el prestigio de Odría se fundaba en una victoria militar. Después de una historia de innumerables derrotas, había surgido un militar ganador que se mostraba astuto en política. Su ingreso a los altos círculos del poder se produjo en medio de una crisis del gobierno de Bustamante.

Para aquel entonces, los ánimos estaban enconados y bullían violentas pasiones políticas. El bloque político que había llevado a Bustamante al poder se había fragmentado y el sistema de partidos corría al suicidio. La coalición Bustamante-APRA se había quebrado al comenzar el gobierno y, aunque luego se recompuso, quedó seriamente mellada. Por su parte, la oligarquía agroexportadora era tenaz enemiga del gobierno y pugnaba por derrocarlo. Su ariete era el diario *La Prensa*, dirigido por el empresario Francisco Graña Garland. La campaña periodística de este importante medio de prensa estaba dirigida contra el APRA, acusada de sectarismo y corrupción.

Comenzando el año 1947, Graña fue asesinado al salir de su empresa. Los asesinos fueron dos pistoleros que huyeron y se perdió su rastro. La mayor parte de los medios de prensa acusó al APRA de haber organizado el crimen. El diario *El Comercio* reprodujo extensamente las noticias del anterior homicidio cometido por el PAP, el asesinato de su director, Antonio Miró Quesada, en 1935. La gravedad de las noticias produjo un *shock* en la opinión pública y una crisis de gabinete, ya que renunció el Consejo de Ministros presidido por el doctor Julio Ernesto Portugal. En ese gabinete que fenecía había tres ministros apristas, uno de los cuales incluso ocupaba el cargo vital de ministro de Hacienda, el actual MEF. Ante la acusación al PAP de estar involucrado en un asesinato político, Bustamante consideró necesario nombrar un gabinete enteramente militar, liderado por el almirante José Alzamora.

Ahí ingresó Odría como ministro de Gobierno y Policía, actualmente Interior. En ese entonces era conocido por su postura antiaprista y su disposición a ejercer mano dura. Fue un agente activo en el proceso político judicial por el homicidio de Graña, al grado que años después apareció una copia del expediente completo en su archivo personal. En medio de una situación política muy tensa, se produjo una honda crisis durante las Fiestas Patrias de 1947, cuando el Congreso no pudo instalarse. Para aquel entonces, el Parlamento era el principal instrumento de poder del APRA, que había sido arrojada del Ejecutivo y estaba sometida a fuerte presión política y judicial. Por ello, se entendieron todas las fuerzas políticas no apristas para bloquear el funcionamiento del Legislativo. Esa alianza incluyó elementos completamente dispares. La labor de organización correspondió al líder conservador en el Senado, Héctor Boza, quien estaba afiliado al grupo formado por Beltrán, denominado Alianza Nacional. Boza articuló su grupo y convenció a los senadores de izquierda e independientes para boicotear la instalación de su cámara. Como el APRA carecía de quórum, el Senado quedó sin instalarse y, por consiguiente, se trabó toda la labor congresal. A ello se llamó el "receso parlamentario".

Como consecuencia, las normas legales empezaron a ser dictadas por el Consejo de Ministros, bajo la forma de decretos leyes. Ante esta situación, el PAP juzgó que Bustamante procedía como dictador y que había iniciado un régimen dictatorial encubierto. En ese contexto, el gabinete militar condujo una ruda campaña política contra el APRA, utilizando todos los resortes del Estado. Por su parte, la dirección aprista decidió preparar un movimiento que derrocara al gobierno. Esta conspiración fue detectada por Odría, quien presentó sus pruebas al primer ministro y, como resultado, el gabinete militar presionó a Bustamante para poner fuera de la ley al APRA.

Pero el presidente no quiso ilegalizar al PAP. Le pareció que era demasiado y que significaría gobernar como había criticado, reprimiendo a los partidos políticos que no eran aceptados por los militares. Esa decisión presidencial motivó la renuncia del gabinete militar en junio de 1948. A partir de ese momento, Odría empezó a

conspirar para golpear a Bustamante. En realidad, había dos complots en marcha, ambos con el propósito de tomar el poder violentamente, uno de los militares capitaneados por Odría y el segundo organizado por el APRA. La suerte de Bustamante estaba echada.

Por su parte, en las filas apristas tampoco había claridad. Haya manejaba dos planes alternativos. Por un lado, el líder aprista se reunía con algunos generales, que incluían, según se dice, al famoso general José del Carmen Marín, futuro creador del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), una institución crucial en el devenir del Ejército. La conjura del APRA con los generales apuntaba a un gobierno transitorio que convocara a elecciones, que Haya esperaba ganar con facilidad.

Por otro lado, paralelamente, el PAP había organizado un comando revolucionario, a cargo del mayor EP Víctor Villanueva, quien desarrolló una extensa carrera política e intelectual, primero como conspirador y luego como historiador de la política y del Ejército. El comando revolucionario formado por Villanueva había organizado células en todas las Fuerzas Armadas y, además, había organizado su propia fuerza de choque compuesta por civiles.

En determinado momento, los militantes apristas en las Fuerzas Armadas tomaron conciencia de que habían sido descubiertos por los servicios de inteligencia de sus institutos. Sabían que iban a ser detenidos en cualquier momento y decidieron levantarse. Por su parte, Haya seguía enredado en la conspiración con los generales y la dirección aprista no daba luz verde a la insurrección planeada por su comando revolucionario.

Por ello, las células apristas en las Fuerzas Armadas se autonomizaron de la dirección oficial del PAP y actuaron por su cuenta. Según relata uno de los oficiales sobrevivientes, el entonces teniente AP Juan Manuel Ontaneda, en la madrugada del 3 de octubre de 1948 los oficiales y marineros apristas tomaron los barcos y el arsenal naval en el Callao. A partir de ese momento, se desató un cruento combate, sobre todo en el Real Felipe, que fue capturado por la fuerza de choque civil aprista y reconquistado por el Ejército después de dura lucha. Los barcos rebeldes salieron a la bahía de Lima en procura de enfrentarse

a las guarniciones que permanecían leales a Bustamante. Un objetivo de la lucha fue el aeropuerto de la Fuerza Aérea en Las Palmas, puesto que la aviación no se había plegado al levantamiento, no obstante lo planeado. Tampoco lo hizo el Ejército y, finalmente, la insurrección fracasó. Las tropas leales aplastaron a los rebeldes, cuyo jefe, el comandante Enrique Águila Pardo, fue muerto a balazos.

Luego, Bustamante puso al APRA fuera de la ley y se inició una cacería de los cuadros dirigentes del partido. Estos se habían visto sorprendidos por el movimiento y no se habían plegado. Haya intentó que sus generales amigos dieran un golpe ese mismo día, pero se negaron, alegando que no podían sumarse a un movimiento iniciado por subalternos. Posteriormente, al entender que la insurrección estaba perdida, la dirigencia del PAP intentó salvar al partido, desmovilizando a su gente y procediendo a retornar a la clandestinidad. Esta decisión provocó muy amargas acusaciones de traición y un clima de intensas recriminaciones que dio origen al retiro de valiosos militantes. Como hemos relatado en el capítulo anterior, Haya tuvo que buscar asilo en la embajada de Colombia y se inició un largo litigio judicial con el Estado que llegó al Tribunal de La Haya.

Por su parte, Bustamante había quedado completamente aislado en la escena política. En ese contexto, la oligarquía liderada por Pedro Beltrán alentó al general Odría a protagonizar un golpe contra el gobierno, que se concretó el 27 de octubre de 1948, cuando Bustamante fue exiliado a Buenos Aires, motivando una célebre frase del poeta Martín Adán: "Hemos vuelto a la normalidad". Así, aludía sardónicamente a la repetición de dictaduras militares en el país.

6. El Ochenio

Durante dieciocho meses, el general Odría presidió una Junta de Gobierno que gobernó con inusitada mano dura. Para comenzar, promulgó el decreto supremo de Seguridad Interna de la República.

Esa norma era casi idéntica a la ley que había sido dictada por Sánchez Cerro autorizando la represión de todo aquel que fuera considerado subversivo a juicio del Ejecutivo. La norma promulgada por Odría era draconiana con el delito contra la organización y paz interna de la República, y nombraba jueces militares para conocer este tipo de crímenes. Las penas establecían deportación, penitenciaria e incluían la condena a muerte; se aplicaban a todo aquel que aplicara o difundiera teorías sectarias y disociadoras, como el comunismo y el aprismo.

El encargado de aplicar la Ley de Seguridad Interna fue el director de gobierno y luego ministro de Gobierno y Policía, Alejandro Esparza Zañartu, un personaje siniestro cuyo papel fue muy parecido al que cumplió luego Vladimiro Montesinos durante el gobierno de Alberto Fujimori. Esparza se alejó del gobierno en los meses finales del Ochenio porque un masivo movimiento social en Arequipa lo obligó a dimitir. Corría el año 1955 y desde entonces Esparza se opacó y logró pasar inadvertido varias décadas.

La Junta de Gobierno de Odría adoptó una postura represiva en todos los terrenos, incluyendo el plano laboral. Sin embargo, en este sector, Odría comenzó a dar muestra de su clientelismo de derecha. Por un lado, la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), de orientación aprista, fue proscrita y sus líderes, duramente perseguidos. La misma suerte corrieron los dirigentes comunistas, a excepción de unos cuantos que defeccionaron y pasaron a trabajar con el gobierno, como el conocido dirigente de choferes Juan P. Luna, quien había sido el parlamentario de izquierdas y posteriormente colaboró con el Ochenio.

Por su parte, Odría decretó varias normas favorables a los trabajadores. Entre otras, la participación de empleados y obreros en el 30% de la ganancia de cada empresa. Al fundamentar esta norma, el gobierno sostuvo que ella terminaba con la lucha de clases, porque dueños y trabajadores pasaban a ser socios. Asimismo, Odría concedió el salario dominical y otros beneficios. Más adelante, el gobierno creó el Ministerio de Trabajo, para intentar dirimir conflictos entre capital y trabajo desde el Estado.

Este despliegue de medidas populistas animó a Odría a perpetuarse en el poder, buscando legitimarse mediante un proceso electoral manipulado, para acceder a la primera magistratura por vía constitucional. Con ese plan en mente, Odría convocó a elecciones generales para elegir fórmula presidencial y Congreso. No serían elecciones libres sino dirigidas; fueron convocadas para el 2 de julio de 1950.

Hasta ese momento, el gobierno había sido respaldado por la oligarquía organizada políticamente en la Alianza Nacional, fundada en 1947 y liderada por Pedro Beltrán, director y propietario del diario *La Prensa*, quien había sucedido al asesinado Francisco Graña. Beltrán esperaba que Odría entregara el poder a través de elecciones y no que permaneciera al mando legalizando su dictadura. Por ello, *La Prensa* desarrolló una tenaz campaña exigiendo elecciones limpias y la derogatoria de las leyes represivas que impedían hacer propaganda en condiciones parejas.

De este modo, se produjo un enfrentamiento en el seno de las derechas, alrededor de la permanencia del presidente en el poder. No obstante, en el terreno económico el entendimiento oligarquía-Odría había funcionado sin contratiempos. Beltrán había sido nombrado presidente del BCR y todas las leyes controlistas de Bustamante habían sido derogadas, para dar paso a normas liberales y de pleno dominio del mercado. Odría había invitado a una misión económica internacional presidida por el economista norteamericano Julius Klein, que realizó recomendaciones librecambistas cumplidas a rajatabla. De este modo, en este terreno no hubo desavenencias.

Así, las contradicciones en las derechas fueron estrictamente políticas. Odría reaccionó con rudeza ante la campaña de *La Prensa* y apresó a Eudocio Ravines, quien era hábil periodista y personalidad muy controvertida, porque había sido secretario general del PCP, expulsado después de una larga carrera como hombre fuerte de la Internacional Comunista en Chile y el Perú. Tras esa experiencia, Ravines pasó a trabajar con la oligarquía a través de Beltrán y terminó como agente de los servicios secretos de Estados Unidos. Por ello, Odría no le tuvo consideración e inmediatamente lo deportó.

Este hecho motivó la renuncia de Beltrán al BCR y su paso a la oposición. Desde entonces, Odría acentuó su perfil asistencialista y las relaciones clientelistas fueron la marca determinante de su actuación pública. Se había despojado del liberalismo a ultranza.

Como vimos, esta evolución fue paralela a una amplia política librecambista en el dominio de la economía política. En ese terreno, Odría promulgó leyes muy favorables para la inversión extranjera en minería y petróleo, al conceder estabilidad tributaria por veinticinco años. Estas leyes efectivamente promovieron una nueva ola de inversiones foráneas en minería, pues de esta época provienen las bases de Toquepala, Marcona, Quellaveco y Cuajone, que se concretaron en años posteriores.

Convocadas las elecciones de 1950, Odría continuó ejerciendo la presidencia, a la vez que se presentaba como candidato. Solo se alejó de Palacio un mes antes de los comicios y dejó en el Poder Ejecutivo a su compadre, el general Zenón Noriega, quien en ese momento era hombre de suma confianza, aunque luego intentó levantarse. Pero ello ocurrirá años después. Por ahora, eran un tándem: Noriega quedó de presidente y Odría hizo campaña.

El gobierno se deshizo del único candidato que realmente lo puso en apuros, el general Ernesto Montagne, también un oficial profesional egresado de la escuela de Chorrillos. Posteriormente había incursionado en política y acompañado en diversos ministerios y otros cargos a los gobiernos de Sánchez Cerro y Benavides.

En 1950, Montagne carecía de partido político propio y fue apoyado por una amplia coalición de opositores, que incluía tanto al PUR como al APRA. Por ello, el gobierno no lo toleró. Pocos días después de la "bajada al llano" de Odría, Montagne fue detenido y deportado. Fue acusado de haber promovido un movimiento huelguístico de Arequipa, que realmente se había producido, aunque sin su participación.

En efecto, a mediados de junio de 1950, en Arequipa se produjo un movimiento social de envergadura. Los acontecimientos habían comenzado por una huelga de los estudiantes del Colegio Independencia Americana, que fue reprimida con excesiva rudeza por el

prefecto Daniel Meza Cuadra. Como hubo ensañamiento, que se saldó con dos muertos, se produjo un levantamiento popular masivo que tomó la ciudad. Las campanas de la catedral llamaron al pueblo, y la ciudadanía ocupó la plaza y tomó control de Arequipa.

El gobierno recuperó el orden, pero después de una batalla campal que costó varias decenas de fallecidos y un extendido clima insurreccional que fue liderado por el caudillo liberal arequipeño Francisco Mostajo. La represión contra el movimiento de Arequipa provocó diversas muestras de solidaridad con la Ciudad Blanca. Entre ellas se contaba la protesta pública de Montagne; ese fue el pretexto para exiliarlo. Así, Odría fue candidato único en unas elecciones consideradas fraudulentas, en las cuales oficialmente obtuvo el 80% de la votación. Su lema fue "Salud, educación y trabajo", que pasó a ser el emblema del gobierno que se inició ese 28 de julio y se prolongó hasta 1956.

Ahora bien, interesa subrayar la política social de Odría; además del tema laboral ya reseñado, sus componentes principales reposaron en los tres ejes de su lema. Con respecto a salud, en este periodo se aprobó el seguro social del empleado y se construyó el hospital del empleado en la avenida Salaverry de Lima. Asimismo, se construyeron otros hospitales en provincias, incluyendo uno gigantesco en Tarma. Así, el gobierno montó un sistema que protegía al empleado, tanto al particular como al estatal.

Ese sistema de seguridad social para el empleado completaba al previamente constituido para el obrero, obra de Benavides. De este modo, tanto el empleado como el obrero quedaron protegidos por un sistema de seguridad que los diferenciaba de los menesterosos que acudían a los hospitales públicos. Asimismo, cabe resaltar que, en otros países, este sistema de seguridad social es una de las claves del denominado Estado del bienestar, mientras que entre nosotros fue una creación de gobiernos autoritarios, clientelistas de derecha liberal.

Otro punto de la política social fue el tema educativo. La Junta de Gobierno había creado el Fondo de Educación Nacional, tras reunir varios tributos y así financiar una gigantesca obra de infraestructura de colegios, las famosas grandes unidades escolares,

construidas principalmente en Lima, pero también en diversas regiones. La cobertura educativa se amplió y la educación secundaria mereció especial atención del gobierno. Si la primaria había sido prioridad de Benavides, Odría hizo lo mismo con la secundaria. Asimismo, Odría construyó la entonces Escuela de Educación de La Cantuta, que buscó profesionalizar la carrera magisterial al dotarla de un centro educativo de alto nivel de formación.

La tercera medida clave de Odría fue la construcción de numerosas unidades vecinales, que buscaban atender las necesidades de vivienda de sectores populares. Durante los cincuenta comenzó la gran migración rural sobre la costa y principalmente en dirección a Lima. Esos migrantes eran campesinos pobres que llegaban a la ciudad en busca de trabajo. Sin embargo, no había empleo en la medida de lo necesario y se generó una gran cantidad de personas marginadas por el sistema.

El gobierno careció de un plan integral para urbanizar las zonas eriazas donde se asentaron las barriadas. Inicialmente, estas se formaron en los cerros y arenales que rodeaban a la capital. Por su parte, Odría se comportó en forma clientelista, intercambiando pequeñas obras de impacto local por lealtad política. Así, con un paternalismo simple, Odría se hizo de un capital entre los sectores populares limeños. Un caso paradigmático de su influencia fue la barriada 27 de Octubre, que posteriormente se transformó en San Martín de Porres.

En toda esta obra social, Odría contó con el importante apoyo de su esposa, la señora María Delgado, quien provenía de provincias y carecía de recursos, educación esmerada y contactos en la capital. A lo largo de su carrera, María Delgado proyectó una imagen humilde y solidaria con las clases subalternas. Ella formó en 1951 el centro de asistencia social que llevaba su nombre y desde ese espacio realizó una serie de iniciativas de ayuda a la población desvalida. Su modelo político provenía de Argentina, donde realizó un viaje precisamente para conocer la experiencia de su mentora, Eva Perón.

Más adelante, en 1955, el gobierno promulgó la ley que concedió el voto a la mujer, que se convirtió en su mayor contribución a

la creación de un Estado democrático en el Perú. De alguna manera, esa iniciativa prolongaba la intensa participación de María Delgado en política, haciendo pareja con su marido, el general-presidente. Por su parte, el país no era un adelantado en la concesión del voto a la mujer. Cuando el Perú aceptó la ciudadanía femenina era el penúltimo país sudamericano en hacerlo. Ya era tarde y Odría entendió que si no concedía ese derecho, el siguiente presidente lo haría. Prefirió llevarse el mérito y, como consecuencia, las mujeres votaron por primera vez en las elecciones de 1956 para elegir a su sucesor.

Hacia el final del gobierno se hizo evidente el descontento con el autoritarismo y la corrupción que exhibía el sistema político. En algún momento el malestar llegó a los cuarteles, que habían sido coto de caza cerrado del general Odría. La primera situación crítica fue protagonizada por el ministro de Guerra, Zenón Noriega, quien, como vimos, era compadre de Odría y había sido su fiel escudero. Los servicios de inteligencia habrían detectado los preparativos sediciosos de Noriega y el gobierno pudo detenerlo antes que consumara su levantamiento. Fue deportado y el asunto impactó profundamente en la opinión pública, puesto que contenía un elemento misterioso: cómo su compadre se había rebelado contra Odría. Había algo inocultable: la cúpula gobernante había entrado en crisis. En este tipo de gobiernos autoritarios, toda ruptura en las alturas presagia aperturas democráticas.

Posteriormente, hubo un segundo movimiento militar, aún más complejo que el anterior. El general Marcial Merino sublevó a la guarnición de Iquitos, cuya ubicación en la selva implicó el aislamiento de los rebeldes, que no lograron extender su movimiento a escala nacional. Por ello, la sublevación fue debelada sin derramamiento de sangre y sin represalias, lo cual ha llevado a interpretaciones que niegan el verdadero carácter antigobiernista de Merino. Por el contrario, alguna vez se ha sostenido que este movimiento fue cercano a Odría. Sea como fuere, el caso es que el presidente entendió que la cercanía del término legal de su gobierno lo obligaba a desarrollar una transición.

En un primer momento, Odría pensó en una apertura muy limitada, buscando conservar en sus manos los resortes del poder. Pero encontró un conjunto de opositores que le exigieron la derogatoria de la ley de seguridad interior y el retorno de los exiliados. Esa oposición fue muy variada y en realidad fue fruto de esfuerzos de distintas fuerzas que no actuaron coordinadamente.

Por su parte, Beltrán alentó una alianza opositora denominada Coalición Nacional, que intencionalmente adoptó el mismo nombre que había tenido el entendimiento entre civilistas y demócratas contra Cáceres en la guerra civil de 1895. La Coalición Nacional de los cincuenta estuvo capitaneada por Pedro Roselló, un empresario entusiasta e ingenuo en política. La campaña de la Coalición Nacional fue rudamente combatida por Odría, pero finalmente le hizo ver que su plan de una transición controlada era imposible y que tenía que soltar las cuerdas.

Para aquel entonces habían empezado a regresar en forma clandestina algunos dirigentes apristas que estaban en el exilio. Entre ellos se encontraba Ramiro Prialé, que en ausencia de Haya asumió la conducción del partido. También había regresado Armando Villanueva, un organizador nato que iba a levantar los comités del partido. Ambos colaboraron eficientemente en la rápida reconstrucción de la maquinaria aprista. Las persecuciones políticas habían fortalecido la moral combativa del PAP en lugar de destruirla. La transición empezaba a ponerse caliente.

La elección de 1956 es crucial en la historia política del Perú. Se formaron nuevos partidos reformistas, principalmente Acción Popular y la Democracia Cristiana (DC), que estaban destinados a una larga vigencia como fuerzas principales del centro político en el país. Asimismo, votaron por primera vez las mujeres, por lo que el padrón electoral prácticamente se duplicó, dando su mayor salto hacia la universalización del voto (aún faltaban los analfabetos, que recién votaron en 1980). Por esos motivos, este proceso electoral fue definitorio y marcó al Perú de las siguientes décadas.

Otra variable clave de este proceso fue el desplazamiento del APRA a la derecha, debido a su pacto con Prado, en la denominada

"convivencia". Hemos analizado este proceso en el capítulo anterior, pero quisiéramos resaltar una de sus consecuencias. Los nuevos partidos reformistas de clase media, como AP y la DC, ocuparon un espacio a la izquierda del PAP. No obstante ser partidos del sistema y no revolucionarios, su prédica se halló a la izquierda del PAP y encontró un amplio público que esperaba reformas sociales sin hallar alternativas de los políticos tradicionales.

7. María Delgado y la escena política

La carrera política de María Delgado guarda alguna semejanza con la trayectoria de Keiko Fujimori. En efecto, se parecen, pero no como dos gotas de agua. Como veremos, ciertos elementos de sus carreras permiten trazar un paralelo, aunque otras características las distancian. En nuestra interpretación, Benavides y Odría son antecedentes de Alberto Fujimori, así como la señora María Delgado anuncia a Keiko. Resulta que ambas son mujeres cuyo perfil público se construyó en función del gobierno autoritario de sus respectivos parientes; asimismo, la señora María en algún momento ensayó prolongar la carrera política de su marido y ahora mismo Keiko está tratando de llegar al poder como la segunda generación del fujimorismo. Como Keiko es hija y no esposa, el tema generacional las separa radicalmente. Además, María Delgado no era profesional, mientras que Keiko goza de una esmerada educación superior cuya financiación ha sido altamente controvertida.

María Delgado había nacido en Condesuyos, carecía de mayor formación y no provenía de la élite. Era provinciana y andina; por ello, el pueblo llano entendió que su compromiso con el desvalido era sincero y auténtico. La historiadora Margarita Guerra ha resaltado su sencillez y compromiso con los pobres. Además, relata que prefería evadir una excesiva notoriedad y sobre todo rehuía la exposición ante medios de prensa. Pero tampoco era anónima ni mucho

menos. De hecho, su carrera política fue de largo aliento y parece cuidadosamente planeada. La tesis universitaria de Karen Paulsen indaga sobre su participación en la concesión del voto a la mujer, porque de alguna forma fue beneficiaria directa al haber sido candidata a un puesto de elección pública. Aunque María Delgado era de perfil bajo, Paulsen deja claro que participó de una temprana sociedad conyugal en el poder, mostrando antecedentes del caso Nadine Heredia.

María Delgado era heredera de una tradición filantrópica que había sido practicada también por Francisca Benavides, esposa del presidente Benavides. En un sentido semejante, ambas practicaron una política social de raigambre católica tradicional. Era parte de las costumbres: mientras los hombres poderosos estaban en las oficinas, las mujeres de élite practicaban obras de asistencia acompañando a la Iglesia católica. Pero Francisca Benavides fue olvidada, mientras que María Delgado permanece en el recuerdo. Esa diferencia se explica por la calidez y sinceridad de la señora Delgado. Era muy hábil generando el lazo clientelista.

La filantropía practicada por Delgado era altamente política, puesto que permitía cimentar un gobierno cuyas características dictatoriales le restaban popularidad. Así, el asistencialismo de su esposa permitió que Odría tuviera mayor aceptación. Por su lado, el clientelismo ayudó a la pareja presidencial a proyectar sus carreras en el tiempo, ya que él postuló dos veces más a la presidencia de la República y ella en una oportunidad a la municipalidad provincial de Lima. Ninguno ganó estas elecciones, pero ambos fueron candidatos fuertes, cuyo respaldo se halló entre los sectores barriales. Ese sostén era basado en el clientelismo de derecha, clave en la participación política de María Delgado.

No obstante las desavenencias personales, la sociedad política conyugal de los Odría era bastante sólida. Por su parte, el general Odría aportaba dos atributos: era un hombre fuerte, capaz de enfrentar a sus rivales y claro en su compromiso con la doctrina liberal en materia económica. Gracias a ello, tenía buena llegada ante el grueso de la oligarquía. Pero este sector hubiera sido insuficiente sin

el aporte de María Delgado. Antes que primera dama, quiso ser la madre de las personas de pueblo, tras formar el nexo que vinculaba a su marido con sus bases sociales. Para emplear un concepto de Julio Cotler, María Delgado era clave en la conformación del triángulo sin base. Ella aportaba el vínculo vertical, conectando a los de abajo con Palacio.

Luego de abandonar el poder, el general y su esposa radicaron en el extranjero, hasta que él decidió presentarse como candidato en las siguientes elecciones presidenciales. Antes de retornar, Odría envió a su esposa para tantear las aguas e informarle si la proyectada candidatura obtendría un respaldo suficiente. Así, Delgado fue correo y animadora principal de la carrera del general. Después que su marido perdiera dos veces la presidencia, en 1963 ella fue candidata a la municipalidad de Lima. Su campaña fue muy peculiar, porque se realizó en coalición con su antiguo enemigo mortal, el Partido Aprista Peruano. En efecto, ambas agrupaciones políticas habían conformado una coalición en el Congreso para oponerse al primer gobierno de Fernando Belaunde. Proyectaron ese entendimiento a la competencia electoral y se presentaron juntos por primera vez a las elecciones municipales de 1963.

Durante esa campaña, María Delgado atravesó diversas situaciones incómodas que hubieran desanimado a cualquiera. La coalición con el APRA era firme y nunca estuvo en peligro. Pero eran dos fuerzas que se habían combatido con ardor pocos años atrás. Por ello, se sucedían situaciones emocionales complicadas, que llegaron al máximo cuando María Delgado visitó el local central del PAP en Alfonso Ugarte, donde las mujeres apristas la recibieron en silencio y con pesar. Sin embargo, el discurso de María Delgado fue seco y cordial, pues era gentil aunque mala oradora. Esa fue una de las razones para su derrota electoral ante Luis Bedoya, que competía por la alianza de gobierno AP-DC y que obtuvo finalmente la victoria por 49 a 44%.

Durante la campaña, el discurso de María Delgado volvía constantemente al gobierno del Ochenio. El mensaje era una reminiscencia de la obra populista de Odría, e incluso emprendió la lucha por los votos en las barriadas, donde el mensaje planteaba el retorno a

los tiempos supuestamente felices de la filantropía política. Fue una campaña donde el tema democrático y participativo estuvo completamente ausente. El punto fuerte fue el paternalismo benevolente que asumía de manera natural que los sectores populares eran subalternos y beneficiarios de una ayuda pensada para ellos. Los identificaba con ella misma.

El único punto político que desarrolló en forma sistemática fue el anticomunismo. Esta postura unía a Odría con Haya, ambos comprometidos con el mundo libre en el contexto de la Guerra Fría. Con ello insinuaba que Belaunde era complaciente con las izquierdas y marcaba el terreno donde se ubicaba su candidatura. Esta campaña ha sido estudiada últimamente por la tesis universitaria de José Chávez, quien relata minuciosamente sus episodios, precisa las cifras electorales y demuestra el arraigo odriísta en el electorado barrial. Para ello, María Delgado tuvo que renovar el discurso clientelista recordando constantemente las obras de su marido. Recordaba para prolongar.

La postulación de María Delgado a la Municipalidad de Lima proyectó la presencia electoral de su esposo y mentor. Por ello, su carrera anuncia a Keiko Fujimori, que igualmente ha continuado con el movimiento político generado por su padre. Sin embargo, la pertenencia de Keiko a otra generación le ha permitido ensayar una nueva etapa y no solo una prolongación del fujimorismo. Esa opción nunca estuvo a la mano de María Delgado. Lo suyo fue limitado y, aunque tuvo una marcada personalidad propia, careció de carrera independiente.

No obstante su importancia, María Delgado fue subordinada a su marido. No actuó a nombre personal, sino como pieza del proyecto político del general. En más de una ocasión actuó como eficiente colaboradora, pero sin autonomía. El grado de subordinación de María Delgado al general Odría era considerable y corresponde a la costumbre peruana de esa época, sumamente machista y vertical. Por ello, queda claro que ahí reside el verdadero reto de Keiko Fujimori, la autonomía con respecto a su padre, que podría convertirla en la primera presidenta del Perú.

8. La campaña de 1990

Las elecciones de 1990 han sido las más sorprendentes de la historia reciente. El Perú llegó a ellas en condiciones muy delicadas; su condición era cercana al paciente moribundo. En los años anteriores se habían profundizado una serie de crisis que habían estallado en forma simultánea. Por un lado, la guerra senderista, que había llegado a un grado de violencia que estaba desmantelando las frágiles estructuras sociales. La violencia estaba acompañada, por otro lado, por la más grave de las crisis económicas del último siglo. La hiperinflación había batido todos los récords y las cifras del desastre económico alcanzaban récords mundiales. Grandes sectores populares se habían sumergido en la miseria y se había extendido una hambruna por todo el país. Estos dos grandes procesos se potenciaban con un tercero: el desprestigio de los políticos, percibidos por la opinión pública como corruptos e ineficientes. La crítica popular estaba dirigida al sistema de partidos en su conjunto y ninguno se salvaba. Así, la ciudadanía estaba en un particular estado de ánimo, bastante asustada, contrariada y decepcionada de la oferta política; por ello, estaba en busca de sorpresas y soluciones arriesgadas que brindaran esperanza de sacar al país de una situación percibida como desesperada.

Sin embargo, había un claro favorito para ganar la justa electoral: el afamado escritor Mario Vargas Llosa. Esa situación se remontaba a dos años atrás. En las Fiestas Patrias de 1987, el presidente García había anunciado la expropiación de la banca privada. Contra lo que esperaba, la reacción no fue de entusiasmo, sino de amplio rechazo. La ciudadanía tenía mala experiencia con las empresas públicas y estaba en contra de una nueva estatización, menos aún de un sector clave como el financiero. Se sucedieron entonces una serie de mítines de protesta contra la medida de García. Esas manifestaciones sacaron a la palestra a Vargas Llosa, que aún no había ganado el Premio Nobel, pero que ya era una de las figuras culturales más conocidas del país.

Así, el escritor se convirtió en una personalidad política y gozó de inmensa popularidad. Pero solo era aceptado plenamente en determinados sectores sociales. En realidad, era un ídolo en las clases altas y medias, especialmente urbanas, y sobre todo limeñas. En contraparte, era mirado con lejanía por los sectores populares propiamente dichos, así como por las regiones del interior. Menos aún en medios rurales, donde era percibido como un individuo de otro planeta. Su fama de escritor lo hacía conocido, pero representante de una ajena cultura literaria. Esa desconfianza se alimentaba de la distancia que separa a los grupos sociales en el país. Además, en el contexto de aguda crisis, la fragmentación se había acentuado. Por ello, ser un referente para determinado sector social era razón para ser visto con reticencia por el otro. Pese a todo, pudo haber ganado y si perdió fue por defectos de su campaña: sus errores lo llevaron a la derrota.

Vargas Llosa reunió en un solo frente de derecha a dos antiguos partidos que habían cogobernado durante la primera parte de los ochenta. Eran Acción Popular y el Partido Popular Cristiano. Cada uno tenía su historia: eran formaciones políticas democráticas, una inclinada a la centroizquierda y la otra a la centroderecha. Pero hacía muy poco habían fracasado como gobierno y la ciudadanía guardaba un sabor amargo de su *performance*. Por ello, apenas Vargas Llosa se vio rodeado por políticos tradicionales, cayó su popularidad. Aún seguía entusiasmando a los suyos y aparecía primero en las encuestas, pero con respecto a su aceptación, había una brecha en la sociedad que Vargas Llosa no percibió, porque efectivamente no es un político y carece de finura para medir la temperatura popular.

A continuación, el escritor cometió el segundo error que facilitó su derrota. El sistema electoral peruano incluye la elección preferencial de los candidatos al Congreso. Ello significa que, en la cédula de votación, el elector marca por un partido y tiene dos casilleros para elegir a dos candidatos individuales al Congreso. De ese modo, los electores rehacen la lista original que ha presentado un partido. Un congresista que ha sido colocado en el último puesto puede acabar primero y entrar al Congreso dejando atrás a otro candidato de su mismo partido que ha ocupado el primer lugar.

El procedimiento parece muy democrático y obviamente tiene algunos atractivos, pero también inmensos defectos. Para empezar, introduce una intensa competencia entre los integrantes del mismo grupo político, puesto que cada candidato individual al Congreso tiene que hacerse conocido ante los electores y exhibir alguna diferencia con sus compañeros. Así, esta norma introduce la competencia en las filas de un partido, cuando este en plena campaña electoral debería estar unido ante sus rivales. Por el contrario, la legislación peruana hace que cada candidato al Congreso tenga sus rivales dentro de su partido y no en los candidatos de otras agrupaciones.

Cuando la coalición de Vargas Llosa enfrentó el voto preferencial, se generó una situación que espantó a los electores. Sus candidatos al Congreso invirtieron mucho dinero en propaganda por TV, radio, afiches y paneles. El gasto fue gigante y contraproducente, porque se vivía una profunda crisis que había generado miseria en los sectores populares. Por ello, parte de la ciudadanía vio en este gasto una ofensa, al exhibir riqueza ante el hambriento. Esta situación confirmó una vieja ley de la política. No importa tanto la distancia social efectiva como la percibida. El menosprecio y la vanidad suelen ser fatales, porque la gente utiliza su voto para castigar al arrogante. De este modo, los sectores populares dejaron de considerar a Vargas Llosa como opción y empezaron a buscar una alternativa, que acabó siendo Fujimori.

9. El Plan Verde

Como vimos, el primer gobierno de García acabó en un gran desorden, lo que llevó al alto mando del Ejército a formular un plan para un eventual golpe militar. En efecto, la hiperinflación y el terrorismo habían carcomido las bases del Estado. Asimismo, una elevada corrupción paralizaba la acción pública. En medio del caos, el Ejército entendió que quizá tendría que tomar el poder. Y en ese caso, ¿qué

medidas adoptaría? Ante esa cuestión, diseñó dos instrumentos: una reforma económica neoliberal y mano dura política para derrotar a Sendero. Pero no se concretó el golpe, García logró sobrepasar el temporal y se llevaron adelante las elecciones, con el triunfo de Fujimori. Ese documento militar fue publicado años después por la revista *Oiga*, con el título de Plan Verde.

La ausencia de experiencia política del presidente permitió su absorción por los generales. Después de la segunda vuelta, siendo presidente electo, Fujimori fue a vivir al Círculo Militar, donde los militares se subordinaron y le pidieron que aplicara las ideas contenidas en el Plan Verde. Así, ganó sus primeros aliados, que serían claves para la estabilidad de su régimen.

Además, Fujimori reclutó en ese momento a su principal operador: Vladimiro Montesinos. Su asociación se fundó en la habilidad de Montesinos para esconder un problema tributario del entonces candidato. A partir de ese encuentro, operaron juntos en política, puesto que Fujimori le encargó el trabajo a ser realizado en la sombra. Eran parte del mismo equipo y lo serían hasta la crisis final del año 2000. Desde entonces, Montesinos operó en tanto hombre de confianza del presidente y ocupó el verdadero poder en los servicios de inteligencia. Incluso, logró manejar los ascensos y las remociones del personal militar, y colocó a Nicolás Hermoza como comandante general del Ejército. De esta forma, manejaron las Fuerzas Armadas como quisieron.

Antes de asumir el poder, siendo presidente electo, Alberto Fujimori efectuó un viaje a Estados Unidos y luego al Japón. Durante las numerosas reuniones que sostuvo, el presidente fue convencido de la necesidad del ajuste neoliberal. Los representantes de los organismos internacionales de crédito expusieron las condiciones para reinsertar al Perú en la comunidad financiera internacional, de la cual había sido proscrito debido a iniciativas de reducción de pagos, adoptadas por Alan García. Del mismo modo, en el transcurso de ese viaje iniciático, Fujimori encontró un equipo de profesionales que lo acompañaron en puestos claves para la conducción económica.

En efecto, había llegado la hora del neoliberalismo, que le otorgó credibilidad a Alberto Fujimori, puesto que constituía una propuesta integral para sacar al país del caos que estaba viviendo. No se detenía en soluciones coyunturales, sino que pretendía transformar de raíz al Estado peruano, definido como enorme, pesado e ineficiente. Era considerado fuente de los males porque interrumpía el libre desenvolvimiento del mercado. Fujimori asumió el llamado Consenso de Washington, que fundamentaba la globalización a escala internacional. De ese modo, el presidente halló una ideología que le permitió conducir el país.

Al comenzar el gobierno, el primer ministro Juan Carlos Hurtado Miller se encargó de aplicar el ajuste estructural de la economía peruana, que se encontraba al borde del desplome. Hurtado no tuvo mayor cuidado por los efectos de sus medidas en la economía popular. Lo suyo fue un golpe drástico, aplicado sin la anestesia de programas sociales. Se desató una inmensa alza de precios, paralela a la liberación del mercado. Era el *shock* que Vargas Llosa había prometido y Fujimori negado.

No obstante la radicalidad de la medida, la población la recibió con calma. La hiperinflación había preparado el camino y la ciudadanía carecía de fuerza para resistir. A lo largo de los ochenta las diversas crisis habían minado la resistencia de los trabajadores. La misma guerra interna había costado gran cantidad de bajas entre los dirigentes civiles. Ello provocó que los movimientos sociales perdieran centralidad y que el espacio político quedara libre para la iniciativa gubernamental de aplicar un tremendo ajuste. Como consecuencia, entre 1990 y 1992, los ingresos de los trabajadores se redujeron en 33% y casi un millón de personas perdieron su empleo.

Hurtado duró solo siete meses. Luego Fujimori formó un nuevo gabinete, en el cual el MEF quedó encargado al economista Carlos Boloña, quien era un tecnócrata decidido a ejecutar la reforma neoliberal. Su gestión fue controvertida porque no dejaba sus negocios privados, y entonces Fujimori necesitó alguien representativo del sector empresarial. Por ello, en los primeros días de 1993, el ingeniero Jorge Camet fue nombrado ministro de Economía y Finanzas.

Permaneció en ese cargo crucial durante más de cinco años. Un récord para el Perú.

Camet era un empresario de la construcción que había desarrollado una exitosa carrera como dirigente gremial. Gracias a ella, había sido presidente de la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (Confiep). Desde esa posición, tejió relaciones con el nuevo gobierno y fue nombrado ministro de Industria y luego de Economía. Esa posición fue fundamental en las privatizaciones, el proceso decisivo del gobierno de los noventa en materia económica, que rediseñó de forma radical al Estado peruano. Desapareció el Estado empresario con afanes redistributivos. La herencia de Velasco se esfumó y el Perú completó una de sus clásicos movimientos pendulares, que en este caso había tardado dos décadas. Con Fujimori, se impuso el Estado neoliberal regulador y subsidiario del mercado.

Durante los noventa se privatizaron 220 empresas estatales por un valor superior a los once mil millones de dólares. En términos generales, los recursos provenientes de la privatización fueron empleados en tres operaciones distintas. Una primera consistió en capitalizar fondos previsionales para asegurar pensiones de distintos sectores de la población. Un segundo monto fue empleado en numerosos programas sociales destinados a aliviar a los más pobres del país. El tercer uso fue para compras muy cuestionadas, que muchas veces dieron pie a corrupción.

La privatización fue un proceso largo, que comprendió los dos periodos de gobierno de Fujimori. Un momento crucial de su implementación fue el autogolpe del 5 de abril de 1992. Esa interrupción de la vida democrática se concretó después de un largo periodo de enfrentamientos entre Ejecutivo y Legislativo, no obstante que este último se hallaba liderado por el PPC, cuya orientación política garantizaba el apoyo para el programa económico. Pero Fujimori quería libertad para proceder a su real arbitrio. Así, condujo varias campañas para posicionar al Ejecutivo como única fuerza sana de un cuerpo político enfermo, inútil y corrupto.

Los organizadores del golpe prepararon cuidadosamente su estrategia, pero no controlaron la variable internacional. Se encontraron

con el rechazo de la comunidad de países latinoamericanos y del mismo gobierno de Estados Unidos. Tanto el sistema representativo parlamentario como los derechos humanos eran importantes para el gigante del Norte. Ya habían pasado la Guerra Fría, cuando el alineamiento internacional justificaba dictaduras. Precisamente acababa de caer la Unión Soviética y en teoría había llegado el triunfo del mundo libre, que no podía interrumpirse por un golpe en un pequeño país de Sudamérica. Por ello, el autogolpe de 1992 tuvo dificultades para asentarse en la escena internacional. La solución a las presiones externas fue convocar a elecciones para una Asamblea Constituyente, que funcionó durante 1993. De este modo, Fujimori cumplió las condiciones impuestas por la Organización de Estados Americanos (OEA).

De acuerdo con el politólogo Martín Tanaka, el apoyo a Fujimori se debía a la estabilización de la economía, que significaba eficiencia ante un problema percibido como crucial. En el primer semestre de 1991, por ejemplo, la inflación mensual bajó a 7% mensual, y en la segunda parte del año se redujo a un promedio de 3% Ello tuvo un claro correlato sobre el nivel de aprobación presidencial, que pasó de 38% al comenzar 1991 a 53% en 1992.

Fujimori llamó a elegir un Congreso que redactaría una nueva Constitución y luego seguiría como Congreso ordinario hasta 1995. Las elecciones se llevaron a cabo en noviembre de 1992 y resultó favorecida la lista oficialista con 44 de 80 escaños. Varios partidos políticos, como el APRA, Acción Popular e Izquierda Unida, se negaron a participar, sosteniendo que era facilitar el autoritarismo del mandatario. El CCD proporcionó las credenciales democráticas que buscaba el presidente para imponer sus políticas. Este organismo fue conducido por el ingeniero Jaime Yoshiyama y redactó la nueva Constitución entre enero y setiembre de 1993. El 31 de octubre fue sometida a referéndum. Los resultados fueron inesperadamente reñidos: 52% para el "sí" y 48% para el "no".

Una innovación crucial en la Constitución de 1993 fue la eliminación del Congreso bicameral, compuesto por la Cámara de Diputados y de Senadores. A partir de entonces, el Congreso es

unicameral. En ese momento, además, el Parlamento era electo por un distrito electoral único, lo que aumentaba dramáticamente el peso del centro limeño en el Congreso nacional. Este centralismo también se expresaba a través de la eliminación de los gobiernos regionales y la consiguiente concentración del poder local en el Ejecutivo.

Otra significativa innovación de la Constitución de 1993 es la organización del Tribunal Constitucional, órgano destinado a defender el derecho y a impedir la dación de leyes inconstitucionales. La nueva Carta incluía también la posibilidad de convocar a referéndum leyes de importancia; así como el establecimiento de otra institución defensora de la ciudadanía, la Defensoría del Pueblo. Asimismo, se creó el Consejo Nacional de la Magistratura, órgano encargado del nombramiento de jueces, que hasta entonces era facultad del presidente de la República y del Congreso. De este modo, la Constitución creaba nuevas instituciones que expresaban una paradoja: un gobierno autoritario que destruía la institucionalidad del país y, sin embargo, creaba nuevas entidades del Estado.

Igualmente, la Constitución expresaba el triunfo de la economía de mercado, donde el Estado se asigna tan solo un rol subsidiario. Ello significa que el gobierno no interviene en la esfera económica, salvo cuando no existe interés económico privado. Por su lado, desaparece la reforma agraria y se garantiza la privatización de la tierra. En el plano laboral, elimina la estabilidad laboral y solamente protege al trabajador contra el despido arbitrario.

Otra reforma constitucional importante traería grandes problemas políticos al país. Es el caso de la reelección presidencial inmediata, alejada de la tradición nacional que siempre ha sido ajena a la reelección del primer mandatario. En la historia nacional, este mecanismo siempre ha terminado de mala manera. Aunque, en la Constitución de 1993 estaba consignada solo para un periodo presidencial adicional, este punto iba a motivar el gran debate del segundo mandato de Fujimori y precipitar su crisis final.

10. La victoria sobre el terrorismo

Uno de los principales éxitos políticos de Fujimori fue derrotar al PCP-SL, gracias a la detención de la cúpula senderista en setiembre de 1992. Para ese entonces, Fujimori ya había logrado contener la crisis económica y la detención de Guzmán iba a proporcionarle enormes réditos políticos. El país así lo entendió, porque era evidente que ninguna reforma podía sostenerse mientras Sendero continuara con su accionar.

En los meses anteriores, la ofensiva del PCP-SL por controlar los barrios populares de Lima había conllevado asesinatos de líderes que espantaban a la sociedad. Desde 1989, Sendero había otorgado prioridad a las ciudades y trasladó a sus mejores cuadros para dar una batalla decisiva en Lima. Luego de su primer congreso, el PCP-SL había anunciado que ingresaba al "equilibrio estratégico" y que se preparaba para ganar el poder luchando por el control de la capital. En realidad, esa declaración reflejaba una ilusión, porque Sendero no estaba en pie de igualdad con el Estado. Por ello, el llamado "equilibrio estratégico" fue un error de la dirección de Sendero, que precipitó su desmantelamiento. El PCP-SL fundió motores y expuso a su dirección a situaciones muy riesgosas que finalmente llevaron a su captura.

Por su parte, la Policía se había organizado para librar su propia batalla contra Sendero. En 1989, formó una división de élite que tenía por única misión atrapar a la dirección de Sendero. La Policía reunió a sus mejores elementos para realizar una labor de seguimiento típicamente policial: capturar al cerebro que idea los planes. La unidad policial encargada de esta misión se denominó Grupo Especial de Inteligencia (GEIN), que a su vez era una dependencia de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo (Dircote). Al mando del GEIN estaba el general Ketín Vidal y el entonces comandante Benedicto Jiménez era una pieza fundamental, porque llevaba varios años en el puesto y conocía bien a su enemigo. El organismo había elaborado un meticuloso plan de seguimiento que finalmente llevó

a la captura de Guzmán y la comisión política de Sendero. Era setiembre de 1992.

El plan policial llevaba años de aplicación. Ya en 1988 la Dircote había capturado a Osmán Morote y a Margot Liendo, ambos miembros de dirección de Sendero. Ese fue el primer golpe importante al núcleo histórico del PCP-SL, que para ese entonces ya llevaba ocho años de lucha sin haber sido golpeado. Todavía se vivía el primer gobierno de Alan García y, antes que culminara su mandato, el GEIN casi captura a Guzmán, puesto que logró ubicar una vivienda en los barrios elegantes de Lima que servía como base de operaciones del alto mando senderista.

En efecto, el GEIN desarticuló dos importantes aparatos de la dirección senderista, el denominado Grupo de Apoyo Partidario (GAP) y el Departamento de Apoyo Organizativo (DAO). La detención de ambas estructuras potenció el trabajo policial, pues logró capturar el archivo, la biblioteca y hasta el museo de la dirección de Sendero. El estudio de esa documentación fue muy útil para formular el plan final que condujo a la captura de Guzmán.

La dirección del PCP-SL estaba cada vez más expuesta porque habían caído personas y locales que frecuentaba, donde se reunía con sus más cercanos. Era evidente que la Policía estaba cerca. De esa manera, antes de la caída de Guzmán, sus aparatos de coordinación con el partido habían sido cortados por la Policía. La cúpula senderista estaba suspendida en el aire. Esta situación puede sorprender, puesto que en ese mismo momento Sendero se mostraba más feroz que nunca y parecía que su aparato había desbordado el control policial. Pero todo era una apariencia que los hechos pronto desmentirían.

El año 1992 fue crítico. En febrero un comando senderista asesinó cruelmente a María Elena Moyano, una dirigente de Izquierda Unida que había destacado en el trabajo de organización de las mujeres de los barrios populares. A continuación, vino una serie de coches bomba cada vez cargados con mayor poder explosivo que derruyeron varios edificios y sembraron el pánico: el local de Canal 2, un edificio de la avenida Javier Prado y el coche bomba de la calle Tarata,

que golpeó el corazón de Miraflores y provocó una conmoción en la opinión pública.

Se extendió un sentimiento de repudio profundo a los métodos terroristas que pretendían abrirse paso a través del asesinato de civiles desarmados y la destrucción de propiedad pública y privada. La generalización de ese sentimiento aisló políticamente al PCP-SL y en esa condición la Policía capturó a Guzmán.

Como sabemos, a partir de esa captura, la estructura de Sendero se vino abajo como castillo de naipes. Resulta que el mito de Guzmán se fundaba en la creencia de que era imposible derrotarlo, que su triunfo estaba garantizado por las leyes de la historia. Por ello, el aparato de Sendero fue desmantelado luego de la captura de su alto mando. Pero aún no era todo. Al año siguiente Guzmán se rindió formalmente y abrió una negociación con Fujimori a través de Montesinos. Frente a las cámaras de la TV, la cúpula senderista firmó cartas solicitando abrir negociaciones para obtener la paz. Esta iniciativa dividió a sus partidarios, puesto que un grupo se apartó acusando de traición a Guzmán. A partir de entonces, se formó un segundo PCP-SL, esta vez denominado Proseguir, que continuó combatiendo internándose en los valles cocaleros y mimetizándose entre los narcotraficantes.

La división de Sendero constituyó el triunfo final del Estado contra esta amenaza, que fue la más seria que tuvo el gobierno peruano durante la segunda parte del siglo XX. En realidad, las bases organizativas del triunfo estatal habían sido obra del primer gobierno de García, pero las aprovechó Fujimori, que terminó la operación. Como Sendero había retado al Estado peruano en su conjunto y no a un gobierno en particular, entonces hubo continuidad en las políticas públicas para enfrentarlo. Así, la Dircote y el GEIN fueron obra de García, pero los frutos de esa estrategia se obtuvieron después, cuando terminó el terrorismo y el país pudo respirar aliviado. Por ello, Fujimori conserva popularidad como el campeón de la lucha contra Sendero.

Esta imagen se reforzó en ocasión de la captura de los rehenes en la embajada de Japón. Como recordamos, hubo un segundo grupo

armado durante esos años, denominado Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Pese a tener una peligrosidad menor a la de Sendero, el MRTA añadió una cuota a la violencia de esos años. Después de haber sido derrotado, una de sus últimas células organizó una operación espectacular.

En efecto, un comando del MRTA capturó la embajada de Japón mientras se realizaba una elegante recepción por el cumpleaños del emperador. El MRTA se quedó con un grupo de rehenes e inició una larga negociación pidiendo la libertad de sus dirigentes presos, una suma de dinero y un avión que los sacara del país. Por su parte, el gobierno montó una operación militar que culminó con la muerte de todos los integrantes del comando del MRTA y la liberación de los rehenes. Esta operación se produjo en abril de 1988 y reforzó la figura de Fujimori como vencedor del terrorismo de origen marxista. Esa imagen le ha servido en su carrera, al permitirle trabajar su perfil como hombre duro y exitoso, que puede vencer en condiciones de estrés gracias a su firme voluntad.

11. El afán por atornillarse

En 1995, Alberto Fujimori se presentó nuevamente como candidato a las elecciones presidenciales. Si en la primera oportunidad había derrotado al escritor peruano más famoso, esta vez su adversario era otro distinguido ciudadano: el ex secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuellar. Alrededor de este último se agruparon diversas fuerzas políticas de centro que confiaron en su capacidad para captar la adhesión de la población. Pero si bien era respetado, dado su insigne cargo, no logró conectarse con la población. Su candidatura fue popular en las clases medias urbanas, pero no penetró en el así llamado Perú profundo, que había comenzado a ser el bastión de Fujimori.

La victoria de Fujimori sobre la amenaza terrorista y la crisis económica preparó su reelección. Obtuvo un sólido 64% de los votos

válidos, casi los dos tercios de la votación, a pesar de que se presentaron catorce postulantes. Es el único candidato que ha ganado en primera vuelta desde que este sistema rige en el país. Asimismo, su grupo político obtuvo el 52% del voto válido para el Congreso y 67 de 120 escaños en el Parlamento, lo que le confirió mayoría absoluta. Esa gran mayoría facilitó la deriva autoritaria.

Todo comenzó cuando recién corría un año de este segundo mandato, en agosto de 1996. En ese momento, el Congreso aprobó la controvertida Ley de Interpretación Auténtica, que permitía una segunda reelección de Fujimori. En su parte medular, dicha norma establecía: "la reelección a que se refiere el artículo 112 de la Constitución de 1993 está referida y condicionada a los mandatos iniciados con posterioridad a la fecha de promulgación del referido texto constitucional". En resumen, la elección de 1990 no debía contarse porque en aquella ocasión Fujimori había sido elegido con la Carta de 1979.

Al año siguiente, el Tribunal Constitucional declaró "inaplicable" la Ley de Interpretación Auténtica, ante un pedido presentado por el Colegio de Abogados de Lima. El Congreso respondió destituyendo a tres magistrados, Manuel Aguirre Roca, Delia Revoredo y Guillermo Rey Terry, que haciendo uso del "control difuso" habían sentenciado en contra de la rerreelección. El congresista Enrique Chirinos Soto solicitó la defenestración de los magistrados y su inhabilitación por diez años para ejercer la profesión.

Para allanar el camino para la tercera postulación, el Congreso puso innumerables obstáculos al referéndum, que la oposición había impulsado y que contaba con los requisitos legales. A última hora se impusieron nuevos requisitos y el Congreso bloqueó el pedido ciudadano. La misma Keiko Fujimori había firmado los planillones a favor del referéndum. Muchos interpretaron su gesto como oportunismo, pero quizá en esos días comenzaba su camino para construir una segunda generación del fujimorismo. En aquel entonces, el gesto de Keiko no era un problema para la dupla de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos, quienes sobornaron a los dueños y tomaron control político de los medios de comunicación de masas.

Es así como Vladimiro Montesinos convocó a los dueños de los canales de TV a conversar en el SIN y les entregó montañas de billetes que tuvimos ocasión de ver en los vladivideos. En forma paralela, Montesinos fue convenciendo a los dueños del gran capital de la necesidad de la reelección. Con todos ellos, Montesinos intercambió apoyo político a cambio de favores en materia económica. Quedan bastantes pruebas de las reuniones de Montesinos con distinguidos integrantes de la élite económica para conversar sobre política y negocios, y llegar a acuerdos concretos en ambos terrenos. Como recordamos, los vladivideos son grabaciones secretas que Montesinos realizó de sus conversaciones privadas para manejar la segunda reelección de Fujimori y que aparecieron a la luz pública después de su caída. En ellas aparece sobornando a medio país legal.

Asimismo, Montesinos muestra que la política contemporánea se desarrolla a través de los medios de comunicación. La idea es que un político debe estar presente en los medios para adquirir influencia en la opinión pública. Ya no se necesita escribir libros ni mostrar cualidades como orador de multitudes. La sociedad del espectáculo analizada por Vargas Llosa requiere un político de distinto tipo y Montesinos buscó la alianza con los medios de comunicación para concretarlo en la persona de Alberto Fujimori. Pero, antes que campañas positivas, su especialidad era demoler a sus adversarios. La estrategia preferida de Montesinos era atacar y en ocasiones silenciar a los enemigos del gobierno. Así, los vladivideos evidenciaron el grado de corrupción en el manejo de la política y los negocios en el Perú de los noventa.

Por su lado, los integrantes de la cúpula de las Fuerzas Armadas aparecen recibiendo sobornos para comprar armamento obsoleto. Junto a congresistas, jueces y miembros de la élite económica, todos los sectores influyentes del país fueron filmados mientras eran manejados por el gobierno y les eran concedidos beneficios más allá de las leyes. Todo con tal que se allanen a la tercera elección consecutiva de Fujimori. Esto no fue sabido sino tiempo después, luego de la caída de Montesinos; por ahora, nos acercábamos al proceso electoral.

Las elecciones de primera vuelta del año 2000 dieron como ganador a Fujimori, pero su resultado no alcanzó para vencer sin segunda vuelta. Fueron elecciones muy contestadas; la oposición sostuvo que el proceso electoral era fraudulento. Los malos manejos incluían una fábrica de falsificación de firmas que fue descubierta por la Unidad de Investigación del diario *El Comercio*. En consecuencia, el economista Alejandro Toledo, que había arribado en segundo puesto, se abstuvo de participar en la farsa y Fujimori corrió en solitario. Esa deslucida victoria profundizó el vacío político a su alrededor. Luego, la oposición organizó la Marcha de los Cuatro Suyos, que centralizó las protestas ciudadanas durante las Fiestas Patrias de 2000. La crisis política se prolongó unos meses, hasta que el 14 de noviembre los dirigentes del Frente Independiente Moralizador (FIM), Fernando Olivera y Luis Iberico, exhibieron un video que mostraba a Montesinos sobornando al congresista electo Alberto Kouri para pasarse a la bancada oficialista.

El escándalo remeció al país y obligó a Fujimori a convocar a nuevas elecciones en las cuales anunció que no participaría. Además, disolvió el Servicio de Inteligencia Nacional, puesto que estaba procesando una extraordinaria ruptura con Montesinos. A raíz de ello, el presidente quedó solo y perdió el poder. El 19 de noviembre de 2000, Fujimori renunció a la presidencia por fax desde Japón. El gobierno se había derrumbado desde dentro, los vladivideos habían sido la gota que colmó el vaso. Luego, el Congreso declaró vacante la presidencia y nombró al entonces congresista Valentín Paniagua para presidir un gobierno transitorio que condujo un proceso electoral limpio y bien organizado.

En Japón, Fujimori estuvo bastante tranquilo y aparentemente retirado; incluso contrajo nuevo matrimonio con una socialité japonesa de los círculos de extrema derecha. Pero, de pronto, se le ocurrió que podía regresar en triunfo y tentar la presidencia. En ese momento tomó un vuelo privado a Santiago de Chile con tan mala fortuna que los jueces chilenos lo detuvieron, debido a la orden internacional que pesaba sobre él para que respondiera a cargos ante la justicia peruana. Siguió un juicio de extradición, Fujimori perdió y llegó al Perú en condición de prisionero.

Tuvo que afrontar un juicio, que resultó en su condena a veinticinco años de penitenciaría por los casos de derechos humanos: Cantuta y Barrios Altos. Los jueces probaron la existencia de un comando en el Ejército que ejecutó asesinatos selectivos con el propósito de amedrentar al alto mando senderista, haciéndole ver que la guerra era un asunto de toma y daca, que no habría perdón sino venganza ante los atentados terroristas. Este comando, denominado Grupo Colina, fue formado en el Ejército bajo conocimiento de Fujimori, que pudo haber evitado que continuara actuando, pero, lejos de ello, cuando el comando fue arrestado, ordenó su liberación a través de una amnistía. Por ello, los jueces aplicaron la teoría del dominio del hecho y determinaron su culpabilidad en crímenes que se cometieron en su mandato por agentes del Estado.

Por ello, cumple una larga sentencia y sus fuerzas han ido menguando. En las anteriores elecciones estuvo muy esperanzado en una amnistía que no se produjo. Luego, se ha mostrado crispado y ha friccionado con su hija Keiko antes de ceder el mando. Entre sus hijos, su preferido es Kenji, quien no ha dado la talla para encabezar la segunda generación. Siendo un partido dinástico, Keiko se halla ahora al mando y afronta una campaña decisiva para su liderazgo.

12. La segunda generación

Keiko Fujimori nació en mayo de 1975, cuando su padre era catedrático de Matemáticas en la Universidad Agraria y su madre, una ingeniera civil que dirigía una pequeña empresa de construcción. Quince años después, Alberto Fujimori venció sorpresivamente la competencia por la presidencia del Perú. Keiko realizó sus estudios escolares en el Colegio La Recoleta. Pertenece a las primeras promociones mixtas de este colegio tradicional de los Sagrados Corazones. Terminó secundaria en 1992 y se trasladó al extranjero para su formación universitaria.

Si 1990 fue un año clave en la vida de la familia Fujimori, los sucesos de 1992 tuvieron un impacto aún mayor. En efecto, 1992 fue decisivo en la vida de Alberto Fujimori, porque protagonizó el autogolpe del 5 de abril, incluyendo el cierre del Congreso y el avasallamiento del resto de poderes del aparato del Estado. Asimismo, ese año hubo un acontecimiento personal decisivo, la crisis de pareja, las acusaciones de maltrato personal de parte de doña Susana y finalmente el divorcio. Keiko acababa de terminar el colegio y dos años después iba a asumir el cargo de primera dama. Sobre las repercusiones de estos sucesos en la segunda generación, cabe destacar que los cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres, permanecieron en Palacio de Gobierno acompañando al padre.

Fue una situación muy delicada para Keiko, pero ella logró poner tierra por medio y se traladó a Boston para estudiar Administración de Negocios. Allí permaneció hasta 1997 cuando se graduó. Progresivamente, sus cuatro hermanos estuvieron matriculados en universidades privadas de Norteamérica. Sobre este hecho se basa una acusación que hasta hoy día la persigue. En efecto, la pregunta obvia es: ¿quién pagó esos estudios?

Alberto Fujimori era profesor jubilado de la Universidad Agraria y, no obstante ser presidente y carecer de gastos, resulta que sus ingresos no alcanzaban ni remotamente para pagar matrícula y mantenimiento de cuatro hijos en universidades del extranjero. De ahí la acusación del origen ilícito del dinero gastado en la educación superior de sus hijos, tema sobre el cual ha corrido mucha tinta. En cierto momento, Montesinos alimentó esas sospechas, al declarar que él había fraguado la venta de un inmueble de Fujimori, para justificar el pago por los estudios de sus hijos. Poco importó que después se retractara; el escándalo estaba servido y hasta hoy un *handicap* de Keiko es el origen poco transparente del financiamiento de sus estudios universitarios durante la presidencia de su padre.

Hasta ahí su carrera podría haber permanecido casi anónima. Pero iba a jugar un rol especial, al construir una segunda generación al mando del movimiento político formado por su padre. El carisma de Keiko se formó cuando se lanzó al ruedo en el momento más

difícil, al fugar Alberto Fujimori y renunciar por fax a la presidencia. En ese momento crucial, Keiko permaneció en el Perú y dio la cara por el fujimorismo. Esa actitud le permitió construir el espacio para la segunda generación y establecer una dinastía que pasa por ella. Tuvo que afrontar las comisiones investigadoras del Congreso y pasó las de Caín. En cierto sentido, esos años equivalen a su cruce del desierto.

En las elecciones de 2006, el fujimorismo llevó a Marta Chávez como candidata presidencial y obtuvo un magro 7%, pero su resultado fue muy superior en las elecciones congresales. En efecto, en el distrito electoral de Lima Metropolitana el primer puesto lo obtuvo Keiko, que superó los seiscientos mil votos. De este modo, el fujimorismo obtuvo una bancada importante y Keiko quedó proyectada como una lideresa de alcance nacional. Sin embargo, el cargo de congresista no le fue cómodo. El escenario parlamentario es complicado porque diariamente es altamente conflictivo. Solo personalidades fuertes soportan el ritmo y Keiko terminó alejándose progresivamente. Pidió muchas licencias y el Congreso fue secundario en sus afanes. En esos cinco años pidió permiso para nuevamente dirigirse a Estados Unidos a estudiar un MBA en la Universidad de Columbia en Nueva York. Ahí conoció a su esposo, Mark Vito Villanela, se casó y tuvo sus hijas. El parto de la primera fue motivo para otro periodo prolongado de licencia; finalmente, la campaña presidencial de 2011 fue otra razón para su alejamiento del Parlamento.

Durante su paso por el Congreso no presentó ningún proyecto de ley realmente relevante y hasta se podría pasar por alto un balance de su labor. Pero aquí se evidencian sus intereses y los temas que realmente le preocupaban en aquellos días; por ello, una sumaria revisión permite adentrarse en sus años formativos. Sus proyectos de ley se mueven en dos terrenos: la represión de la delincuencia y la promoción de los espectáculos. En efecto, ya en aquellos años comenzaba la ola de inseguridad ciudadana que hoy asola al Perú. Ante este tema estaba posicionada Keiko y presentó cuatro proyectos de ley, que iban desde reintroducir la pena de muerte para violadores de niños hasta castigar severamente la pornografía infantil. De este

modo, su tema es la inseguridad y los delitos en contra de la infancia. Por su parte, su acercamiento es represivo; en cada caso sus iniciativas propenden a aumentar penas y reducir beneficios a criminales.

Su segundo tema fueron los espectáculos, con respecto a los cuales propuso y logró que se aprobara un proyecto de ley que eliminó los altos impuestos que pagaban anteriormente. Gracias a esta norma, Lima se ha convertido en una plaza interesante para los grandes espectáculos artísticos internacionales, cuyas giras actuales normalmente incluyen a la capital peruana, antes olímpicamente ignorada. Así, los intereses políticos de Keiko lucían algo simples, de la infancia al espectáculo. Todo el resto pasó de largo.

Como vemos, su tiempo como congresista no fue especialmente productivo; en alguna medida porque se estaba preparado para dar el salto al nivel presidencial. En efecto, al concluir el gobierno de García, en 2011, fue la candidata del fujimorismo y, como sabemos, ocupó el segundo puesto. Fue la primera mujer que llegó a una segunda vuelta. Con su votación ayudó a entrar a 37 parlamentarios, quienes se han mantenido unidos sin sufrir las rupturas que han desgarrado al nacionalismo. En este lapso, Keiko ha viajado bastante a provincias y ha construido el partido en contacto con empresarios provincianos que expresan el ascenso de nuevos sectores al liderazgo económico.

Esta preferencia por nuevos y exitosos empresarios no tendría nada de extraño si viniera acompañada por una atención igualmente preferente por los sectores populares, que fueron el motivo de todos los desvelos de su padre. Pero no es así: en el fujimorismo actual hay un cambio en los énfasis. Esta transformación es un rasgo notable del tránsito entre generaciones del fujimorismo. Mientras que Alberto Fujimori fue un populista de derechas, que tenía la llave del clientelismo y ubicaba ahí su soporte político, Keiko Fujimori pretende girar a un liberalismo más aséptico, menos impregnado de clientelismo. Ella está en busca de la legitimidad que otorga la política ortodoxa y quiere reducir la pátina populista que fue la marca de fábrica de su padre. Esa intención puede jugar en su contra. Si el fujimorismo es fuerte, se debe a su llegada a sectores populares. En

la eventualidad de reducir ese vínculo, Keiko puede acabar perdiendo una campaña presidencial que inicia como favorita con muchos cuerpos de ventaja.

Aunque, con independencia del resultado electoral, el tema del fujimorismo es construir un partido moderno de derechas y esa tarea constituye el reto de la segunda generación. Este tema ha sido seguido regularmente por el politólogo Steven Levitsky, quien ha analizado la capacidad del fujimorismo para transformarse en un partido democrático de derecha y pilar de un nuevo sistema de partidos. Por ello, el proceso de construir un partido condensa las distintas prioridades generacionales del fujimorismo. Esta lucha entre grupos de edad no es un fenómeno estrictamente peruano en formaciones políticas de derecha. Por el contrario, se constata en varias experiencias internacionales. Por ejemplo, en el seno del Frente Nacional francés, dirigido por el clan Le Pen, donde un padre recalcitrante y firme en sus ideas ha acabado enfrentándose a una hija y heredera que está buscando modernizar al grupo más allá de las pretensiones de su progenitor.

En nuestro caso, Alberto Fujimori practicó un extenso clientelismo y construyó redes por todo el país, intercambiando dádivas por lealtades. Como además enfrentó la hiperinflación y derrotó a Sendero, soldó esas lealtades en el pueblo. Desde el poder, el fujimorismo construyó las conexiones con las masas que lo han hecho un movimiento político con llegada al pueblo. Por ello, el fujimorismo ha sobrevivido a su espectacular caída, a los inauditos escándalos de corrupción y al abuso sistemático de los derechos humanos. Su resiliencia se funda en que Alberto Fujimori dirigió una experiencia contemporánea de los tradicionales autoritarismos clientelistas peruanos, que bien llevados siempre han dejado réditos para sus protagonistas.

Por el contrario, Keiko quiere ser aceptada por la sociedad, mientras que Alberto habrá tenido todos los defectos del mundo, pero era francamente populachero. A diferencia de su padre, Keiko tiene pretensiones sociales y puede perder contacto con la ciudadanía marginal, que la percibe algo lejana. En el tránsito generacional, el

fujimorismo arriesga debilitar el contacto con sus bases. No sabe hacerlo sino es desde el poder. El mismo Alberto Fujimori solo llegó a tejer lazos clientelistas estando en el gobierno. En la lucha por llegar, Keiko tendrá que empeñarse a fondo en un terreno que no domina con naturalidad.

13. La sorpresa

Por su parte, el clientelismo de derechas nuevamente ha mutado en esta elección, a través del ascenso de César Acuña. A diferencia de todos los anteriores clientelismos, incluido el fujimorista, no se ha construido desde el poder del Estado, sino desde una empresa educativa, un consorcio universitario nacido en el norte del país. Ese clientelismo intercambia becas y posiciones en la universidad por militancia y votos. Al practicarlo en forma extensa y sin cortapisas, porque no está robando al Estado, resulta que Acuña es el más clientelista de los políticos actuales. El trabajo de Rodrigo Barrenechea sobre las universidades de Acuña y su *performance* política es el estudio pionero de la relación que puede llevarlo a la presidencia de la república. Esa vinculación entre universidad y maquinaria política tiene antigüedad en el país y actualmente no es privativa de Acuña. Entre otros, se halla también el caso del congresista José Luna, de Solidaridad Nacional, dueño de Telesup.

Además, Acuña no es una figura nueva en la política peruana: ha sido congresista, alcalde y gobernador regional. En todas estas posiciones ha reforzado el vínculo clientelista; por ejemplo, cuando fue alcalde de Trujillo repartía dinero entre los más necesitados y en esas listas no faltaban los activistas de su grupo político. Incluso al día de hoy sus principales operadores políticos trabajan en su consorcio universitario. Así, Acuña practica un amplio clientelismo que constituye su marca de fábrica y se manifiesta tanto en lo particular como en lo público.

Por otro lado, Alianza para el Progreso también expresa la reaparición del caciquismo de antiguo régimen, que dominaba el país antes del nacimiento de los partidos doctrinarios: aprismo, comunismo y socialcristianismo. El ciclo de esos partidos se extinguió en los noventa y ha reaparecido en el siglo XXI sin superar sus grandes debilidades. Una de ellas ha sido dominar exclusivamente la esfera de la macropolítica, actuando en el Ejecutivo y el Congreso, pero careciendo de mayor representación en el dominio subnacional: municipios fuera de Lima y regiones.

En el terreno subnacional dominan los movimientos independientes localistas y fuertemente personalistas. Ahí se han impuesto liderazgos semejantes a los antiguos caciques. Se trata de grupos de poder locales articulados alrededor de una figura para acceder al gobierno y emplear los recursos públicos en su beneficio particular. En el caso de Acuña, estamos ante el primer grupo político local de este tipo que salta a la esfera nacional. Por ello, su campaña se apoya en las regiones que se dirigen a triunfar en Lima. Ello explica su afán por ganar presencia en el interior proponiendo puestos en la plancha y candidaturas al Congreso.

Otro rasgo de los caciques es su capacidad para contratar trabajadores. En este terreno destaca Acuña, que se presenta como un gran poder que ofrece trabajo a diez mil personas. Esa capacidad para contratar expresa su capacidad para controlar el poder local. En sí mismo es una fuerza. Así, traza un puente con la vieja sociedad corporativa, dominada por caciques que encuadraban a la población y la llevaban a trabajar. Ese mensaje es poderoso porque confiere verosimilitud a quien puede ofrecer traer dinero como "cancha", porque ya lo ha hecho y lo viene haciendo en la vida privada.

De este modo, Acuña es el primer líder subnacional que salta a la competencia por el gobierno nacional. Por ello, su perfil combina dos elementos que lo hacen capaz de vencer en estas elecciones: es un clientelista consumado y es retador, parte de provincia y ataca la capital. No pertenece a los señores establecidos, sino que ha venido a desafiarlos. Precisamente ahí reside su capacidad para acabar triunfando. Esa imagen se refuerza porque el candidato es el mensaje. No

necesita hablar, le basta que los electores lo vean y se identifiquen con su carrera. A diferencia de la mayor parte de candidatos, Acuña puede ganar precisamente porque su discurso es poco fluido y no ha sido obstáculo para el éxito personal.

Por último, quisiera destacar una característica que vincula a César Acuña con Alberto Fujimori. Esta es la común procedencia universitaria y su estrecha conexión con la informalidad. Al entrar en política, ambos tenían pasado como rectores universitarios y se presentaban ante la ciudadanía como adalides del progreso individual a través de la educación superior. Por otro lado, este puesto de rector universitario, que parece tan formal, en realidad acompaña el ascenso de la informalidad. Alberto Fujimori expresó el desborde popular y César Acuña, a la generación siguiente. Ambos se han dirigido al mundo del pequeño negocio que vive al borde de la ilegalidad y que requiere una alianza con poderes clientelistas. La educación que ofrece Acuña está dirigida al emprendedor individual que sueña con hacerse un espacio en la economía. Para él hay una esperanza: seguir aliado a su universidad, que ha incursionado exitosamente en política. Así, Acuña posee rasgos esenciales de Alberto Fujimori e incluso puede acabar pareciéndose más al padre que la misma hija.

Capítulo 3

La derecha intelectual
y tecnocrática

Al comenzar la era republicana, las derechas constituyeron una **élite** intelectual que ha gozado de larga continuidad en la acción política. En términos generales, que acepta excepciones, ella fue conservadora en el siglo XIX y liberal a continuación. Esa **élite** intelectual de derechas rara vez ha ensayado gobernar por sí misma; normalmente ha acompañado a alguna figura carismática, responsabilizada de ejercer el mando central. Es decir, habitualmente se ha acomodado. Esa actitud surge de su aspiración por acceder al manejo de algún sector relevante de la nave del Estado sin correr tantos riesgos. En tiempos pasados, su interés principal era la religión y la instrucción, mientras que en nuestros días su atención está puesta en el Ministerio de Economía y Finanzas, el famoso MEF. La **élite** intelectual ha mudado de piel (de ideológica ha pasado a tecnocrática), pero su perfil registra notable continuidad. Se trata de un sector cultivado, profesional e integrado, tanto al mundo internacional como a la **élite** económica local, sea por pertenencia o por haber arribado gracias a la educación universitaria. Su habilidad específica es el manejo de herramientas para operar el Estado.

Sin embargo, esa larga tradición no se ha plasmado en gobiernos propios. Al concluir la llamada República Aristocrática, terminó un tipo de gobierno que representaba en forma directa a la **élite** económica y que expresaba la pretensión de Manuel Pardo de crear una "república práctica". Desde entonces, la derecha intelectual cultivada

y tecnocrática ha acompañado a casi todos los gobiernos. Sus representantes han sido numerosos y los veremos aparecer en las páginas siguientes. En algunos casos han servido a gobiernos de derecha dictatorial (por ejemplo, Beltrán, que colaboró con el golpe y la primera temporada de Odría). La segunda opción de esta **élite** intelectual es servir a gobiernos de centro (como Ulloa, que fue primer ministro de Belaunde).

La carrera de PPK simboliza este perfil de las derechas peruanas. Ha sido colaborador de ambos gobiernos de Belaunde y llegó a primer ministro con Toledo, que de alguna manera tenía el mismo puesto de FBT en el centro del espectro. Pero, desde las elecciones de 2011, Kuczynski está intentando llegar a la presidencia por sí mismo. Sus posibilidades para 2016 aún están por definirse, pero, independientemente del resultado, su carrera expresa los dilemas de sus pares.

Para atreverse a llegar al poder se necesita mucho empuje y remar viento en contra en un país desgarrado como el Perú. Se hace cuesta arriba y para la **élite** se hace más cómodo acompañar a alguien que se ocupe de la ingrata tarea de la política propiamente dicha. Así, consistentemente se halla a tecnócratas acompañando a todos los gobiernos. Por ejemplo, desde Fujimori en adelante todos los funcionarios del MEF provienen de las mismas canteras y responden a una formación y orientación semejante.

De este modo, la tecnocracia liberal ha accedido al manejo de un área crucial del Estado, pero subordinada al poder político. El único problema es que este tiene sus prioridades y ellas frustran la ansiada segunda ola de reformas neoliberales. Por ello, la derecha ilustrada siempre ha estado tentada de liberarse de la tutela política e ir por todo. Lo intentó Beltrán y no logró impulso suficiente, la trayectoria del PPC evidencia la misma frustración. ¿Lo logrará PPK?

Esta difícil pregunta tiene respuesta abierta. Por ello, y queriendo facilitar la reflexión del lector, hemos construido una historia de la actuación política de este sector de las derechas. Nos orientaremos a partir de su desinterés en el liderazgo nacional. ¿Cuáles son las causas de esta renuncia? Al considerarlas, veremos que alguna

vez ha intentado atreverse por sí misma. Vamos a precisar esa situación política para evaluar las posibilidades de PPK, a la luz de la suerte política de sus antecesores. Veamos.

1. El planteamiento conservador en clave republicana

El sacerdote Bartolomé Herrera fue un ideólogo conservador que cobró gran influencia a mediados del siglo XIX. En realidad, él construyó el punto de vista político de la derecha peruana en tiempos republicanos. Su trascendencia fue tan prolongada que justifica comenzar este capítulo revisando su trayectoria. Herrera fue electo diputado e inmediatamente nombrado presidente de su Cámara; anteriormente había sido director de la Biblioteca Nacional y rector del Convictorio de San Carlos. Es decir, había cimentado su carrera pública en el ramo de la educación, en el crítico momento de la Primera República.

Bajo el mandato de Echenique, Herrera fue ministro en dos ocasiones, primero en la cartera de Justicia y luego en Relaciones Exteriores. Pocos años después, ya al final de su carrera, fue la figura dominante de la Asamblea Constituyente de 1860. En ese Congreso se redactó la Constitución peruana de mayor vigencia histórica, ya que duró sesenta años, aunque con algunas interrupciones. Por ello, es clave en la historia de las derechas en el Perú, porque es el constructor jurídico del Estado con mayor vigencia histórica. Sus escritos de madurez pueden interpretarse como una reacción frente a dos factores que siempre lo perturbaron. Por un lado, la inestabilidad política abierta por la independencia y materializada en los caudillos; a continuación, el desorden social, consecuencia del declive de las jerarquías coloniales, que habían fijado el puesto de cada persona en el orden social.

De acuerdo con su parecer, la inestabilidad política republicana era consecuencia de la crisis de la autoridad producida al finalizar el mundo colonial. En la nueva época, las clases populares participaban en la vida política, ya que disponían del derecho al voto. La historiadora Alicia del Águila ha relatado cómo las Constituciones peruanas del siglo XIX autorizaban el voto masculino prácticamente universal en el primer turno, que solamente elegía delegados, quienes en un segundo turno ejercían realmente la política al elegir a las autoridades.

Por su parte, Herrera pensaba que las clases populares eran manipuladas por "demagogos" y que debía establecerse la soberanía de la inteligencia. La vulgaridad del pueblo impediría su conducta racional y estimularía sus bajas pasiones. Por ello, el pueblo solo debía votar cuando tuviera la mínima ilustración necesaria.

Era necesario crear una nueva élite que reemplazara la vieja aristocracia desaparecida con el Virreinato. Ella nacería de la cultura. Al fin y al cabo, Herrera era un educador que apreciaba la formación intelectual. No propone una discriminación étnica ni económica; su idea es singular porque centra su propuesta en la inteligencia. La capacidad intelectual sería la base de la nueva autoridad.

Por su lado, Herrera establecía que la República se había extraviado al buscar su esencia en el indígena sin enrumbarse hacia la misión civilizatoria. La élite ilustrada debía provenir de Occidente y practicar el catolicismo; su triunfo implicaba civilizar al indio. Así, Herrera criticaba el argumento de que, en el contexto de la independencia, había buscado fundar la nación sobre el indígena. Para este ideólogo del siglo XIX, el Perú venía siendo un fracaso, precisamente a causa del libertinaje social y político generado por las ilusiones igualitarias integradoras de los sectores populares, incluyendo al indígena. Al buscarse la igualdad entre los peruanos, se había generado el desorden que anulaba al país.

Con el pensamiento de Herrera se clausura una etapa idílica de búsqueda de armonía entre criollos e indígenas, que se había abierto fugazmente con la independencia. Ese breve romance había sido insustancial, como evidencia la historiadora Cecilia Méndez en

un ensayo famoso. Por el contario, para Herrera el pueblo era el verdadero responsable del caudillismo y el declive republicano. Y el pueblo eran tanto los indígenas como la plebe urbana, mayormente afroperuana; su incultura era responsable del rumbo caótico de un país que había perdido posiciones en el concierto sudamericano.

Así, Herrera buscó rescatar lo positivo del orden colonial, recuperando la legitimidad de la jerarquía al fundarla en nuevos principios republicanos. Con evidentes cambios en los énfasis, esa manera de pensar ha tenido larga continuidad. Por ello, Herrera es clave. Si su Constitución duró sesenta años, su planteamiento cultural ha dominado estos doscientos años de República peruana.

2. El racismo científico

Al finalizar el siglo XIX, llegó al país el así denominado *racismo científico*, una corriente intelectual proveniente de Europa. Este discurso estaba inspirado en la ciencia positivista, que dominó el panorama intelectual luego del Romanticismo. Sus conceptos sobre la "desigualdad natural de las razas" provenían de varios textos que difundieron esta manera de pensar. Entre otros, destacó el libro de Joseph Arthur de Gobineau *La desigualdad de las razas humanas.*

Los estudios de Gobineu aparecieron cuando los científicos diseñaban esquemas jerárquicos sobre la naturaleza y el ser humano. A partir de las formas del cráneo y el color de la piel, se llegó a la conclusión de supuestas capacidades distintas de seres humanos según sus razas. El grado de cultura y civilización dependía de estos rasgos físicos. Estas ideas fueron ampliamente difundidas en América Latina y sirvieron para fundamentar un discurso sobre la desigualdad étnica de nuestro continente.

Si el problema era la naturaleza inferior de la raza indígena, la solución era la eugenesia. Para el presidente Ramón Castilla, por ejemplo, el problema nacional se resolvía fomentando la inmigración

de "hombres robustos, laboriosos, morales, de noble raza blanca que cruzándose con la nuestra la mejore". Sin embargo, los proyectos para traer masivamente europeos al Perú fracasaron y llegaron pocas personas provenientes de la vieja Europa. En cambio, la inmigración de origen chino fue masiva, ya que la élite necesitó reemplazar el trabajo esclavo en las haciendas de la costa. Pero, aunque imprescindibles, los trabajadores chinos fueron vistos con malos ojos, puesto que hacían más pronunciada la confusión racial peruana.

El racismo científico llegó al país en este mismo momento, cuando crecía la heterogeneidad nacional, generando una sensibilidad racista exacerbada, porque se creía que la raza amarilla alejaba al país de la modernidad occidental. La plebe urbana de origen afroperuano, sumada a la enorme población indígena, era ya un problema mayúsculo, cuando, a resulta de la inmigración china, la composición racial del país se tornó intolerable para ciertos intelectuales, que dieron forma a la versión peruana del racismo científico.

En esos años, Clemente Palma (1872-1946), hijo del célebre tradicionalista Ricardo Palma, presentó su tesis titulada *El porvenir de las razas en el Perú* para graduarse como bachiller en Letras por la Universidad de San Marcos. El joven Palma sostenía que las sociedades están formadas por "razas" organizadas jerárquicamente. Palma dividía la sociedad peruana en cinco razas: española, india, negra, china y criolla.

Sostenía que el indio es una "raza degenerada" que paralizó su "desarrollo físico". Pero, pese a su raquitismo, el indio tiene una asombrosa resistencia, puesto que su lugar natural es el trabajo manual. Por otro lado, el indio no es autónomo. Actúa a manera de rebaño, siguiendo a un jefe. Su valor no es individual sino colectivo, y muere en una batalla "sin imaginar por qué muere". Palma descarta al indio como componente de la nación. No posee expectativa alguna en un eventual desarrollo del indígena mediante la educación, porque su herencia biológica es limitante. Dice Palma que "la idea tan general de que la instrucción pueda cambiar el carácter de la raza india es una ilusión funesta, que los teóricos de la razón pura han acariciado".

en enfermedades como tisis, lepra y elefantiasis, que, como es sabido, son hijas de los vicios de la sangre y de la debilidad y degeneración de las razas". En suma, el chino es un niño que "ha llegado a la ancianidad sin cruzar la región activa de la edad viril".

En quinto lugar, Palma examina las características de las "razas mestizas", calificadas como "parte medianamente civilizada de nuestra sociabilidad". El mestizaje de Palma contiene un sesgo de género, pues la combinación siempre ocurre entre español e india, nunca entre indio y española. "A pesar del desprecio de los conquistadores por los mitayos, no desdeñaron en "compartir el lecho con la india, en un concubinato favorecido por los ardores de esta tierra y por la sumisión de la india que, como una bestia mansa, se prestaba a servir el placer de su amo, llegándole a amar con esa pasión resignada y fanática de hembra, que en esta raza tuvo una convicción más profunda e instintiva de su inferioridad respecto al varón".

Palma establece que la única raza con porvenir es la peruana, síntesis de todas las razas, concebida como mestizaje con predominio de lo español. Señala sus virtudes y defectos: bondad de genio, en parte como herencia de la hidalguía española, espíritu artístico, antes que pensamiento científico, ánimo anárquico heredado de la raza española y negra, y, por último, falta de carácter y exceso de sensualidad, que hace flaquear al peruano ante el menor obstáculo. En ese sentido, lo peruano registraba límites, que obligaban a pensar en su perfeccionamiento.

En la medida en que la peruana era una raza inferior, carecía de porvenir a menos que se cruzara con una "raza superior". El ejemplo a seguir era Argentina, donde la inmigración europea había generado un progreso material y espiritual: "¿Por qué la república Argentina y hasta la chilena son naciones florecientes? Por el carácter. ¿Y por qué tienen carácter? Porque los elementos inferiores de raza entraron en poca cantidad en la constitución de su pueblo actual, y dominaron los superiores. En oleadas benéficas ha recibido la República Argentina la sangre italiana, inglesa, francesa y española. Ellas se han fusionado, han formado un todo, que cubre como una sábana todas

las cabezas". Así vemos reaparecer la tesis de Ramón Castilla, en el sentido de blanquear a la población local.

La verdadera función del Estado era organizar este proceso de blanqueamiento de la raza peruana: "creo que el gobierno verdaderamente paternal, celoso para nuestra patria, será aquel que favorezca con toda amplitud la inmigración de esta raza viril, aquel que solicite la inmigración de algunos millares de alemanes, que pague a precio de oro esos gérmenes preciosos que han de constituir la grandeza futura de nuestra patria".

De este modo, el racismo quedó incorporado a la cultura política peruana y se hizo especialmente fuerte en las derechas. Era propio de una época antes que de una formación política en particular. Por ejemplo, es conocido el rechazo de José Carlos Mariátegui por el negro. Con el paso del tiempo, el racismo se ha ido atemperando en todos los grupos políticos. Pero en la derecha ha tardado más porque ha sido un componente de la mentalidad oligárquica, que ha concebido al país como problemático, por ser oscuro y atrasado cuando debía ser blanco y civilizado. En el largo camino del racismo peruano, Clemente Palma ocupa un puesto distinguido; formuló sin hipocresía un pensamiento políticamente incorrecto, pero que es muy fuerte hasta hoy.

3. La generación del 900

Al terminar el siglo XIX, surgió una generación renovadora conocida como del 900, puesto que sus principales integrantes ingresaron a la universidad exactamente ese año. Se trata de un grupo de élite que formuló un pensamiento completo sobre el país. Su punto de partida era el desastre nacional durante la guerra con Chile; por ello, era un planteamiento crítico de la clase dominante, aunque conservaba sus valores y buscaba refundarlos.

Entre los integrantes de esta generación se cuenta a José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, los hermanos Francisco y

Ventura García Calderón, José Gálvez y otros. Ellos pensaron el Perú desde la historia, la sociología y la literatura, con vocación totalizante y global. Solo actuaron unidos en política un breve momento y formaron un partido, el Nacional Democrático, bautizado por sus enemigos como Futurista. El líder fue Riva-Agüero, pero el partido desapareció al comenzar el Oncenio sin haber trascendido. Así, esta generación tuvo un acercamiento más intelectual que político a la problemática peruana.

Los del 900 también fueron conocidos como arielistas, debido a la enorme influencia del libro *Ariel* del escritor uruguayo José Enrique Rodó, quien tuvo seguidores en toda América Latina. Nuestros arielistas elaboraron un discurso sobre el denominado "problema indígena" y reformularon los supuestos decimonónicos. Como ha señalado el sociólogo Osmar Gonzales, en este pensamiento se afirma un "esquema de desigualdad étnica"; es decir, la formulación de una lista de los grupos étnicos existentes en el país que son asociados a las labores que efectúan. Según esta propuesta, los blancos son la clase dirigente, a la que corresponde las funciones de gobierno, en tanto que las razas de color constituyen las masas de servidores: los indios y chinos a cargo de las labores agrícolas, y los negros como trabajadores en las plantaciones o como servicio doméstico. Así, la sociedad entera estaría equilibrada, porque cada grupo étnico y laboral cumpliría la función que le corresponde en el orden social. Según una conocida expresión de Riva-Agüero, "unos son el alma y los otros, la carne y el músculo".

En *El Perú contemporáneo,* Francisco García Calderón presenta al indio actual como incivilizado; pero cuando explica la grandeza de los incas, señala que en el Tawantinsuyo existieron dos tipos de indios: la aristocracia educada y el pueblo servil. La primera fue la encargada de gobernar y dirigir a la gran masa: "Los incas extraían de esta debilidad moral, su fuerza y su grandeza". Su razonamiento es claro: rescata al inca, pero desmerece al indio concreto de su tiempo. Asimismo, García Calderón sostiene que: "durante el último siglo hemos sufrido una inmigración peligrosa; la de los chinos [...] siendo el chino menos asimilable que el negro. En su unión con el indígena

y el mestizo afirma el tipo primitivo de la raza. Por sus costumbres, higiene y por su vida sin deseos ni ambiciones, es un elemento de estancamiento social". Esa postura era una idea recurrente entre los intelectuales de clase alta. Al comenzar el siglo XX, el racismo era más "natural" que en nuestros días y muy pocos se apartaban de esa norma cultural.

Por su parte, su hermano, el famoso escritor Ventura García Calderón, afirma algo parecido cuando contrasta a los incas con el indio contemporáneo señalando: "sin los testimonios de los cementerios, nunca se habría creído que esta raza india, adormecida y plañidera, hubiera podido encontrar fórmulas artísticas tan cabales para su alegría y para su dolor. A tal estado de sopor doloroso la han llevado algunos siglos de alcohol y servidumbre". Una vez más Ventura García Calderón vuelve sobre un tema recurrente de la historia de la desigualdad en el Perú: los incas fueron magníficos, pero los indios de carne y hueso son un lastre.

Por su parte, la generación arielista también estaba preocupada por la "regeneración" del país y ahí se halla la novedad de su planteamiento. En efecto, los intelectuales del 900 no estaban conformes con la situación de los indígenas, eran un lastre, pero había que sacarlos de esa condición, porque, al constituir la mayoría de la población, el destino de la nación dependía de ellos. Es decir, los del 900 eran elitistas, pero no negaban la realidad social del país, sino que la asumían para formular una propuesta jerárquica ilustrada, capaz de combinar las diferencias para potenciar el conjunto. No eliminar, sino darle a cada cual su puesto, un ideal que desde Herrera repetían los intelectuales de derecha.

Así, la preocupación por el indígena era parte de un proyecto mayor, la modernización del país. La cuestión que se formularon los arielistas fue: ¿cómo construir una sociedad occidental, si la mayoría nacional, la población indígena, estaba afincada en la sierra, y vivía en haciendas tradicionales y comunidades arcaicas? ¿Cuál era la esencia del Perú y cómo encontrar la posición del indígena en la patria peruana? Esa cuestión los llevó a replantear las nociones predominantes entre la clase dominante sobre el mundo indígena. Los del

900 rechazaron el "determinismo racial" que explicaba la miseria de los indígenas como resultado inevitable de su raza. Se puede hallar una lectura muy aguda de los dilemas de esta generación en el libro de Luis Loayza sobre el 900.

El ideólogo socialcristiano Víctor Andrés Belaunde fue parte del 900, aunque desarrolló una carrera singular que lo separó de los arielistas. Para comenzar, era provinciano, arequipeño y con acendrado espíritu regionalista. Luego, tenía mayor apertura para el diálogo intelectual. Al comenzar los años treinta, Belaunde escribió un libro titulado *La realidad nacional*, en respuesta a los *7 ensayos* de José Carlos Mariátegui, donde razonaba desde un punto de vista cristiano sobre los mismos temas que había planteado Mariátegui. En este texto señala: "Una filosofía perezosa, superficial, imbuida de negro pesimismo, ha atribuido la postración nacional al factor desfavorable del territorio o a los inconvenientes de la raza". Contrariando las ideas que planteaban que la inferioridad del indio era causada por factores biológicos y deterministas, Belaunde afirmaba que "el valor de una raza" radicaba en su dominio del medio y, en ese sentido, el indio había demostrado estar más capacitado que cualquiera para vivir en los Andes. Esta valoración estaba asociada a la imagen del indio como pastor de puna y barretero de las minas, aunque expresaba también la búsqueda de un nuevo proyecto nacional, donde no se excluyera ni menospreciara al indio, sino se señalara su puesto en el país como trabajador con derechos.

Los arielistas postulaban que las bases de la nacionalidad reposaban en el mestizo, cuyo ejemplo más connotado era el cronista Inca Garcilaso de la Vega. Para el mejor historiador de su generación, José de la Riva-Agüero, el mestizo era una lograda síntesis de lo hispano y lo incaico: por un lado, carecía de prejuicios elitistas que poseían los españoles y habían heredado los criollos y, por otro, había desarrollado su individualidad, distanciándose del carácter corporativo del indio. Sus estudios sobre Garcilaso sostenían que esta figura del pasado peruano representaba el porvenir de la patria. El mestizo cerraría la brecha entre los dos Perú nacidos de la conquista.

A esas alturas, era evidente que no había funcionado la política de atraer población europea. Por ello, la propuesta del mestizaje

adquirió mayor sentido. Es más, este planteamiento venía acompañado por un renovado esfuerzo por la educación del indígena, que se le encargaba a un Estado paternalista. A este respecto, Belaunde sostiene: "es motivo de la más grande desolación patriótica comparar los esfuerzos que se han hecho en México y Bolivia sobre la instrucción de los indígenas con los que nosotros hemos realizado. El país ha purgado la culpa de haber descuidado su misión civilizadora respecto de la raza aborigen".

En el discurso arielista, el mestizaje era la superación tanto del indio como del blanco; ninguno era exclusivo de la nacionalidad peruana. Ella era fruto de la síntesis. En efecto, la ardorosa defensa del mestizo venía acompañada de la propuesta de fusión en un solo torrente, que encauzaría las fuentes de la nacionalidad. Además, el mestizo colectivo se formaría siguiendo el mismo proceso que había creado al cronista Garcilaso de la Vega, individuo de élite por ambas ramas cuya alma era española y cristiana, aunque su materia prima fuera indígena. A Riva-Agüero le era evidente que sostener a este viejo país implicaba el esfuerzo físico de hombres de bronce, mujeres y varones del Ande.

Así, la herencia intelectual de la generación del 900 fue el mestizo, como base para pensar en la integración del Perú. A partir de entonces, se soñará el Perú de maneras muy distintas, incluso completamente contradictorias y antagónicas, pero todas elogiosas del mestizo y tributarias de ese primer planteamiento que lo elevó a paradigma de la nación en construcción. Igualmente, el arielismo sostuvo que la salvación del Perú se hallaba en la educación, que llevaría la civilización occidental al Ande. La salvación del indígena no se hallaba en la propiedad de la tierra, sino en la educación civilizadora. Por ello, como ha mostrado el historiador Carlos Contreras, durante esos años el gasto relativo en educación fue mayor que en cualquier otro periodo del siglo XX. Este grupo generacional le concedió brillo a las derechas y, sin embargo, declinó con igual rapidez. Desde el gobierno de Leguía, siendo aún jóvenes, los arielistas ya eran hombres del pasado. En su breve trayectoria, el 900 condensó la propuesta espiritual de la República Aristocrática para el Perú.

4. El socialcristianismo

El primer partido socialcristiano nació en 1931 y no logró despegar. Se llamó la Unión Popular y era heredera de movimientos de acción social vinculados a la Iglesia católica formados en la década anterior. En efecto, bajo el Oncenio actuaron la Acción Social de la Juventud y el Centro FIDES, canalizando fuerzas que desembocaron en la UP de 1931. La enorme polarización del país durante los treinta impidió su consolidación y en la práctica el partido dejó de operar. Luego, otros movimientos católicos prepararon un segundo y también efímero partido socialcristiano. Se llamó Movimiento Popular Democrático y estuvo activo durante los años de Bustamante. Este partido se ubicaba al centro, entre el APRA y la oligarquía representada por Beltrán. Pero tampoco halló espacio y finalmente dejó de actuar al comenzar la dictadura de Odría.

En la base ideológica se hallaban las encíclicas de los Papas sobre temas sociales, que habían comenzado por la muy famosa Rerum Novarum. Esos mensajes papales reforzaban una mentalidad católica que constituía la base espiritual de la mayoría de peruanos de la época. En efecto, ese sustrato católico tradicional permitió superar la impotencia de sus primeros esfuerzos y forjar una nueva corriente política que adquirió forma orgánica gracias a la fundación de la Democracia Cristiana (DC) en 1956.

A diferencia del APRA y el comunismo, el socialcristianismo peruano carece de tronco ideológico unitario. Tanto el PAP como el marxismo fueron fundados por un líder primigenio, un cabeza de tribu, tempranamente fallecido, en realidad ausente en el caso de los comunistas y demasiado presente en la historia del APRA. Pero, al fin y al cabo, ambas corrientes provienen de un padre fundador, una figura poco frecuente en la historia del país. Por su parte, la democracia cristiana surge de distintas experiencias, que no necesariamente colaboraron estrechamente, y que intervinieron de modo diverso en la forja de su planteamiento.

Uno de estos antecedentes fue la obra del presidente José Luis Bustamante y Rivero, quien gobernó entre 1945 y 1948, conducien-

do el Frente Democrático Nacional, que incluía como primera fuerza al APRA. Pero la alianza política era frágil y, apenas comenzando su gobierno, se sumió en innumerables disputas que condujeron dos años después a una amarga ruptura. Por su parte, a lo largo del periodo, la oligarquía no cesó de conspirar y finalmente impuso un golpe de Estado. Pero, antes de la crisis final, Bustamante formó un grupo político que constituye una primera piedra del partido socialcristiano. Trabajaban en Palacio de Gobierno, como funcionarios de confianza, los entonces jóvenes y talentosos abogados Héctor Cornejo Chávez y Luis Bedoya Reyes. Ellos integraron el Movimiento Popular Democrático y serían claves en la década siguiente cuando dieron nacimiento a la DC.

Por su parte, el pensamiento de Bustamante era claramente reformista. Por ejemplo, sobre la cuestión indígena opinaba, "esa gran masa indígena soporta la influencia de mil factores adversos, unos de aislamiento, otros de inferioridad, en los que parecen conjugarse los elementos de la naturaleza y la obra del hombre para aplastar o deprimir la raza". Aunque parece pesimista, su planteamiento incluye una propuesta de solución, al señalar: "como es fácil percibir [...] el problema indígena peruano es, radicalmente, un problema económico. Todos los males anotados tiene su origen en la extrema miseria del aborigen". Asimismo, Bustamante entiende al Perú como un país escindido debido a la segregación interna: "el indio es objeto entre nosotros de una verdadera discriminación racial, que no se aviene con la Carta de los Derechos Humanos. Mantenemos en realidad la existencia de dos Perú, de los cuales, uno es colonia interna del otro dentro una misma unidad geográfica y política. Esta desigualdad entre blancos e indios turba el proceso formativo de la nacionalidad".

Por ello, se trataba de superar el llamado "dualismo", que provendría del virreinato ibérico bajo la forma de las dos repúblicas, de españoles y de indios, con las cuales España organizó el mundo andino. Bustamante pensaba que el problema nacional era la continuidad de formas coloniales de discriminación, que habían impedido la maduración del país. La solución planteada era el desarrollismo

mediante una reforma agraria, que le merecía una reflexión cargada de profecía. "Los actuales propietarios no deben llamarse a engaño; esas pautas [la reforma agraria] implicarán siempre cesiones y renuncias, a veces graves, de situaciones adquiridas. Pero tal es el precio del saneamiento de una estructura carcomida y de la paz social". Luego, agrega: "cualquiera que sea el modus operandi, lo que deberá servir de fundamento a la reforma es el postulado social de que, en principio, la preferencia en la propiedad de la tierra corresponde a quien personalmente la trabaja y la explota". Así, en Bustamante se hallan presentes dos ideas claves del reformismo peruano de mediados del siglo XX: la estructura dual de la sociedad peruana y la reforma agraria, que integraría las partes escindidas.

En el periodo inicial de la DC, uno de sus jóvenes dirigentes más destacados fue Alfonso Cobián, quien se expresaba de la siguiente manera: "Comprendemos los demócratas-cristianos que es requisito básico la transformación de la actual estructura social de nuestro país, ya que no puede haber bien común donde las condiciones económicas, sociales y culturales impiden la efectiva igualdad de oportunidades para todos; donde el régimen de explotación crea barreras y obstáculos insalvables para que el hombre viva en posesión de su dignidad como criatura de Dios". Como vemos, en la idea de Cobián, la desigualdad social no se combate repartiendo la riqueza, sino a través de la igualdad de oportunidades. Con su planteamiento estaba apareciendo un postulado que ha logrado continuidad y que hoy se halla incorporado al sentido común: la igualdad verdadera en una sociedad moderna es de oportunidades, como mecanismo para lograr transformaciones profundas y pacíficas, promoviendo una sociedad democrática e inclusiva, sin necesidad de cambios violentos o dramáticos.

Esta idea de generar mayores vías para el ascenso social fue asociada al Estado, como única entidad capaz de actuar para lograr el bien común. De acuerdo con el entendimiento de mediados del siglo XX, una de las funciones básicas del Estado era promover el desarrollo y el crecimiento económico. Siguiendo esta línea de pensamiento, el líder histórico de la DC, Héctor Cornejo Chávez, planteaba que el

Estado debía resolver las agudas contradicciones que se registraban en el Perú. "Sostenemos que todo ser humano, blanco, indio, negro o cholo; pobre o rico; hombre o mujer; niño o adulto, ilustrado o analfabeto, tiene derechos esenciales [...] que el Estado no puede desconocer". En este caso se trataba de la filosofía de los derechos y de la obligación del Estado de proveerlos. Por ejemplo, la salud, el trabajo, la educación, a los cuales toda persona debería tener acceso garantizado por el Estado.

Como vemos, el planteamiento de la DC anuncia el triunfo del reformismo, cuyas ideas se hallan presentes en Velasco, quien intentó llevar adelante estas propuestas por la vía dictatorial y la imposición militar. Estaba exasperado con el fracaso de la democracia bajo Belaunde y decidido a aplicar las reformas de manera radical. Por su parte, la DC de Cornejo apoyó a los militares, porque sacrificó la democracia en aras del proyecto político reformista. Pero las ideas de Cornejo no lograron consenso en las filas socialcristianas. Por el contrario, el partido se dividió en 1966 y surgió el PPC, que privilegió la democracia y, al caer FBT, se situó contra el proyecto de Velasco, en el ala centroderecha del espectro político. Por su parte, el PPC continúa activo en nuestros días, mientras que la DC desapareció en los años ochenta.

Por su parte, la presencia de partidos socialcristianos plantea la cuestión general de las relaciones de la Iglesia católica con la vida política. Aunque inspirado por las encíclicas de los Papas, ni la DC ni el PPC han sido partidos confesionales. Sus líderes han sido católicos y sus votaciones fuertes se realizan en espacios donde aún florece el sentimiento religioso, pero no ha obedecido a la jerarquía católica. En este sentido, cabe razonar sobre vasos comunicantes, pero sin exclusividad. En realidad, el arzobispado mantiene contactos fluidos con varias formaciones políticas de centro y de derecha, sin cerrar sus opciones en el socialcristianismo.

5. Oligarquía y liberalismo

La oligarquía peruana prolongó su vigencia por encima de lo conseguido por grupos sociales similares en Latinoamérica. En casi toda la región, la crisis de los treinta marcó el final de la clase alta decimonónica y del liberalismo clásico. Pero en el caso peruano se conjugaron varios factores para prolongar su dominio. Recién en los sesenta llegó el final de este sistema, tras lograr prolongar su vida en relación con sus pares en el resto de la región.

Las causas de esta inusitada vitalidad son diversas. En primer lugar, consideraciones políticas. Como vimos, las opciones populares conducidas por el APRA fueron derrotadas durante la crisis revolucionaria de 1930-1933, que se tradujo en la victoria de dictaduras militares derechistas prácticamente hasta 1956. Estos autoritarismos evitaron la aplicación de las políticas de industrialización por sustitución de importaciones, que se extendían como reguero de pólvora en la región latinoamericana. Entre los treinta y los cincuenta, diversas coaliciones populistas se hicieron del poder en América Latina protegiendo el mercado interno para la inversión local, mientras que el Perú siguió siendo un paraíso liberal, donde el capital se movía libremente según las leyes de la ganancia.

En segundo lugar se encuentra la fortaleza estructural del liberalismo peruano, apoyado por una canasta muy variada de productos primarios de exportación, que permitió recuperarse relativamente pronto de la depresión de los años treinta. La mayoría de nuestros vecinos dependía casi exclusivamente de una materia prima de exportación: Colombia e incluso Brasil del café, Ecuador del banano, Bolivia del estaño, y Chile del cobre. En contraste, el Perú manejaba una cartera variada, integrada por agroexportaciones, azúcar y algodón; hidrocarburos, lanas y minerales; cobre, oro, plata y una serie de materias primas para industria, como el vanadio y el tungsteno. Por ello, el Perú se recuperó relativamente rápido de la depresión y no hubo necesidad de virar a una nueva estrategia de crecimiento económico. Persistimos en el liberalismo.

Con bases materiales más sólidas que en países vecinos, el liberalismo resistió el viento en contra que soplaba en la región. Adicionalmente, poseía fundamentos ideológicos y un punto de vista que venía de la generación del 900. Durante los treinta, el liderazgo intelectual de este pensamiento pasó a un economista formado en Londres y que sería el campeón del liberalismo peruano, Pedro Beltrán.

En cierto sentido fue un fundador, porque el arielismo solo había legado una visión del país y de sus fuerzas constitutivas, pero los hombres del 900 acabaron desconectados y su influencia se desvaneció. Así, aunque contaba con la enorme ventaja del favor de los poderes constituidos, en el terreno de las ideas Beltrán tuvo que rehacer el aparato conceptual de las derechas.

Pedro Beltrán se había graduado en el London School of Economics y a lo largo de su vida desarrolló múltiples intereses empresariales. Fue terrateniente moderno de la costa y era dueño de la famosa hacienda Montalbán de Cañete. También participaba del Banco Internacional y de diversos negocios, incluyendo bienes raíces. Fue el creador del sistema mutual y de la Mutual Perú, la más importante entidad de esta rama de las finanzas especializada en el ahorro para fines de vivienda.

El cuadro de sus actividades e intereses no sería completo sin la propiedad y conducción del diario *La Prensa*, tribuna de su defensa del liberalismo. En efecto, Beltrán no fue un pensador de fondo ni tampoco un político de partido. Pero tuvo la virtud de dirigir un diario que revolucionó el periodismo nacional, introduciendo el estilo del *New York Times* de la segunda posguerra. Así, su labor fue la difusión, antes que la creación de nuevas ideas; su propósito fue generar un sentido común a favor de la propiedad y el mercado. Una nueva lectura de la fascinante carrera de Beltrán se puede hallar en un reciente libro de Jorge Lossio y Emilio Candela.

De una manera consistente, *La Prensa* difundió ideas liberales de sentido neoconservador. Una de sus campañas más exitosas fue propiciar la multiplicación de la vivienda unifamiliar, como mecanismo masivo de la primera ola de urbanización peruana. Las mutuales fomentaban el ahorro para vivienda a tasas preferenciales otorgadas

por ley. El sistema se consolidó en 1962 al crearse el Banco de la Vivienda, que daba forma orgánica a la participación del Estado en la promoción de este tipo de ahorro. Gracias a ello, las clases medias obtuvieron créditos para comprar lotes previamente urbanizados y edificar una vivienda unifamiliar. Además de poner en marcha el sistema mutual, Beltrán lo popularizó a través de *La Prensa* y organizó concursos de arquitectura para la casa propia que crece mientras la familia propietaria se incrementa. Su propósito era que cada familia fuera propietaria de su casa.

La preferencia de Beltrán por la casa propia era profundamente ideológica, ya que la propiedad sería la mejor receta contra el peligro comunista. Gracias a ello, su iniciativa fue crucial para el posterior desarrollo del empresariado popular y las microempresas. Como vemos, antes que un proyecto político específico, Beltrán impuso un modo de vida, al reforzar sus bases materiales y elevarlas a sentido común. Las mutuales y la "casa propia" fueron instrumentales en esta ardorosa defensa del liberalismo, en el mismo momento en que estaba siendo barrido de la escena en el resto de Latinoamérica.

Luego, a mitad de su segundo mandato, el presidente Manuel Prado experimentó considerables dificultades políticas. Una crisis mundial había complicado las finanzas públicas. Se multiplicó el descontento social y, a pesar del apoyo aprista, el gobierno de Prado se vio envuelto en nubarrones. En esas circunstancias, Prado llamó a Beltrán para presidir el gabinete, no obstante que *La Prensa* frecuentemente criticaba las decisiones del presidente. La astucia de Prado para convocar a un opositor contribuyó a calmar la tempestad. Así, Beltrán fue ministro de Hacienda y primer ministro entre 1959 y 1961, y tuvo la oportunidad de llevar a la práctica sus ideas sobre el desarrollo del país.

En esos años, Beltrán llegó a aceptar la idea de una reforma agraria en tierras eriazas de la sierra. Su promoción de un cierto tipo de reforma agraria estaba destinada a concretar la obsesión de su vida, la difusión de la propiedad privada para alejar al comunismo. Su propuesta está recogida en un célebre documento sobre la reforma agraria y la vivienda que surgió de una comisión oficial que presidió

personalmente. Se trataba de la primera entidad del Poder Ejecutivo peruano en aceptar la reforma agraria.

Pero su planteamiento fue demasiado ilusorio. Eran medidas que buscaban orientar el torrente social hacia la colonización de la selva y propiciar una multiplicación de la productividad agrícola mediante la mecanización, en su época llamada la "revolución verde". Su esfuerzo por aliviar las contradicciones sociales reconduciendo las migraciones hacia el oriente peruano no pudo evitar las luchas por la propiedad de la vieja hacienda en toda la sierra.

Sus ideas sobre reforma agraria eran parte de una alternativa liberal a la orientación populista imperante en América Latina. Para comenzar, Beltrán buscaba aumentar las exportaciones de materias primas y se vio beneficiado por un aumento significativo de la canasta exportadora nacional. Había heredado una balanza de pagos en situación crítica y la sacó de esa condición con relativa facilidad. Obtuvo algunos préstamos para el Ejecutivo, tanto del BCR como de prestamistas extranjeros, y aumentó los ingresos del gobierno en pocas semanas. Luego se benefició de la puesta en marcha de dos exportaciones que vinieron a multiplicar los ingresos del erario público. Por un lado, se trata de la gran mina de cobre de Toquepala, el primer tajo abierto en la historia de la minería peruana. Toquepala había comenzado en la época de Odría, la inversión era norteamericana y la empresa era la Southern, que continúa hasta hoy, aunque con capitales mexicanos. Su entrada en producción significó una importante alza de las exportaciones. En ese mismo sentido actuó la harina de pescado que acababa de nacer. De este modo, dos nuevas exportaciones consolidaron la política de Beltrán de sostener el crecimiento nacional en base a la apertura al mercado internacional.

Asimismo, Beltrán decidió efectuar una serie de reajustes a los impuestos y aumentó los ingresos del Estado. Sumados a las nuevas entradas ya mencionadas de la pesca y de la Southern, salió de la crisis sin tanto drama. Sin embargo, Beltrán no promovió las exportaciones con políticas públicas destinadas a ese fin. Era demasiado liberal para emplear el Estado interviniendo sobre la estructura económica. Según su manera de pensar, el mercado tenía que encargarse

de esas funciones sin interferencias del Estado. Solo se benefició de inversiones que ya estaban en curso, pero no ideó un mecanismo político para atraer nuevas inversiones al sector exportador.

Luego, intentó competir por la presidencia de la República, pero no era una figura carismática y no destacó. Por ello, durante las dos elecciones de 1962 y 1963 observó impotente cómo el poder caía en manos de Belaunde y el populismo moderado. Posteriormente, bajo Velasco actuó a la defensiva y el destino de su vivienda-museo en el centro de Lima refleja su destino. En efecto, Beltrán era dueño de una casa colonial lujosamente engalanada con muebles y cuadros de época. Pero la ampliación del jirón Emancipación llevó a tumbar su residencia, que cayó víctima del pico y pala de alcaldes modernizadores sin sentido histórico.

La última obra de Beltrán fue publicada en Madrid en 1976 y tuvo pocos lectores. Se trata de un balance desesperanzado del gobierno militar. Sostiene que la reforma agraria había generado había sembrado pobreza y era imposible que tuviera éxito. Lo importante hubiera sido una reforma agraria efectiva y la única manera hubiera sido impulsando la pequeña y mediana propiedad como eje de la sociedad rural. Beltrán desconfiaba de comunidades y cooperativas y proponía fomentar la propiedad individual, base de un capitalismo sano y orgánico.

La verdadera justicia social consistía en propiciar la propiedad capitalista, lejos de crear cooperativas artificiales, se trataba de colonizar el país, empezando por la selva alta, conduciendo el empuje de propietarios privados, que pondrían en marcha enormes superficies, lamentablemente improductivas por falta de medios de transporte a los mercados. En este discurso, el mercado es clave para el bienestar, incluyendo por supuesto a los más pobres. Todos los productores y consumidores tienen interés en maximizar su parte y reducir la del otro. La conciliación de intereses se produce en el mercado, a condición que sea libre. Pero, si interviene el Estado y altera los factores, necesariamente subsidia a uno en perjuicio de otro generando inflación y dinero artificial producido por la maquinita. En ese caso, los campesinos son los principales perjudicados, porque el Estado

importa alimentos baratos y siembra desolación en los medios rurales. Según su opinión, al intentar generar igualdad sin libertad ni mercado, Velasco había provocado la mayor de las desigualdades, la que oponía el campo contra la ciudad.

Los héroes de Beltrán eran propietarios privados cultivados en las técnicas occidentales y ampliamente cosmopolitas. Los indígenas y el mundo andino eran escasamente considerados como rezagos arcaicos a superar. Culturalmente hablando, Beltrán era poco liberal y su mentalidad seguía siendo jerárquica. Por último, con una infinita lástima por el país, las últimas páginas de su libro muestran a un autor que, conociendo la cercanía de su desaparición física, observa desconsolado como su patria camina por una ruta opuesta a la suya.

6. El primer gobierno de Belaunde, 1963-1968

Durante el primer gobierno de Belaunde, Pedro Pablo Kuczynski trabajó en la Banco Central de Reserva como funcionario de alto nivel. Atravesó un momento duro al comenzar el gobierno de Velasco y luego se instaló en Estados Unidos, donde escribió un libro sobre su experiencia en el primer gobierno acciopopulista. Lleva como título *Democracia bajo presión económica, el primer gobierno de Belaunde, 1963-1968*. Se trata de unas memorias redactadas desde la economía y la política. Una revisión de su argumento permite situar el pensamiento de su autor, quien en los sesenta era una joven promesa del liberalismo.

Según PPK, los problemas económicos del primer belaundismo fueron decisivos para la suerte adversa de su gobierno; tenían un origen estructural y fueron agravados por el conflicto político, pero no fueron generados por este. En su opinión, las dificultades de los sesenta tenían como causa fundamental el acelerado proceso de urbanización e industrialización que atravesaba el país. La presión so-

bre el gasto público era inmensa porque la población era joven y se estaba instalando en las ciudades, que crecían en forma explosiva, demandando servicios al por mayor. La aplicación de un programa de industrialización por sustitución de importaciones por parte de FBT hacía más aguda la demanda de capital y de inversión, que a la larga se traducían en presiones sobre la balanza de pagos debido al crecimiento incontenible de las importaciones. Como la industria era de ensamblaje, su crecimiento implicaba importar maquinarias e insumos hasta poner en riesgo la balanza comercial. Cabe anotar que la capacidad exportadora de esa industria era reducida; por lo tanto, importaba sin exportar y su expansión significaba crisis económica.

De ese modo, los motores de la crisis de los sesenta se hallaban en la situación social y demográfica y en el proyecto mismo de Belaunde. A continuación, sobrevino un conflicto político con la mayoría del Congreso que terminó por sembrar zozobra y finalmente generó las condiciones políticas que hicieron viable el golpe de Juan Velasco. Si ese conflicto político se hubiera manejado en forma prudente, se habría podido controlar la presión, pero no fue así. Por el contrario, un desarrollo altamente irresponsable precipitó la crisis derribando al primer gobierno de FBT.

Kuczynski describe a Belaunde como un gobernante enamorado de la obra pública y partidario de masivos gastos estatales en infraestructura y proyectos sociales, pero sin preocupación por los recursos que sustenten sus metas. En el diseño de sus prioridades, PPK entiende a Belaunde como una versión local del pensamiento desarrollista promovido en América Latina por la Cepal. Pero PPK sostiene que FBT debió haber revisado sus prioridades una vez que constató sus dificultades para financiar el presupuesto en el Congreso. No lo hizo y pagó caro este descuido de sus responsabilidades técnicas. El FBT que aparece en estas páginas actúa por impulso antes que guiado por un programa. PPK cita un conocido texto de François Bourricaud para decir que FBT era una sensación antes que un razonamiento, pero que iba en dirección correcta.

En este texto, el APRA queda en mal pie y la distancia actual de Kuczynski con el PAP puede basarse en la desconfianza que le generó

su experiencia durante el primer gobierno de Belaunde. Como hemos visto, el PAP se había aliado con Odría, con quien lo separaba un abismo, no obstante que el programa aprista era cercano al de Belaunde. Por el contrario, el acercamiento de Haya con Odría implicaba la alianza del partido histórico del populismo con una fracción de la oligarquía agroexportadora. Por ello, en esos años, muchos pensaban como PPK en el sentido que el APRA había dejado atrás sus convicciones por razones de táctica electoral.

Una crítica persistente de Kuczynski al PAP de los sesenta señala su ventajismo al posicionarse frente al gobierno de Acción Popular. Según PPK, la postura aprista ante Belaunde obedecía a un cálculo sobre las posibilidades de Haya en las venideras elecciones de 1969, que nunca se produjeron. Por un mañana que nunca se concretó, el PAP habría sacrificado las posibilidades del reformismo democrático. Es decir, el APRA habría buscado que fracase FBT para llegar a la presidencia en 1969. Pero habría extremado la contradicción con Belaunde, hasta tornar inviable al gobierno y derribar al sistema democrático. Queriendo tumbar una pieza derribaron el juego entero. El APRA de este libro no parece un partido pragmático, menos doctrinario, sino simplemente electorero.

La coalición APRA-UNO habría bloqueado a FBT negándose a votar una reforma tributaria en el Congreso. Ella hubiera podido financiar el costoso programa de obra pública de FBT, pero el PAP impulsó la política de "no más impuestos". Con esa consigna, la coalición aisló a Belaunde, no obstante que actuaba en una dirección correcta: financiar la industrialización con ahorro interno. El gobierno de Belaunde habría intentado modificar la estructura tributaria para subir el peso de la tributación directa, pero la oposición del Parlamento habría sido imposible de superar. Al fracasar esta vía, el gobierno de AP habría recurrido extensamente al endeudamiento externo, aumentando en forma significativa los montos que se adeudaba a la banca privada y a los organismos financieros internacionales.

Sin embargo, en cierto momento el PAP habría percibido el ruido que anunciaba el golpe de Velasco. Era tarde, pero el viejo partido de Alfonso Ugarte intentó un cambio de rumbo para salvar al

gobierno y de paso al sistema democrático. Ese golpe de timón dio origen al llamado gabinete apro-carlista, liderado por Oswaldo Hercelles, quien incluyó a Manuel Ulloa como ministro de Economía. Así, al final del primer belaundismo el APRA tendió una mano a FBT, para garantizar las elecciones venideras, pero habría llegado tarde. Pese al entendimiento con Belaunde, el régimen constitucional estaba demasiado carcomido por mil razones, entre ellas y en primer lugar, por el continuo y desgastante enfrentamiento entre los poderes del Estado. Estaba por comenzar la hora de los tanques, porque a los pocos meses Velasco daría inicio al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas.

7. El Partido Popular Cristiano frente a Velasco

Durante el gobierno de Velasco (1968-1975), el PPC tuvo escasa actividad pública, pero no dejó de comentar los principales hechos políticos. Era una situación semejante a la de otros partidos tradicionales, incluido el APRA, cuya actividad partidaria se reducía a formar jóvenes dirigentes que prolonguen la vida partidaria. Posteriormente, el mismo PPC editó bajo forma de libro sus comunicados públicos así como las declaraciones de sus líderes. Esa recopilación permite seguir la orientación de esta rama del socialcristianismo frente a las reformas del gobierno militar.

En primer lugar, el PPC juzgaba al gobierno militar como un régimen dictatorial. En palabras de Luis Bedoya, si Velasco le hubiese ofrecido el cargo de primer ministro, lo habría rechazado porque el gobierno no era democrático. El autoritarismo se basaba en el Estatuto del Gobierno Revolucionario, que explícitamente se ponía por encima de la Constitución. Por ello, según el PPC, la voluntad arbitraria del gobernante era la verdadera norma y ese camino llevaba a una dictadura comunista. Una y otra vez, esta rama del socialcristianismo expresó su temor ante el castrismo peruano.

Esa oposición al autoritarismo militar se manifestó contra las deportaciones y los cierres de medios de comunicación. Para el PPC, este era un punto esencial, porque a su juicio la libertad de prensa era el fundamento de la democracia. En esos años, este tema fue debatido intensamente entre dos posturas. Por un lado, los partidarios de la llamada Revolución peruana argumentaban que la libertad de prensa no era la potestad de los dueños para expresar exclusivamente su parecer; por el contrario, la verdadera libertad de prensa era la capacidad de la sociedad entera y de las capas populares para manifestar su voz. En opinión de Velasco, la libertad de los dueños era la habitual hipocresía de hacer pasar su interés particular por uno general.

Sin embargo, el sector liberal de la ciudadanía, donde se ubicaba el PPC, sostenía que la libertad para crear y dirigir empresas periodísticas era la clave de las libertades en general y que el gobierno la violentaba con mil pretextos. Para este punto de vista, el empresario de los medios de comunicación debía poder decidir la línea informativa que juzgue conveniente. La colisión entre estas dos formas opuestas de encarar un tema esencial acompañó al gobierno Velasco de principio a fin.

Pero el PPC tampoco pretendía volver a la Constitución de 1933. A su juicio, era un texto anticuado incapaz de ordenar jurídicamente al nuevo país que emergía de las reformas. Por ello, el PPC se orientó muy temprano a reclamar la convocatoria a una Asamblea Constituyente, que a la larga sería la salida del gobierno militar. Desde 1969, cuando Velasco llevaba apenas meses en el poder, se tiene registro de comunicados del PPC reclamando la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Aunque la República peruana había tenido demasiadas Constituciones, el PPC entendía que a mediados de los setenta el país necesitaba una más.

No obstante, el PPC apoyaba algunas reformas de los militares. Por ejemplo, la misma reforma agraria. En el comunicado que fue firmado a raíz de la promulgación de esta norma trascendental, el PPC empieza mostrando su acuerdo con los fines de la reforma agraria. Para fundamentar su postura acude a las encíclicas de los papas,

sosteniendo que el trabajo debe primar sobre el capital y que obreros y empleados deben acceder a la propiedad, como personas individuales, dueñas de acciones de las empresas donde trabajan. Su propuesta era el accionariado difundido. Así, el PPC no estaba contra la redistribución de la tierra, sino a favor de su reparto en forma de acciones. Su fórmula era mantener las empresas agrícolas y repartir sus acciones entre los trabajadores.

Por su parte, otra crítica regular del PPC durante estos años es contra los métodos colectivistas, que le recuerdan al comunismo. Esa actitud se multiplica cuando juzga la ley de educación, a la que encuentra dominada por conceptos marxistas que buscan adoctrinar a la niñez. La pretensión de transformar al ser humano a través de la educación le parecía muy peligrosa, máxime si la inspiraban principios izquierdistas extraídos de las canteras del marxismo.

El PPC veía cercano el peligro comunista. No solo debido a la infiltración de militantes izquierdistas en el gobierno, sino también por la misma concepción de Velasco. En efecto, uno de los puntos que resalta el PPC es la reiterada propensión presidencial para crear formas asociativas de propiedad. Al PPC le parece un grave error, pues ellas llevarían al comunismo. Por ejemplo, la oposición pepecista al colectivismo se manifestó en forma muy aguda cuando Velasco sacó adelante la ley de propiedad social. Su razonamiento era que esas cooperativas no eran voluntarias y que por lo tanto derivaban en empresas públicas disfrazadas. En las CAP y SAIS de la reforma agraria, el PPC veía las granjas colectivas de la época de Stalin.

Otra idea clave del PPC de los setenta se manifestó cuando el gobierno aprobó el contrato de Cuajone con la empresa norteamericana Southern. En ese caso, el PPC aplaudió el contrato sosteniendo que la inversión extranjera era bienvenida si se ajustaba a las leyes del país. De acuerdo con su parecer, la redistribución era insuficiente como política, porque el Perú era un país pobre y necesitaba crear riqueza atrayendo capital. Así, una redistribución radical solo generaría la extensión de la pobreza. Por el contrario, el PPC pretendía formular una política para el crecimiento económico y contratos como Cuajone mostraban el camino.

De este modo, durante los complejos años de Velasco, la divisa del PPC fue aceptar las reformas sociales, pero defendiendo las libertades políticas y propiciando el crecimiento económico, a través de exigir seguridades para la inversión de capital. Ese planteamiento lo hace partícipe coherente de las ideas de centroderecha en el Perú, habiendo apostado por el liberalismo económico y también por la democracia política. Pero cabe destacar que las décadas del sesenta y setenta estuvieron fuertemente inclinadas a la izquierda, al grado que una formación consistente de las derechas como el PPC respetaba y aplaudía moderadamente las reformas sociales del velasquismo. Aunque en nuestros días todos reniegan del velasquismo, cuando este se hallaba en la cúspide del poder, la mayoría de actores políticos lo toleró, pensando que las reformas sociales eran saludables para la maduración del país.

8. Manuel Ulloa y la tendencia liberal de Acción Popular

Manuel Ulloa es otra figura importante del liberalismo tecnocrático y constituye también un antecedente de PPK, ya que, grosso modo, se han desenvuelto en una línea política semejante. Vinculado históricamente a Acción Popular, Ulloa fue ministro en dos oportunidades, una en cada gobernó de Belaunde. Durante el primer gobierno de FBT, Ulloa llegó tarde a ocupar un ministerio. Fue prácticamente al final, durante el gabinete apro-carlista que hemos visto más adelante. Inicialmente, Belaunde no le tenía mucha confianza por una historia que relata el mismo Kuczynski en el libro que escribió sobre el primer belaundismo. Según PPK, Ulloa había ocupado un alto cargo en un banco de inversión internacional que tenía fama de vivir al borde de la legalidad. Ese pionero de los bancos de inversión se llamaba Deltec y sus operaciones consistían en buscar fondos para inversiones arriesgadas de alta rentabilidad.

Además, Deltec también prestaba a los gobiernos, a corto y mediano plazo y obviamente cobraba intereses bastante más altos que la banca formal de Nueva York. La trayectoria de Ulloa le habría generado dudas a Belaunde sobre la pertinencia de incorporarlo a sus gabinetes, no obstante que necesitaba con urgencia personal competente en los ministerios, ya que el enfrentamiento con el Congreso obligaba a frecuentes cambios. Sin embargo, cuando Ulloa llegó se mostró muy eficiente y se empeñó en revertir una situación crítica.

Ulloa llegó el año 1968 y no pudo evitar el golpe. Su poder no era demasiado, era solamente ministro de Hacienda, ni siquiera era primer ministro, mucho menos presidente de la República. Pero fue la figura dominante del gabinete Hercelles y en la práctica condujo al gobierno. Además, había comprado el diario *Expreso* y había modernizado su presentación. En la dirección se hallaba un periodista combativo y con buena formación, Manuel d'Ornellas, quien había posicionado al diario como una voz influyente ante la opinión pública.

Para todos los acciopopulistas, los años de Velasco fueron de ostracismo y dificultades; Ulloa fue deportado, luego de una breve prisión, y el diario *Expreso* fue expropiado; fue el primero en perder su medio de comunicación. Pero, terminado el gobierno militar, regresó con FBT y fue nombrado primer ministro en 1980. Como sabemos, AP formó una alianza con el PPC y se posicionó en la centroderecha del espectro político nacional.

Los años 1980 iban a ser tormentosos debido a la nefasta combinación del terrorismo y una profunda crisis económica; ambos factores afectaron severamente la estabilidad del país. Pocos días después de comenzado el segundo gobierno de FBT, Ulloa presentó su programa del gobierno ante el parlamento. En su diagnóstico subrayaba que el docenio militar había provocado un severo retroceso económico y el país requería retomar la senda liberal, que comenzaba por reducir la amplitud del Estado. En esa época había gran cantidad de empresas públicas y Ulloa quería privatizarlas.

A nivel internacional, el liberalismo estaba volviendo con fuerza al comenzar los años ochenta. Margaret Thatcher había ganado

las elecciones en el Reino Unido en 1978 y dos años después fue el turno de Ronald Reagan en los Estados Unidos. Como el general Pinochet gobernaba Chile desde 1973, un gobierno liberal en el Perú de los ochenta hubiera sido parte de los pioneros en el cambio de rumbo internacional. Ulloa lo intentó y no lo logró del todo, en buena medida por la obstinada pelea interna en AP, que impidió un rumbo firme a la estructura del Estado.

Como bien ha analizado Carlos Parodi Trece, en un conocido libro de historia económica, Manuel Ulloa representaba al ala liberal de AP, pero era duramente resistido por los veteranos populistas encabezados por Javier Alva Orlandini e incluso por el grupo tercerista, llamado los *violeteros*, por su cercanía a la primera dama, Violeta Correa. Una vez más, el margen de actuación de Ulloa era reducido.

El impulso liberal buscaba empatar con los dictados económicos de la Constitución de 1979, cuyo ideal era la "economía social de mercado". Pero la situación social era compleja. Aún eran poderosas las fuerzas sociales y políticas orientadas hacia la izquierda y se produjo un empate con las propuestas liberales. Esa situación de tablas no logró destrabarse y condujo a la indefinición del gobierno. Como AP actuaba dividido, entonces el peso de sus opositores aumentó drásticamente. Por su lado, otro flanco estaba cubierto por el APRA, que había perdido la elección presidencial de 1980 e inmediatamente se había renovado, porque había ascendido a la secretaría general el entonces joven congresista Alan García, que llevaría al PAP a su primera victoria en 1985. Así, el ala liberal de AP la tenía difícil, no obstante que Ulloa ocupaba el cargo de primer ministro.

Además, México entró en moratoria abriendo una década de crisis mundial a causa de la deuda externa, que se saldó por un proceso masivo de retorno de capitales al primer mundo. Por su parte, los países atrasados se hicieron más pobres que nunca y el Perú ocupó una posición destacada en esta caída en picada.

Belaunde había heredado una estructura macroeconómica que había pasado malos años pero que había mejorado, aunque aún seguía aquejada de elevada inflación. Las reservas eran altas y la balanza de pagos positiva. El tema que absorbió al primer ministro fue

cómo controlar la inflación. Al tratar de controlarla, Ulloa generó una recesión. El primer ministro pensó que la causa de la inflación era una expansión desmedida de la demanda y que la receta consistía en contraer, para supuestamente luego volver a crecer habiendo eliminado la inflación. Pero todo salió mal y el resultado fue una fuerte contracción de la actividad económica en general y con ella de las exportaciones. Paralelamente, Ulloa había liberalizado las importaciones, previamente controladas en forma estrecha por los miliares. Como consecuencia, había una enorme demanda de productos finales y bienes de capital; el resultado fue un deterioro rápido y gigantesco de la balanza de pagos. Las variables macroeconómicas se invirtieron en solo un año.

De este modo, la reintroducción del liberalismo provocó una nueva crisis económica, que combinaba recesión con elevada inflación. Ulloa llamó "desembalses" a los aumentos de precios profundizando la corriente inflacionaria que venía de años atrás. Antes de la hiperinflación del primer gobierno de García, el Perú había atravesado más de una década de elevada inflación. Ulloa fue uno más de la cadena, ni inició la elevada inflación ni tampoco la llevó al paroxismo. Solamente fue uno de los ministros de Economía que intentaron controlarla sin lograrlo. El deterioro continuó imparable durante 1982. En diciembre de ese año renunció Ulloa y el MEF quedó en manos de Carlos Rodríguez Pastor, quien estaría un año como ministro continuando la obra liberal de Ulloa. Así, el ala liberal manejó la economía nacional durante medio periodo de FBT, de 1980 a 1983.

Cuando Ulloa dejó el cargo, en esos mismos días, las Fuerzas Armadas estaban tomando control de Ayacucho para enfrentar el terrorismo desatado por el PCP-SL. Comenzaba uno de los periodos más violentos de la guerra interna, mientras que la economía estaba en pronunciado declive. Además, en 1983 se presentó un fenómeno El Niño de excepcional magnitud, que generó la mayor recesión anual del siglo XX, menos 13%. Era un desastre. Se habían ido los militares dejando bastante maltrecho al país, pero el primer ensayo liberal solo había empeorado las cosas. Así, el segundo gobierno de FBT fue vivido como un periodo de grandes fracasos. Había comenzado con

mucho optimismo y culminó pidiendo oxígeno.

Manuel Ulloa no logró dirigir el partido de gobierno ni afirmar al liberalismo en esa década crucial de los 1980. Al contrario, conforme fue avanzando el segundo gobierno de Belaunde, los liberales se fueron opacando. En las elecciones de 1985, el candidato de AP fue el líder de su ala populista, Javier Alva Orlandini, quien obtuvo un pobre resultado. Para ese entonces, el ala liberal de AP en la práctica se había disuelto. Quienes lo conocieron relatan que su manejo político incluía una cuota de frivolidad y desorden que le era propia. Carecía de la disciplina de Beltrán y de la austeridad de Belaunde. Su actividad pública siempre tuvo un aire de socialité que era su sello y encanto personal.

9. El cambio del sentido común

En 1986 apareció el libro de Hernando de Soto, Enrique Ghersi y Mario Ghibellini, titulado *El otro sendero*, que tuvo profunda influencia en la cultura política nacional. Hasta entonces había dominado una orientación izquierdista, que había ganado hegemonía en los sesenta, luego de la Revolución cubana. Desde entonces, dos temas dominaron las propuestas políticas: la reforma agraria y la nacionalización de los recursos naturales. Luego, ambas medidas se hicieron realidad durante el gobierno Velasco, cuando gozaron de bastante consenso. Pero, a mediados de los ochenta, ninguna había funcionado como se esperaba. Ello conllevó una profunda decepción de las nuevas generaciones con el anterior sentido común de inspiración progresista. Sus propuestas se habían materializado y no habían funcionado. El espacio estaba abonado para una crítica liberal que pusiera el acento en reducir al Estado.

Hernando de Soto cumplió ese papel porque ofreció una nueva visión del país, reduciendo el poder explicativo central que habían tenido las clases sociales. En su argumento, desaparece el proletaria-

do y la burguesía, incluso al campesinado. Las viejas clases sociales son reemplazadas por emprendedores, que actualmente son informales, pero que están llamados a ocupar un lugar de liderazgo, en oposición a empresarios inescrupulosos denominados *mercantilistas*, asociados ilícitamente al viejo Estado.

El otro sendero argumentaba que los trabajadores informales son emprendedores y que su meta es la acumulación capitalista. De acuerdo con su parecer, si el emprendedor tiene dificultades para progresar se debe a la burocracia estatal, que impone un conjunto de trabas. Así, el Estado no favorece al pequeño empresario, sino que se entiende de forma mercantilista con un grupo de empresarios amigos del poder, que logran manejar monopolios en su propio beneficio.

Este parecer invirtió la manera habitual de analizar la realidad social elaborada durante las décadas anteriores. En primer lugar, los vendedores ambulantes y pequeños talleristas ya no eran parte del ejército industrial de reserva ni aliados naturales de la clase obrera; ahora eran empresarios. Luego, no se trataba de extender la influencia del Estado, sino reducir su ámbito de operación. Antes se había confiado en orientar al Estado para que impulse el desarrollo, y se había debatido mucho sobre cómo hacerlo. Ahora esa orientación desaparecía porque el Estado era presentado como un obstáculo. La lectura de la realidad era inversa al planteamiento izquierdista de la sociedad peruana, que enfatizaba en la contradicción entre clases sociales. Poseedora de un nuevo sentido común, la derecha peruana inició un camino de recuperación y ascenso político.

Para De Soto, el título de propiedad sobre la vivienda era crucial porque pensaba que era fundamental para acceder al crédito. A continuación, sostenía que el crédito financiaría los pequeños negocios para lograr que el capitalismo se volviera masivo. Luego, esa idea fundamental de Hernando de Soto se ha revelado equivocada, porque, como ha mostrado Richard Webb, el exitoso sector microfinanciero se basa en el cálculo del negocio en marcha, antes que en un colateral difícil de realizar como la propiedad de la vivienda. Pero la idea de *El otro Sendero* tenía la magia de la simpleza. Una receta bastaba.

Formalizar la propiedad de la vivienda para hacer sujeto de crédito al microempresario individual y multiplicar su capital. De este modo, el arribo del nuevo sentido común fue sutil. No era un discurso sobre las élites, sino sobre los pobres. El tema era la economía sumergida de los informales y el diseño de una fórmula para incorporarla al sistema. Asimismo, De Soto pronosticaba que de realizarse, la fuerza de los emprendedores generaría una revolución capitalista en el país. Era un mensaje optimista.

Su explicación subraya el enorme costo de transacción de la economía informal que impide el progreso de sus agentes. En efecto, la condición de informal deriva de la carencia de dinero suficiente para cumplir los trámites de legalización. Así, en el corto plazo ser informal es barato. Pero en perspectiva es caro, porque el informal no puede acceder al crédito bancario, tampoco acudir a la justicia en caso de discrepancia con clientes o proveedores, ni cuenta con protección legal para quiebras y contingencias. A la larga, según De Soto, el informal no puede prosperar porque sus elevados costos de transacción lo hunden.

Este argumento era presentado de forma efectista. Por ejemplo, el equipo de *El otro sendero* siguió los pasos para inscribir una empresa ficticia y tardó 289 días y gastó en trámites 1.231 dólares, lo que equivalía a cinco veces el salario mínimo mensual. Así, el libro sostenía que la burocracia hacía virtualmente imposible que un informal tome el camino de la legalización.

Otro dato impactante era que el valor total de la vivienda informal urbana era enorme, al grado que equivalía a la deuda externa total del país. Este dato era bastante fuerte, porque en esos años se vivía la llamada Crisis de la Deuda Externa. Y resulta que, según De Soto, los pobres urbanos habían invertido en vivienda la misma cantidad que el Estado había derrochado. Estaba claro quién era el héroe, el emprendedor popular, y quién el villano, el ogro burocrático llamado Estado.

Sin embargo, dos años atrás, se había publicado otro libro clave que era el canto del cisne del pensamiento progresista, desarrollando el mismo tema que luego analizó *El otro sendero*. En el sello

editorial del Instituto de Estudios Peruanos, apareció el texto del célebre antropólogo José Matos Mar titulado *Desborde popular y crisis del Estado*. En este libro se sostiene que la transición demográfica y las migraciones internas generaron la acelerada urbanización del Perú moderno. Este proceso no fue acompañado por el desarrollo de una economía capitalista masiva, con capacidad para absorber a los nuevos contingentes de trabajadores. El capitalismo peruano habría sido de reducida envergadura y, como consecuencia, habría carecido de capacidad para transformar al íntegro de la economía nacional. Junto al capitalismo sobrevivieron todas las relaciones sociales arcaicas.

Así, el capitalismo se habría limitado a núcleos modernos en las ciudades y enclaves productivos, dejando fuera a numerosos sectores populares que, a pesar de haber migrado a las ciudades, carecían de oportunidades laborales en el sector desarrollado y formal. Sin empleo suficiente en el sector moderno, los pobres urbanos habían creado la economía informal que envolvía a millones y había cambiado el rostro de Lima tornándolo cholo y andino. Era una manera distinta de narrar la historia de los informales. ¿Qué la distinguía? En primer lugar, que Matos es anterior y, por lo tanto, De Soto encontró el argumento ya publicado. Luego, la mayor capacidad de *El otro sendero* para sintetizar en una fórmula concreta para resolver el problema nacional. Si Matos obtuvo sólidas conclusiones, De Soto dio un paso extra y planteó recomendaciones.

El libro de Matos incidía también analizaba al Estado como impotente para aplicar sus propias normas y en la práctica rebalsado por iniciativas provenientes de los sectores populares. Dotado de una gran sensibilidad hacia las realizaciones de los migrantes provincianos, Matos anunciaba otra idea crucial luego también desarrollada por De Soto. Ambas versiones del Perú de los ochenta enfatizan que lo nuevo proviene del esfuerzo de los de abajo, de quienes había migrado en condiciones de gran pobreza y sin recibir mayor ayuda ni del Estado ni de la sociedad.

Las elecciones de 1990 han sido analizadas en el capítulo del fujimorismo, porque constituyen su partida de nacimiento. Pero otra

entrada a ese momento enfatiza en el progresivo declive de la hegemonía izquierdista, que estaba retrocediendo ante el impacto del terrorismo y la crisis económica. La ciudadanía evaluaba ambos males como generados por políticas izquierdistas; la crisis económica como herencia de las empresas públicas y la guerra interna generada por un movimiento marxista, como era Sendero. Si a estos factores locales se añade el contexto internacional, la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, se entiende que la izquierda peruana haya declinado hacia fines de los ochenta. Encima se dividió en dos candidaturas de izquierda, Alfonso Barrantes versus Henry Pease. Ese declive de la mentalidad izquierdista fue cubierto por un avance del sentido común neoliberal. En ese sentido, Hernando de Soto habría adelantado ideológicamente el giro neoliberal de Fujimori.

10. La revolución capitalista

En 2007, Jaime de Althaus publicó un libro con el título de esta sección. Según sostiene en las páginas iniciales, escribía para comunicar una buena noticia, "que el cambio de modelo económico iniciado en los noventa, lejos de profundizar las brechas y desigualdades, ha tendido a acortarlas y ha puesto en marcha procesos que tienden a integrar un país históricamente dividido en grupos y clases sociales que por lo general no se reconocían mutuamente como parte de un solo destino nacional". Aquí se halla la idea fuerza del autor, la reforma neoliberal ha transformado positivamente al país. Luego, busca probar su afirmación revisando las diversas actividades productivas como componentes de una visión sobre el Perú contemporáneo.

Althaus estudió Antropología y su formación profesional lo ha entrenado en la comprensión de la vida de las personas de carne y hueso. No estamos frente a un economista ni tampoco ante un abogado. Por otro lado, hace muchos años trabaja en TV como conductor de un programa de entrevistas políticas. Gracias a ello, es un

experimentado comunicador y emplea su habilidad para construir un libro polémico. No expone sus ideas en positivo; por el contrario, en cada punto, su entrada refuta los planteamientos de las izquierdas. La forma del libro es combativa y por momentos beligerante, explícitamente a favor del mercado y en contra del Estado. En la historia peruana, el primero habría actuado como liberador, mientras que el segundo habría fallado a sus compromisos.

El argumento de Althaus se construye a partir de una valoración de Fujimori, ponderando sus decisiones para restablecer al mercado como eje de la vida económica nacional. Pero tiene que explicar el autoritarismo del mismo mandatario. La solución de Althaus es sencilla: sostiene que el mercado no necesitaba del autoritarismo; que, por el contrario, le era prescindible. Según su parecer, la revolución capitalista no necesitaba de ninguna dictadura. El asunto era al revés: el capitalismo de libre mercado propende a la democracia, puesto que se fundamenta en la eliminación de los privilegios, generando igualdad y ciudadanía.

A continuación, pasa revista a la producción en los distintos escenarios geográficos. Althaus se pregunta por su suerte quince años después de la reforma neoliberal. En todos los casos concluye de manera optimista, afirmando que son evidentes los grandes logros y beneficios del modelo. Para ello, acude a cuadros estadísticos y multitud de cifras. El procedimiento parece sencillo, compara los peores años del populismo con los mejores del neoliberalismo y en todos encuentra una mejora sustancial.

Pero, usando su misma información, se puede llegar a resultados algo distintos. Por ejemplo, el primer gráfico de su libro muestra el PBI por habitante, un dato crucial del nivel de vida de la población. Pues bien, Althaus compara el último año del primer García con el año 2006 y el resultado es una impresionante alza desde los noventa, que continúa durante los primeros años del siglo XXI. Esa conclusión deriva de haber elegido bien los años a comparar. Pero si en el mismo gráfico de Althaus se toma el mejor año de Velasco, que fue 1974, resulta que el pico más alto del modelo populista recién habría sido superado en 2006. Por lo tanto, la mejora no sería tan grande,

pues se alcanzó picos semejantes en las fases expansivas de ambos modelos. El tema es si el neoliberalismo evitará la larga caída que experimentó el populismo. Eso aún está por verse, pero al comparar el peor año del otro con el mejor de uno, siempre se acaba ganando. Fácil.

De acuerdo con la interpretación de Althaus, desde Fujimori en adelante, el país ha atravesado una revolución en todo el sentido de la palabra. Los sectores antes protegidos han perdido sus beneficios, redistribuidos a las grandes mayorías, gracias a lo cual ha surgido una nueva clase media integrada por emprendedores exitosos, que vienen dinamizando la economía nacional. Este proceso conduce a una mayor integración y los grupos sociales empiezan a reconocerse como componentes del mismo país. Esa sería la gran revolución capitalista que echaría por tierra las pretensiones ideológicas de la izquierda.

Althaus pasa revista en forma detallada a cada sector. Para comenzar, trata al sector industrial, mientras que la izquierda sostendría que el modelo neoliberal ha sido enemigo de la industria local, Althaus subraya el relevante crecimiento de un nuevo tipo de industria, mejor enlazada a los recursos naturales, y dotada de vocación exportadora. Por su lado, la industria antigua, defendida por la izquierda, sería dependiente de la importación de bienes de capital y piezas industriales. La nueva industria sería más sana y orgánica que la anterior, que no merecía ser defendida porque era ineficiente.

El mismo procedimiento se repite para diversos sectores productivos. Por ejemplo, la izquierda sostiene que el modelo neoliberal es primario exportador, puesto que se fundamenta en la exportación de recursos naturales. Pero Althaus halla que esta afirmación es equivocada. Por ejemplo, antes el Perú exportaba madera fina de la selva, pero ahora también es un exportador de muebles. Esa dinámica se reproduce y, así, el país ha desarrollado una industria de insumos mineros, que no solo abastece el mercado local, sino que también exporta sus productos a otros países mineros.

Lo importante de este análisis es su consecuencia política. Por un lado, se habría reducido la brecha capital/regiones, gracias al rápido crecimiento del mercado en el interior del país. Althaus encuentra

centros comerciales en muchas capitales regionales y una expansión económica generada por el encadenamiento de actividades productivas con los centros mineros y agroexportadores. Por ejemplo, según su parecer, en Cajamarca, Yanacocha sería una empresa bien integrada que realiza lo fundamental de sus compras en el mercado local y arrastra al desarrollo a una gran cantidad de productores locales. Así, según Althaus, Yanacocha es el ejemplo de la desaparición de las empresas enclave del ayer y su sustitución por compañías modernas que mantienen una relación positiva con su entorno. Aunque escribía antes de Conga, cabe destacar que no la veía venir.

Esta reducción de la brecha interna vendría acompañada por la disminución de las desigualdades socioeconómicas. En efecto, gracias al modelo liberal el índice GINI habría disminuido, reflejando que grandes masas han salido de la pobreza y que muchos individuos han ascendido a la clase media, sus hijos estudian en universidades y se consolida una capa intermedia en la sociedad, que amortigua las tensiones entre pobres y ricos. Esa clase media sería el producto más acabado de la revolución capitalista. En el futuro diseñado por Althaus, habrá oportunidad para un diálogo entre élites, la antigua y tradicional y la nueva, emprendedora y popular.

Sin embargo, según Althaus sobreviven los enemigos de la reforma liberal y aún pueden hacer mucho daño. Se trata de grupos pequeños, que defienden privilegios corporativos y son capaces de armar mucho ruido político. El ejemplo preferido de Althaus es el Sutep, el sindicato magisterial. Analiza su conducción histórica por un partido maoísta, Patria Roja, que proviene del mismo tronco que dio origen a Sendero Luminoso. Este sindicato expresaría el interés de un grupo restringido que conoce cómo obtener beneficios a través de la negociación con el Estado. No obstante, el servicio que brinda el maestro sutepista es de baja calidad, porque goza de estabilidad laboral, que provoca su desinterés por su propia profesionalización. Por el contrario, se habría constituido una generación de maestros poco interesados en su trabajo.

Para terminar con el Sutep, Althaus informa que Fujimori logró quebrar una huelga, aun a costa de la pérdida del año escolar. Era

el año 1991 y, a continuación, el gremio magisterial habría estado paralizado el resto de los años noventa, hasta que el gobierno de Paniagua le habría devuelto capacidad de interlocución. En realidad, este punto es clave. El problema de las coaliciones corporativas y populistas es su capacidad para negociar con el Estado y llegar a acuerdos que privilegian a sus asociados sobre la ciudadanía común y corriente.

De este modo, aparece nítido el segundo enemigo de Althaus, que en este caso se trata del Estado. Le habría fallado al país, al no cumplir la tarea de redistribución que la izquierda le confiere. Una vez más la polémica, esta vez para sostener que el progresismo ha imaginado un Estado benefactor que cobra tributos a los ricos para distribuir obras públicas, educación y salud entre los pobres. Pero, en vez de ello, se halla un Estado débil, que no cumple sino con los privilegios de grupo, como el Sutep, por ejemplo. Por lo tanto, junto a estos gremios, el Estado es el segundo enemigo del liberalismo contemporáneo. Su reforma es indispensable.

Por último, el texto de Althaus carece de una persuasiva visión del mañana. En este punto se muestra menos potente de lo prometido. Al finalizar, luce como un elogio demasiado acrítico de su postura y por ello mismo un tanto ingenuo. Para convencer es necesario revisar las debilidades y no solo las fortalezas de modelo que se propugna.

11. El Instituto Peruano de Economía (IPE)

El IPE es un *think tank* de la economía de mercado y un forjador de ideas para las derechas. Quizá es un tanto injusto presentar al IPE en este capítulo que ha de terminar en PPK, pero en realidad constituye otro final posible. En efecto, pensando en la derecha tecnocrática, un laboratorio de políticas públicas parece un final más abierto que la apuesta por una persona en particular. En este sentido, la siguiente

sección debe entenderse como un cierre distinto de este capítulo dedicado a la tradición derechista ilustrada. Quizá es más cercana a la realidad, porque no se centra en la apuesta de una persona, sino que se abre a todo el abanico de las derechas. Es decir, la cuota de influencia del IPE será distinta, pero sin duda elevada, si triunfa cualquiera de los candidatos de derechas de 2016.

En 1994 nació este laboratorio de propuestas a favor del mercado, gracias a una donación del Banco Mundial, que contó con la participación de socios locales, en todos los casos grandes empresas. La institución estuvo bien conectada al gobierno de Fujimori y tuvo mucha influencia durante los cinco largos años de Camet en el MEF. Pero en el IPE sostienen que la reforma neoliberal fujimorista fue incompleta y que, no obstante el cuarto de siglo transcurrido, aún no logra culminar el proceso de reforma interna del país. La misma presentación institucional en internet subraya esta idea fuerza de la reforma incompleta, que estaba también en el título de un libro publicado por la institución a propósito de Fujimori.

De este modo, el propósito del IPE parece más elusivo de lo anunciado. Cuando uno lee "completar", parece relativamente sencillo, significa terminar algo ya comenzado. Pero, aquí vemos que han pasado veinticinco años desde Fujimori y el propósito del IPE sigue sin obtenerse. Según su explicación, este retraso se debe a la presencia de poderosos obstáculos que bloquean la reforma liberal. En todos los casos se trata de dos factores: en primer lugar, el Estado y su burocracia corrupta e ineficiente, y, en segundo lugar, coaliciones populistas, sectores de trabajadores o regiones privilegiadas, que buscan defender derechos exclusivos que los distinguen del común. En suma, un argumento semejante al expuesto por Althaus.

De acuerdo con una muestra que presenta el IPE en su página web, el 22% de los empresarios piensa que la burocracia ineficiente es el principal problema de la productividad nacional, pero si le suma el 18% que afirma que la clave es la corrupción, se obtiene un sólido 40% de la muestra que atribuye directamente al Estado la responsabilidad por el retraso relativo del país. Luego, sobresalen los

conflictos sociales y las cargas por regulaciones laborales, que alcanzan el 25%. De este modo, una impresionante cifra de dos tercios de los problemas nacionales son del Estado o de los trabajadores organizados que reclaman derechos. El otro tercio corresponde a la mala educación y la pobre infraestructura nacional. De alguna manera, este tercio, o al menos una parte, también podrían sumarse al déficit del Estado en el cumplimiento de sus obligaciones. Cabe destacar que, según este estudio, ninguna responsabilidad le corresponde al empresariado ni tampoco a su forma de relación con el resto del país.

Una exposición de Gustavo Yamada muestra las particulares dificultades que plantea la cuestión laboral en el Perú. Yamada es un académico de la Universidad del Pacífico que obtuvo su doctorado en la Universidad de Columbia en Nueva York. Su conclusión es que, a mayor rigidez laboral, se obtiene menor crecimiento de la productividad, así como menor crecimiento del empleo y el salario y, por el contrario, se genera mayor informalidad. Es decir, si las leyes endurecen la protección del trabajador, acaban favoreciendo a los que ya tienen empleo y perjudicando a todos los demás trabajadores.

Este tipo de estudios se fundamentan en una institución organizada y competente. Desde su fundación, el IPE se financia con aportes de sus socios locales y gracias a consultorías que contrata en el mercado; se trata de una asociación privada sin fines de lucro que ha tenido larga continuidad. Entre sus integrantes se halla todo tipo de grandes empresas, tanto nacionales (el BCP, por ejemplo), como extranjeras (Odebrecht o Southern). Asimismo, estas empresas se hallan en todos los rubros posibles, se las halla en bancos, AFP, compañías mineras, pesqueras, constructoras y comerciantes mayoristas.

El IPE tiene una planta de investigadores de buen nivel académico, es un personal que normalmente dispone de estudios de posgrado en universidades de Norteamérica. Para poner por caso, integra el IPE el conocido exregidor de Lima Pablo Secada, quien ha estudiado en la Universidad de Chicago. Pero el líder institucional ha sido indudablemente Roberto Abusada, cuyos estudios doctorales han sido en Columbia, Nueva York, y posee una larga carrera como consultor independiente, miembro del directorio de algunas grandes empresas

y viceministro y asesor clave del MEF en dos oportunidades, 1980 y 1993. De este modo, estuvo detrás de Ulloa y de Camet, en dos momentos fundamentales de la reforma liberal en el país. Posteriormente, desde el IPE ha sido influyente en todos los gobiernos desde hace veinticinco años y mantiene una presencia pública constante en los medios de prensa. Abusada es un ejemplo del intelectual mediático de nuestros días, que aparece ante el público para dar línea y orientar las campañas que luego desarrolla un estado mayor.

Con ocasión del cuarto aniversario de la toma de mando del presidente Ollanta Humala, Abusada ha realizado un balance muy crítico y ha elegido como argumento el tema de la inclusión, que Humala cree representa lo mejor de su legado. En cambio, Abusada critica la propuesta asistencialista y muestra cómo el crecimiento económico es el único motor capaz de garantizar la movilidad social. Abusada también advierte contra la desaceleración económica, que puede devolver a la pobreza a multitudes que la habían dejado atrás durante el ciclo expansivo. Frente a estos movimientos de la economía, los programas sociales son paliativos que no pueden cambiar las tendencias y tampoco son sostenibles. En su pensamiento, solo importa el crecimiento económico, mientras que el asistencialismo no lleva a nada.

La anterior campaña del IPE fue sobre la cuestión minera y levantó bastante polvo. Según este instituto, una cantidad astronómica de dinero, 67.000 millones de dólares, se habrían perdido por las dificultades para implementar proyectos mineros. Una parte de la responsabilidad residiría en el Estado, por la excesiva tramitología y falta de firmeza en aplicar sus propias leyes. La otra en los agitadores sociales, que habrían bloqueado varias importantes inversiones: Conga y Tía María. Este estudio provocó una polémica pública cuestionando su metodología y financiamiento. Pero para el IPE el efecto estaba hecho. La vinculación entre reducción de la inversión minera y desaceleración económica había calado entre el público, y el tema estaba colocado como parte de la agenda de cara al futuro del país.

De este modo, una institución del estilo IPE es fundamental para las derechas en el país. No apoya a ningún gobierno en particular,

pero brinda asesoría para sacar adelante la economía de mercado y así promueve su causa general. Al concebirse como un laboratorio de ideas, es evidente que su papel no es gobernar, sino acompañar a los gobiernos de derechas reforzando las alarmas contra los enemigos del modelo. Un rol de este tipo calza mejor con la tradición histórica de la derecha ilustrada. Lo que antes se hacía en forma individual, ahora se hace desde una institución sin fines de lucro con gran influencia en los medios. Queda claro también que la actividad principal consiste en aconsejar al poder en ciertas áreas, no en gobernar por sí mismo, que es la ruta actual de Kuczynski. Vistas las cosas desde este ángulo, la debilidad principal de PPK viene siendo no lograr colocar a toda la tecnocracia liberal bajo sus banderas.

12. Trayectoria de PPK

De acuerdo con información pública y que circula en internet, PPK nació en 1938 y en 2016 estará cumpliendo largos 78 años; algunos analistas sostienen que esa avanzada edad es uno de sus *handicaps*; pero basta revisar su currículo para concluir que ha empleado su vida en actividades relevantes, tanto en el aparato del Estado como en negocios privados. Será mayor, pero ofrece experiencia de nivel.

Sus circunstancias de vida fueron singulares y únicas, pero siempre recibió una educación esmerada. Su padre era un médico alemán originario de Polonia y su madre, una maestra francesa, emparentada con figuras de la banca y de la cinematografía. La especialidad del padre era enfermedades tropicales y durante algunos años fue director del leprosorio de San Pablo; por esa razón, siendo niño, PPK pasó largas temporadas en Iquitos. Luego, estudió en la capital en el conocido colegio inglés Markham y completó su bachillerato en Inglaterra.

De joven, y ya en el extranjero, PPK estudió en el conservatorio, y se especializó en piano y flauta. Esa afición por la música culta es

un rasgo de su personalidad pública: la flauta ha sido su fiel acompañante en más de una presentación. De este modo, PPK ha cultivado un estilo de aficionado virtuoso, que le ha concedido una cuota de elegancia a su perfil profesional más tecnocrático.

Al culminar su bachillerato, PPK estudio en el Exeter College de Oxford y realizó su posgrado en Economía, en la Universidad de Princeton, Estados Unidos. De este modo, su experiencia de vida siempre fue amplia, desde su niñez en la selva y la posterior experiencia limeña, para pasar luego a una vida cosmopolita, básicamente europea, que le permitió muchas pascanas en centros de estudios de primer nivel.

En el terreno laboral y empresarial también se ha desplazado entre diversas áreas interconectadas. Empezaremos por los negocios financieros: PPK ha sido socio de un famoso banco de inversión; luego, ha sido también presidente del directorio de una compañía minera norteamericana. En ese periodo vivía en Estados Unidos. De retorno al Perú, ha sido miembro del directorio de numerosas compañías, algunas peruanas y otras transnacionales, entre las cuales se halla Southern, la gran empresa minera del sur, y también eléctricas, como Edelnor, al menos dos siderurgias y algunas industriales, como la célebre Tenaris, que produce los tubos de acero que se adquirieron para llevar el gas de Camisea a la costa.

Así, antes que estar ubicado en una rama específica de los negocios, PPK pertenece a un tipo de empresario con intereses muy diversos, siempre en las altas esferas, pero bastante libre y sin ataduras ni lealtades a un giro de los negocios o a una compañía en particular. Otro rasgo que caracteriza su prototipo empresarial es su condición de accionista de diversas firmas, miembro del directorio de otras y en ocasiones consultor privilegiado, incluyendo el trabajo de lobista para alguna de las empresas con las que ha tenido vínculos. Ello antes que propietario propiamente dicho.

Ese papel lleva a la política, donde su currículo también es muy completo, reiterando la imagen de una persona siempre activa. En sus dos gobiernos colaboró con Belaunde. Durante el segundo mandato de AP fue ministro de Energía y Minas en el gabinete liberal

presidido por Ulloa. Era la primera parte de los años ochenta y PPK estaba regresando después de una larga temporada en Estados Unidos, donde había desarrollada su carrera empresarial.

Recién retornó a la política en 2001 gracias al triunfo de Alejandro Toledo, con quien había colaborado durante la campaña como jefe de la comisión de plan de gobierno. Desde entonces fue un colaborador de su gobierno y uno de los líderes del ala derecha de Perú Posible, que estaba ubicado más bien al centro.

Como miembro del directorio de varias empresas y ministro de carteras que tomaban decisiones en sus áreas de interés, Kuczynski ha estado en ambos lados de la mesa en numerosas ocasiones. Hasta donde se conoce, en ninguna ocasión al mismo tiempo, ya que se ha cuidado de no incurrir en errores groseros propios de amateurs. Pero la trascendencia de algunas de sus decisiones como ministro para liberar el mercado donde operan empresas relacionadas ha alimentado la figura de las puertas revolventes.

Según este concepto, entre los agentes políticos de nuestra era se halla el hombre de negocios que también actúa en la esfera pública, manteniendo una conducta que acaba favoreciendo su desempeño en ambas dimensiones. Va y viene sabiendo ganar en toda ocasión. No es exactamente el caso de PPK, pero se parece bastante. Sea como fuere, Kuczynski acompañó a Toledo hasta el Arequipazo y salió del gabinete luego de la censura del Congreso a Fernando Rospigliosi. Aunque, dos años después, PPK retornó con bastante más poder, en esta oportunidad al Ministerio de Economía.

Esos fueron sus grandes días; Toledo estaba debilitado por su pobre resultado en las encuestas y el MEF disponía de la decisión política. Poco después, su nombramiento como primer ministro reforzó su fortaleza ante Toledo y en esa condición lo acompañó hasta el final de su mandato en 2006. De ahí proviene su desavenencia actual: se trata de un presidente que se recuerda humillado por un primer ministro fuerte y de este que evoca a un mandatario obstáculo de sus planes tecnocráticos.

A continuación, Kuczynski ha sido candidato presidencial y, como recordamos, quedó en tercer lugar, con lo que pasó a su viejo

jefe y se ganó su enojo eterno. Por su parte, el tercer puesto de PPK fue bastante aceptable, máxime porque la elección lo encontró al alza y su crecida fue espectacular pero tardía. Podría haber ganado de levantarse más temprano; por ello, en la campaña actual es un candidato fuerte.

PPK ha escrito libros y documentos tanto académicos como de divulgación. Ya hemos tenido oportunidad de sintetizar algunas de sus ideas; pero sobre todo ha actuado en el mundo real y en los más diversos terrenos. Incluso ha fundado una ONG, llamada Agua Limpia, que ha desarrollado programas de abastecimiento de agua potable e instalaciones de alcantarillado. El trabajo de esta ONG se ha desarrollado en diversas regiones del país principalmente en la sierra y, según información propia, que también aparece en internet, ha sido bastante exitoso.

El racismo puede perjudicarlo, al identificarlo como integrante de la élite blanca y conservadora, pero también podría superarlo, subrayando las ventajas que paradójicamente le brinda su fama de "gringo avispado", que es uno de los prototipos recurrentes en un país multicultural como el Perú. Este prototipo se acomoda bien con cholos y chinos porque se opone a los criollos y señoritos. Este punto es fundamental, porque la contradicción principal es de todos contra la élite económica, criolla y limeña.

Así, PPK encarna a un grupo de la derecha que pocas veces se ha atrevido a pensar por cuenta propia y que ha rumiado las consecuencias de no haberse lanzado. Pero expresa su voluntad actual por disputar el poder. Aún está por verse si el impulso de esta derecha le permite ocupar un puesto autónomo en la política. Ya que el PPC no logró cumplir ese papel, a pesar de su fama de partido de gerentes, veremos si PPK genera una agrupación tecnocrática consistente.

Capítulo 4

Once tesis sobre las derechas

1. En nuestra historia política el campo de las derechas ha estado formado por tres tradiciones. Por ello, el concepto principal debe entenderse en plural y suele estar tan dividido como el campo de las izquierdas. No obstante, estas últimas son particularmente denostadas por su fragmentación. Pero el electorado derechista no se hace problema con la división de sus candidatos, observa con cierta atención la competencia entre los suyos y al final decide, basado en su posición en las encuestas. Este pragmatismo del elector no esconde que desde la oferta se halle tres corrientes derechistas en competencia. Como hemos visto, la primera tradición estudiada, la aprista, plantea un serio problema de clasificación. ¿Acaso el PAP es un partido de derecha? Nuestro estudio opta en este sentido y su puesto específico dentro de ese campo corresponde a la derecha que fue izquierda. Así, se hace comprensible el zigzag que ha efectuado a lo largo de sus noventa años. Pero la aprista es una derecha sui géneris, porque su militancia se siente socialdemócrata, mientras que su dirigencia evita todo debate ideológico. Por ejemplo, durante el gobierno de Toledo el APRA estuvo en su puesto tradicional de izquierda democrática. Pero, una vez que García asumió nuevamente el poder, la conducción económica gubernamental fue netamente neoliberal. No es un partido anclado en un polo del espectro, sino una fuerza cambiante, que ha cruzado campos en más de una oportunidad. La

habilidad de Haya consistió en fundamentar esa disposición en una concepción filosófica que hacía del relativismo la piedra de toque de su ubicación política. Por su parte, el APRA ha sido un partido que ha sobrepasado la muerte de su líder y ha logrado una segunda generación al mando. No es el primer caso en la historia política, porque el civilismo tuvo también dos generaciones e incluso Acción Popular y el fujimorismo en nuestros días. Pero la gran mayoría de partidos caudillistas peruanos han sido de una generación. Ciertamente, el APRA de hoy vive una nueva época, porque después de su segundo mandato, el viejo partido populista ha quedado anclado en la derecha y ha consumado una alianza con el PPC que lo lleva a ocupar ese puesto en el espectro. Asimismo, las chances de García están melladas por las denuncias de corrupción y los narcoindultos, pero, su habilidad política podría revertir su suerte. Domina el arte del posicionamiento y sabe elegir los temas que constituyen debilidades de sus adversarios. Estando tan deprimida la oferta electoral, quizá la suerte lo acompañe en la verdadera carta de su vida: vencer en tres elecciones legítimas.

2. El fujimorismo pertenece a un tipo específico de gobiernos de derecha, caracterizado por tres elementos: liberalismo económico, autoritarismo político y clientelismo populista. Los gobiernos de Óscar Benavides y Manuel Odría comparten esos rasgos y se asemejan tipológicamente a Alberto Fujimori. En los tres gobiernos hallamos la plena vigencia de la economía de libre mercado, condición principal de las derechas. A la vez, estos tres mandatarios desarrollaron una política social pensada en ganar adeptos en sectores populares. Se dirigieron específicamente a pobres con escasa conciencia política y desarrollaron vínculos de clientela, intercambiando obras por lealtades. El concepto crucial para entender estos vínculos fue planteado por Julio Cotler, quien formuló la noción del triángulo sin base. Es decir, que la cúspide del poder construye vínculos verticales con los integrantes de la base social. Pero no existen conexiones consistentes en forma horizontal y

los integrantes de la base no se reconocen como pares entre sí. Por ello, el poder dispone cómodamente de un pueblo fragmentado y lo mantiene a través del denominado *patronalismo*. Además, los tres gobiernos mencionados desarrollaron una relación tormentosa con la democracia, ya que usaron ampliamente una conducta muy vertical. Pero no eliminaron la democracia completamente, sino que fueron un híbrido entre dictadura y democracia, mandatos de fuerza que sin embargo se debían a ropajes democráticos, Por su parte, Fujimori no supo propiciar una transición que los otros dos integrantes de su tradición sí supieron conducir. Sin embargo, ha logrado conservar su caudal electoral muy por encima de Benavides y Odría, y ha logrado pasarlo a manos de la segunda generación del fujimorismo, encarnada por Keiko, que ahora enfrenta la responsabilidad de ganar la presidencia.

3. En esta elección, el clientelismo ha adoptado una nueva forma a través del ascenso de César Acuña. A diferencia de todos los clientelismos anteriores, no se ha construido desde el Estado, sino desde un consorcio universitario nacido en el norte del país. Ese clientelismo intercambia becas y posiciones en la universidad por militancia y votos. Al practicarlo en forma extensa y sin cortapisas, porque no está robando al Estado, resulta que Acuña es el más clientelista de los políticos actuales. Por otro lado, expresa de una manera nítida la reaparición del caciquismo de antiguo régimen, que dominaban la política antes que nacieran los partidos doctrinarios: aprismo, comunismo y socialcristianismo. El ciclo de esos partidos se extinguió en los noventa y su reaparición en este siglo ha sido en un contexto de grandes debilidades. Una de ellas ha sido dominar exclusivamente la esfera de la macropolítica, que actúa en el Ejecutivo y el Congreso, pero carece de toda representación en el dominio subnacional: municipios fuera de Lima y regiones. En este último terreno político, se imponen movimientos independientes localistas y fuertemente personalistas. Entre estos caciques modernos destaca Acuña que se presenta como un gran poder que ofrece trabajo a diez

mil personas. Ahora bien, el primer líder de este nivel que salta a la competencia por el gobierno nacional es Acuña. Por ello, su perfil combina dos elementos que lo caracterizan, es un clientelista consumado y es retador, parte de provincia y va a la caza de la capital. Así, Acuña posee los rasgos característicos de Alberto Fujimori e incluso puede acabar pareciéndose más al padre que la misma hija.

4. La tercera tradición la hemos llamado *derecha intelectual*, que ayer fue ideológica y hoy es tecnocrática. Su trayectoria es menos nítida que los casos anteriores, porque no ha gobernado por sí misma sino se ha limitado a acompañar a presidentes que requerían ministros competentes. En ocasiones se ha desenvuelto en gobiernos de centro, donde ocupó el ala derecha, como en el caso de Ulloa durante los dos gobiernos de Acción Popular. En otros periodos, ha acompañado a gobiernos autoritarios de derecha, como a Prado o al mismo Odría, que fueron apoyados en cierto momento por el patriarca del liberalismo, Pedro Beltrán. En su fase contemporánea, esta tradición ha formado *think tanks* concebidos como laboratorios de ideas para una economía de mercado. Hemos analizado al IPE como ejemplo de este tipo de instituciones, pero en realidad son varias entidades y todas ellas exitosas en el competitivo mundo de la consultoría. Entre estos *think tanks* y el Estado se produce un intercambio de personal y de políticas públicas. En esa función se halla parte de la tecnocracia contemporánea y su voluntad es defender al sistema antes que a un gobierno en particular. Pero sectores de la tecnocracia dudan sobre la conveniencia de seguir apoyando a otro. Este debate comenzó con la reflexión sobre la reforma neoliberal inconclusa. La tecnocracia esperaba una segunda ola de reformas que transformen al Estado, eliminando su función asistencialista y concentrándolo en la promoción del crecimiento. Como esa segunda ola de reformas viene retrasándose casi veinte años, un sector de la tecnocracia está buscando cortar el nudo gordiano que ata intereses de coaliciones populistas con el Estado. Por ello, está en carrera por

la presidencia de la República, pensando que es necesario obtener el gobierno para culminar la tarea de implantar el mercado y levantar las trabas que lo limitan.

5. De este modo tenemos tres tradiciones que permiten comprender la historia de las derechas. No obstante su diversidad, algunas proposiciones las vinculan y son comunes. Vamos a revisar estas ideas generales y presentar las diferencias de cada tradición al respecto. En primer lugar, el mercado y su relación con el Estado. En el caso del APRA, durante su primera etapa, marcada por el libro del antiimperialismo, el mercado debía ser controlado por el Estado, además se preveía la nacionalización de tierras e industrias y la consiguiente formación de empresas públicas. Por lo tanto, para toda esta primera etapa, el APRA se ubica en la coordenada izquierdista, según la cual el Estado prima sobre el mercado. Incluso en el primer gobierno de García es evidente este énfasis en las funciones del Estado. No había sido así durante los años de las convivencias, pero, después de Velasco, como vimos, el PAP había vuelto a posiciones de izquierda democrática. Más adelante, el segundo gobierno de García constituye una apertura completa al mercado, reduciendo al Estado a labores de infraestructura y servicios para pobres. Al día de hoy, en temas de mercado, García luce tan liberal como Kuczynski, quien se presenta en esta coyuntura como el campeón del liberalismo tecnocrático. Ambos son partidarios de un mercado lo más abierto posible y de un Estado proveedor de bienes que faciliten la realización del capital. Son los más capitalistas del grupo, a diferencia de Keiko Fujimori, quien tiene encima el peso de la tradición clientelista y populista de derecha. Como hemos visto, Alberto Fujimori nunca privatizó el agua potable, porque sabía que es un bien básico de la relación del poder con los barrios populares urbanos. Asimismo, Keiko sorprendió a la opinión pública apoyando la participación de PetroPerú en la explotación de un lote en la selva peruana. En este terreno Acuña luce como completamente pragmático y su promesa

es ampliar los beneficios del mercado, para que llegue a muchos su famosa idea de "plata como cancha".

6. Otro punto clave es su ubicación frente a la religión. Durante muchos años, esta definición fue la clave del campo conservador y de la forma natural de pertenecer a la derecha. Pero, en los años sesenta, vientos renovadores soplaron en la Iglesia y la influencia del II Concilio Vaticano llegó al Perú. En este contexto, un importante sector de laicos y religiosos católicos participó del compromiso con los pobres predicado por la teología de la liberación y en la práctica constituyó una vertiente dentro de la izquierda. La recuperación del ala neoconservadora en la Iglesia católica ha llegado en un momento que los sectores de derecha más modernos se han distanciado del dogma. No obstante, el vigoroso crecimiento del movimiento evangélico ha reforzado el campo conservador en materia de libertades civiles y personales. Como hemos visto, en este tipo de temas, como unión civil por ejemplo, PPK luce más liberal y la presencia de Bruce le brinda solidez a este acercamiento. Por su parte, García ha sido buen amigo del arzobispo y luce conservador en todos los puntos, incluso pidiendo militares en las calles contra la delincuencia. Por su parte, Keiko Fujimori tenía un pasado igualmente conservador, en tanto defensora del orden establecido y sus instituciones, matrimonio y familia por delante, pero ha sorprendido con sus declaraciones aceptando las uniones entre parejas homosexuales. Por su parte, todos los candidatos cortejan el voto evangélico y Acuña ha logrado atraer al pastor Humberto Lay; como consecuencia, estará lejos del liberalismo en estas materias. Por ello, ante esta problemática, PPK sería el más liberal y tanto García como Keiko y Acuña ocuparían una casilla más conservadora.

7. Asimismo, debemos considerar la actitud de las derechas ante la cuestión social, frente al tema del indio, como se decía

antiguamente. A este respecto, las derechas se han mostrado mayormente jerárquicas. Su visión se moderniza con el libro de Hernando de Soto, que articula un discurso dirigido a los actores populares de la informalidad. Esa misma entrada se halla en el texto de Althaus, buscando concretar la revolución capitalista: sus héroes son los emprendedores que se alzan a burgueses y desarrollan empresas exitosas que conquistan el mercado. Son aquellos que dejan de comportarse como cholos y abandonan los patrones de la llamada *cultura andina*. La tradición indígena no reaparece sino se disuelve en informales exitosos que están poseídos por la ética protestante de Weber. Pero el que sigue abajo, el que aún continúa siendo tratado como cholo, recibe el trato jerárquico de siempre. Los trabajadores merecen poca consideración. Por ejemplo, en opinión del IPE, integran coaliciones populistas que reciben privilegios gracias a su capacidad de presión. Por su parte, el Sutep es el ejemplo predilecto de Althaus quien lo considera muestra del pasado populista que debe ser barrido por la segunda ola de reformas neoliberales. Así, tenemos que la segregación y la jerarquía persisten. Ayer eran étnicas y hoy son clasistas. Antes tenían que ver con el color de la piel y ahora dependen de la billetera. Con respecto a este punto, el APRA es un partido pluriclasista que tiene militantes y votantes en todos los sectores sociales. Mientras tanto, Acuña y el mismo fujimorismo mantienen conexiones en la base social, porque así lo requiere el vínculo clientelista del cual son tributarios.

8. La democracia política es otro de los temas capitales. A este respecto, el APRA durante las convivencias se comprometió con la democracia institucional y desde entonces ha estado en contra de todos los gobiernos de fuerza, habiendo actuado como sostén del orden republicano. Por su parte, el fujimorismo tiene la marca de nacimiento del autogolpe de abril de 1992 y luego el curso autoritario del gobierno de Alberto Fujimori. Ahora bien, el sentido republicano del PAP significa que no ha conspirado en los cuarteles y se ha

sometido lealmente al juego electoral. Bien por ello, pero no significa necesariamente que García sea abierto en la relación con sectores sociales de oposición. Democracia política no equivale a democracia social. Como lo mostraron los sucesos de Bagua, para García es difícil llegar a acuerdos con los representantes del perro del hortelano. A su vez, Keiko por ahora es una incógnita y no se sabe cómo reaccionará ante los conflictos sociales. La tradición a la que pertenece viene siendo completamente autoritaria y también se ignora si tendrá fuerza para transformar su movimiento en un partido democrático de derecha. Por su parte, la tradición tecnocrática liberal ha sido bastante flexible: no se ha anclado en una constante, sino que ha servido al libre mercado valiéndose de todo tipo de gobiernos. Por ello, su compromiso con la democracia política no constituye un punto fuerte de su trayectoria, sino solamente de su promesa.

9 Luego encontramos la cuestión de la corrupción. Mi experiencia en la política peruana me lleva a pensar que es un mal extendido en todas las tiendas políticas, ya que responde a una cultura política generalizada que trasciende los campos. Todos y cada uno de los integrantes del espectro posee más de una perla que empalidece a los honrados, que también existen en los partidos. Para empezar, el APRA y el fujimorismo poseen antecedentes complicados. Ambos mandatos de García han estado marcados por acusaciones, ninguna de las cuales se ha probado en los tribunales, pero han causado bastante ruido. Hasta hoy constituye la debilidad principal de García y es complicado que pueda superarla. Por su parte, la corrupción en el gobierno de Alberto Fujimori fue documentada en los vladivideos que mostraron la extensión del soborno en los noventa. Pero la ciudadanía se pregunta si Keiko seguirá esa misma conducta. Algunos creen que no necesitará un asesor en la sombra y que de llegar al gobierno lo hará en forma honesta, mientras que otros piensan que la segunda generación tiene el mismo espíritu clientelista que lleva a la corrupción. En el fujimorismo igual que en el aprismo, el

tema anticorrupción no es fuerte y quizá es más complicado para García, por ser el protagonista de dos oportunidades, mientras que Keiko aún no ha pasado por la prueba de fuego. Por su parte, Acuña registra varios problemas en este terreno. Para empezar, su mismo título profesional fue obtenido de manera controvertida. También sus negocios siempre han parecido fantásticos y más de uno se ha preguntado por la sombra de una lavandería como fuelle de su conglomerado universitario. Por último, los problemas de corrupción que se registran en la tradición liberal tecnocrática se grafican en la figura de las "puertas revolventes", por las cuales transita el alto funcionario, que también es ejecutivo de grandes empresas y toma decisiones que lo hacen ganar en ambos terrenos. De este modo, toda la tradición de derecha registra problemas con la corrupción. Para terminar, quiero repetir que conozco estos males en gobiernos izquierdistas. Como dije al comenzar este acápite, sé que es un tema transversal a todas las experiencias políticas y me he limitado a comentar las formas históricas que ha asumido en las derechas.

10. A lo largo del tiempo, las derechas han apostado por un modelo de economía abierta, que privilegie el potencial exportador nacional en materias primas, puesto que, según este planteamiento, ahí se halla la principal ventaja comparativa del país. Asimismo, la derecha ha fundamentado que ese potencial exportador se basa en una canasta exportadora sumamente variada e integrada por bienes provenientes de distintas áreas productivas. A su vez, ese modelo de desarrollo ha llevado a alianzas políticas entre los poderes locales y las grandes empresas extranjeras que han explotado esos recursos. Frente al Estado nacional, estas transnacionales han gozado de la influencia que otorga pertenecer al reducido círculo de grandes contribuyentes. Gracias a ello, estas empresas han dispuesto de gran poder en la historia nacional y las derechas generalmente han considerado bienvenidas sus inversiones. Ello contrasta con la izquierda, que, también en términos generales, ha preferido un camino de

industrialización destinado a un mercado interno más o menos protegido. En el camino que ofrece la izquierda, se requiere un discurso nacionalista que privilegie los factores locales y cierre las puertas a la excesiva ingerencia del capital extranjero. Así, las derechas han sido tan globales como nacionalistas las izquierdas. En ambos polos, esta distinción ha dependido de la defensa de un modelo distinto de desarrollo económico del país.

11. Derecha e izquierda son polos de un espectro que se ha ido forjando a lo largo del periodo republicano. En este largo devenir, el campo de las derechas se ha formado alrededor de los poderes establecidos y tuvo hegemonía hasta la aparición de los partidos antioligárquicos en los 1920-1930. Pero, en esa coyuntura, la oligarquía prolongó su dominio aliada al Ejército. Esta situación continuó hasta los sesenta, a contramano de lo que venía sucediendo en el resto de Latinoamérica, donde el modelo de industrialización por sustitución de importaciones triunfó con claridad después de la Segunda Guerra. Por ello, el liberalismo clásico fue muy prolongado en el Perú, superando el ciclo regional por casi treinta años. Recién con el primer gobierno de Belaunde, la industrialización por sustitución de importaciones fue ganando terreno en las políticas públicas. Llegó tarde y ese retraso generó el radicalismo de Velasco, que buscó recuperar el tiempo perdido. Su experimento careció de tiempo para madurar y sus iniciativas fracasaron en los años siguientes. Luego regresaron las derechas, pero la correlación política no estaba definida. Un empate de fuerzas trabó el desenlace hasta comienzos de los años noventa. La guerra desatada por Sendero contribuyó a envenenar la política y a bloquear un posible entendimiento de centro. Finalmente, la amenaza senderista fue un factor del autogolpe de Fujimori en abril de 1992. Desde entonces, la escena oficial ha estado dominada por el neoliberalismo y las derechas han gobernado sin medias tintas, salvo algunos fuegos artificiales bajo Paniagua y Toledo. Por ello, la gran mayoría de gobiernos peruanos han sido de derecha. Las tres

tradiciones que hemos revisado han ocupado el poder político prácticamente sin interrupciones. Las excepciones son puntuales: Velasco y más atrás el breve gobierno de Billinghurst, quizá el primer García. En suma, apenas unos quince años en una república que está en la puerta de su bicentenario. Por ello, la última constatación es que el país actual, para bien o para mal, es una criatura forjada por las derechas, que bien harían en reconocerlo. No cabe aquí la excusa que atribuye los males a Velasco. Incluso si hubiera sido tan mal gobernante, como las derechas sostienen, su mandato solo duró siete años y terminó hace cuatro décadas. Suficiente tiempo para corregir todo lo que hayan podido encontrar como negativo. Han dispuesto de tiempo y cancha libre los últimos 25 años. Por ello, dentro de la región latinoamericana en su conjunto, el Perú destaca como uno de los países más consistentemente alineados a la derecha.

Bibliografía

Abusada, Roberto (2000). *La reforma incompleta: rescatando los noventa*. Lima: Universidad del Pacífico.

Aljovín, Cristóbal y López, Sinecio (2005). *Historia de las elecciones en el Perú: estudios sobre el gobierno representativo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Althaus, Jaime de (2007). *La revolución capitalista en el Perú*. Lima: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Perry (2008). *De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*. Madrid: Akal.

Barreda, Javier (2012). *1987: los límites de la voluntad política*, Lima: Aerolíneas Editoriales.

Barrenechea, Rodrigo (2014). *Becas, bases y votos: Alianza para el Progreso y la política subnacional en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Basadre, Jorge (1968). *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria.

Bobbio, Norberto (1995). *Derecha e izquierda: razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.

Beltrán, Pedro (1968). *La verdadera realidad peruana*. Madrid: San Martín.

Bustamante y Rivero, José Luis (1968). *Mensaje al Perú: estructura social*, Lima: Editorial Universitaria.

Castro, Augusto (2006). *Filosofía y política en el Perú: estudio del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Víctor Andrés Belaunde*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Cateriano, Pedro (1994). *El caso García*. Lima: Ausonia.
Chávez, José (2015). *Autoritarismo-competitivo de derecha y los sectores urbano-populares: el caso de Odría* [tesis]. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
Collier, David (1978). *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
Cotler, Julio (1978). *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
García, Alan (1982). *El futuro diferente: la tarea histórica del APRA*. Lima: Deza.
García Calderón, Francisco (1981). *El Perú contemporáneo*. Lima: Banco Internacional.
Gonzales, Osmar (2011). *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*. Lima: Editorial Universitaria.
Guerra, Margarita (1995). *Manuel A. Odría*. Lima: Brasa.
Haya de la Torre, Víctor Raúl (1936). *El antiimperialismo y el APRA*. Santiago de Chile: Ercilla.
(1967). *La defensa continental*. Lima: Amauta.
(1986). *Espacio-tiempo histórico*. Lima: Lyidea.
(2010). *Treinta años de aprismo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
(2010). *Mensaje a la Europa nórdica*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
Herrera, Bartolomé (1929). *Escritos y discursos*. Lima: E. Rosay.
Kuczynski, Pedro Pablo (1980). *Democracia bajo presión económica: el gobierno de Fernando Belaunde, 1963-1968*. Lima: Mosca Azul.
Letts, Livia (2014). *El origen de la transición democrática de 1955-1956: el surgimiento de una oposición política al gobierno de Odría y la lucha de ésta por elecciones libres y democráticas*. [tesis de maestría en Historia]. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
López Soria, José (1981). *El pensamiento fascista*. Lima: Mosca Azul.
Lossio, Jorge y Candela, Emilio (2015). *Prensa, conspiraciones y elecciones: el Perú en el ocaso del régimen oligárquico*. Lima: IRA.
Manrique, Nelson (2009). *Usted fue aprista: bases para una historia crítica del APRA*, Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
Matos Mar, José (1984). *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Meléndez, Carlos y Vergara, Alberto (editores) (2010). *La iniciación de la política: el Perú político en perspectiva comparada*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Molinari, Tirso (2006). *El fascismo en el Perú: la Unión Revolucionaria, 1931-1936*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Palma, Clemente (1897). *El porvenir de las razas en el Perú*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Parodi Trece, Carlos (2000). *Perú, 1960-2000, políticas económicas en un escenario cambiante*. Lima: CIUP.

Partido Popular Cristiano (1990). *Conciencia y palabra del Partido Popular Cristiano*. Lima: Partido Popular Cristiano.

Planas, Pedro (1996). *Biografía del movimiento socialcristiano en el Perú, 1926-1956*. Lima: Gráfica San Pablo.

Portocarrero Gonzalo (1983). *De Bustamante a Odría: el fracaso del Frente Democrático Nacional, 1945-1950*. Lima: Mosca Azul.

Poulsen, Karen (2015). ¡Somos ciudadanas! *Historia del sufragio femenino en el Perú* [tesis de licenciatura en Historia]. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Quiroz, Alfonso (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Reyna, Carlos (2000). *La anunciación de Fujimori: Alan García 1985-1990*. Lima: Desco.

Riva-Agüero, José de la (2010). *La Historia en el Perú: tesis para el doctorado en Letras* [edición facsimilar]. Lima: IRA.

Soto, Hernando de (1986). *El otro sendero*, Lima: Editorial el Barranco.

Soto Rivera, Roy (2002). *Víctor Raúl Haya de la Torre: el hombre del siglo XX*. Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.

Tanaka, Martín (setiembre-octubre de 2008). "Del voluntarismo exacerbado al realismo sin ilusión: el giro del APRA y de Alan García". *Nueva Sociedad*, 217, pp. 172-184.

Vallenas, Hugo (1992). "Haya de la Torre: político de realidades". En Luis Alva Castro (compilador). *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*. Lima: Cambio y Desarrollo.

Velasco Alvarado Juan (1972). *La voz de la revolución: discursos del presidente de la República, general de división Juan Velasco Alvarado*, Lima: Participación.

Villanueva, Armando y Landázuri, Javier (2015). *Los inicios*. Lima: Fundación Armando Villanueva.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Quad/Graphics Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Lima 03, Perú,
en el mes de febrero de 2016.